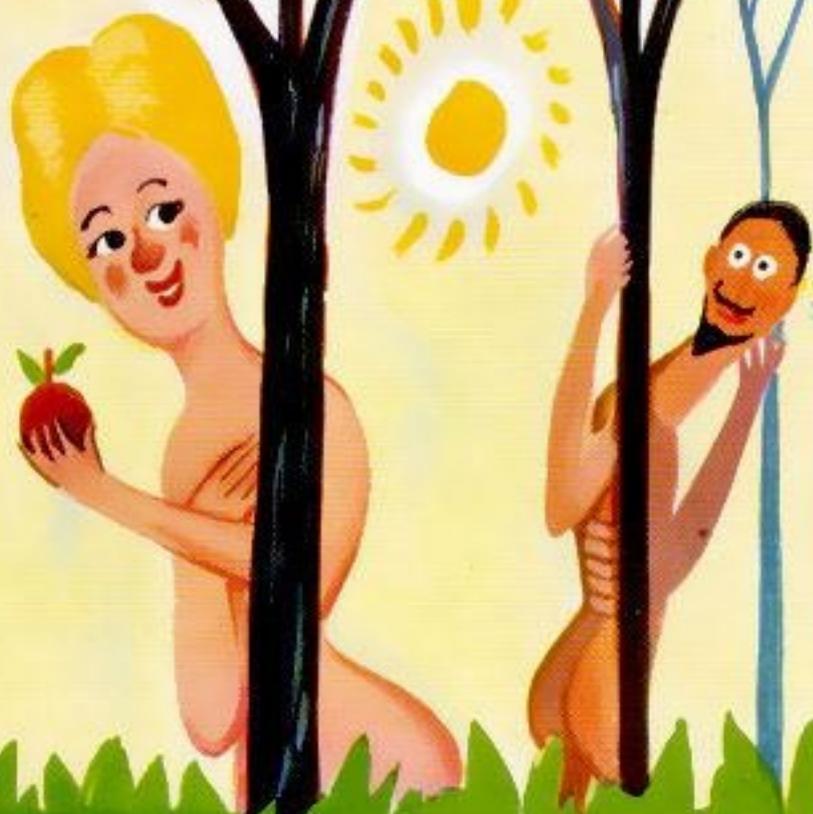


ÁLVARO DE LA IGLESIA



TÚ TAMBIÉN
NACISTE
DESNUDIT

Lectulandia

Tú también naciste desnudito es una sátira diestramente novelada de las costumbres contemporáneas. El autor ya abordó este género en algunas de sus novelas anteriores, que han alcanzado un copioso número de ediciones: *Sólo se mueren los tontos*, *Los que se fueron a La Porra*, *Todos los ombligos son redondos*, *Un naufrago en la sopa*... Con la misma técnica novelística que en estas obras, técnica inventada por el propio Álvaro de Laiglesia y que se aparta genialmente de todas las normas establecidas, nos relata las aventuras y desventuras de un personaje muy de nuestros días: Alejandro Montalbán. He aquí el eje alrededor del cual gira un planeta que parece absurdo y desorbitado, pero que es en el fondo un fiel retrato de nuestro mundo real. El talento de este escritor, que por la abundancia y calidad de su producción se ha clasificado en los primeros puestos del humorismo mundial, consiste en retratar la realidad viéndola desde un ángulo siempre nuevo y divertido. Álvaro de Laiglesia es como un fotógrafo que, al hacer la «foto» de un señor muy serio, le coloca la cámara encima de la cabeza para que se le vea bien esa calvita tan ridícula que tiene en la coronilla.

Lectulandia

Álvaro de Laiglesia

Tú también naciste desnudito

ePub r1.0

Titivillus 20.07.2018

Título original: *Tú también naciste desnudito*
Álvaro de Laiglesia, 1961
Diseño/Retoque de cubierta: Chumy Chúmez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

ADVERTENCIA RELATIVAMENTE IMPORTANTE

Todos los personajes, lugares y nombres que aparecen en esta novela, ¿son imaginarios o auténticos?

No lo sé.

Cuando se escribe tan apasionadamente como yo, es difícil determinar qué pasajes fueron copiados de la realidad y cuáles tuvieron por modelo la fantasía. Los verdaderos escritores, entre los cuales aspiro a figurar si ustedes no mandan otra cosa, caemos en trance al coger la pluma. Todo se borra alrededor mientras vamos derramando sobre las cuartillas el caudal de nuestras ideas:

No vemos al obeso cobrador que nos presenta una factura tan gorda como él, ni oímos al inmundo niño del vecino que atruena la casa con una odiosa trompeta. Sólo percibimos las imágenes y los sonidos del mundo que llevamos encerrado en el cerebro, cuya única puerta de escape es la punta del plumín recorriendo su camino de papel.

En el transcurso de este trance, de duración variable y regulada por la pereza del escritor, van brotando los personajes que él creó. O que él supone haber creado. Porque muchas veces esas criaturas existen realmente. Son retratos fidelísimos captados por las retinas del novelista y archivados en su memoria para enriquecer la fauna de su mundo particular. A veces el tiempo y la imaginación alteran el perfil de estos personajes, haciéndolos aparecer con algunas deformaciones. Pero esta cirugía estética es sólo superficial porque, en el fondo, siguen siendo idénticos a sus versiones originales, que andan vivas por ahí.

Quiero decir con esto que en la novela cuya lectura van a iniciar, encontrarán tipos de papel que a lo mejor conocen ustedes de carne y hueso. No me sorprenderá, por ejemplo, que algún lector interrumpa la lectura para exclamar:

—Pero ¡si este personaje es igual que Paco Potín, el tontaina de la panda de Chufa!

Y yo me encogeré de hombros, sin decirle ni que sí ni que no. Porque es posible que el personaje que provoque esa exclamación, sea en efecto Paco Potín, el tontaina de la panda de Chufa.

¿Qué culpa tengo yo? ¿Soy acaso culpable de que en algún guateque me hayan presentado a Paco Potín, el tontaina de la panda de Chufa? ¿Se me puede reprochar que la personalidad de este sujeto se me haya grabado en el subconsciente y que a la hora de escribir haya dibujado su caricatura en las cuartillas?

No. Porque los escritores somos esponjas que vamos por el mundo empapándonos de vida. Y, al exprimirnos, sale mezclado lo que vivimos con lo que soñamos.

Creo que esta explicación bastará para que el lector no crea que he pretendido componer una novela con clave, en la que cada tipo es una copia exacta de un individuo real. Yo me he puesto a escribir sin planes preconcebidos ni segundas

intenciones, limitándome a hurgar con mi pluma en un ambiente que conozco bien: las malas costumbres de nuestra época. Y en mi búsqueda de materiales para construir el libro, me encontré casualmente al doblar una esquina con el protagonista: Alejandro Montalbán.

Puede que al conocerle más a fondo, algún lector esboce una sonrisa cargada de astucia y piense para su capote: «Este tipo es idéntico a Camilo Ponteguapo, el señorito que hizo furor el año pasado en la calle de Serrano».

Quizá lo sea, quizá no.

Si lo es, mejor para él, porque estoy seguro de que nunca soñó con protagonizar una novela tan importante como ésta. Y si no lo es, ni ustedes ni yo perdemos nada, porque Alejandro Montalbán tiene suficiente personalidad por sí mismo para que el relato de sus aventuras y desventuras nos haga pasar uno de los ratos más deliciosos de nuestra existencia.

Que es, en resumidas cuentas, lo único que nos interesa a todos. A ustedes por ser lectores, y a mí porque soy

ÁLVARO DE LAIGLESIA.

PEDAZO PRIMERO

EN EL QUE VARIOS AMIGOS CHARLAN DE SUS COSAS ESPERANDO LA LLEGADA DEL PROTAGONISTA, QUE ES UN INFORMAL Y NO ACUDIÓ A MI CITA, PARA PRESENTARLE EN ESTE CAPÍTULO

—¡Otro *martini*, Perico! —ordenó Pimentel al barman.

—¿Con «Gordon»?

—¡Claro! No querrás envenenarme con uno de esos matarratas nacionales.

Lo dijo casi a gritos, en ese tono de arenga que es necesario emplear en los locales de los países latinos para hacerse oír. Era la hora del aperitivo nocturno, y en el «Café del Señorito» reinaba un barullo espantoso. Las mesas estaban atestadas. En la barra había racimos de hombres pugnando por atrapar una copa.

Porque aquel café se puso de moda la temporada anterior, y a él iban a aperitivear los jóvenes de las mejores familias madrileñas. ¡Hasta el exquisito Carlines Morral, que tenía una cuadra con doce caballos y una tarjeta con seis apellidos! Y como el local no era muy grande, las aglomeraciones eran constantes.

Las mejores familias de Madrid, a cuya cifra hay que sumar otras tantas que se agregan por considerarse tan buenas como ellas, producen anualmente un porcentaje de juventud bastante considerable. Y el «Café del Señorito» era entonces su cuartel general. Allí acudía el joven rico con coche propio, y el menos rico que se lo pedía prestado a su papá. Iban también frutos aún verdes de frondosos árboles genealógicos, que acababan de estrenar la *scooter* recibida como premio al final del bachillerato.

El mobiliario era incomodísimo, como el de todos los lugares que aspiren a ponerse de moda: mesitas en las que apenas cabía una consumición, y taburetes en los que a duras penas se acomodaba una nalga. La decoración de las paredes era incómoda también para los ojos, porque la había realizado un artista que aspiraba a alcanzar el rango de pintor; pero que se quedaba en abstracto y gracias.

La mayoría de las mesas estaban ocupada por parejas compuestas de novia y novio. La minoría restante, por pandillas de amiguitas que acudían al establecimiento con la honesta intención de pescar algún señor que, vestido de chaqué, las acompañara a dar un paseíto hasta cualquier altar de los alrededores. Como cebo para tan difícil pesca —hoy es mucho más sencillo cobrar un atún de cien kilos que un incauto de setenta—, estas «chicas bien» se esforzaban en portarse mal: bebían como anglosajones en noche de sábado y adoptaban actitudes provocativas para llamar la atención de los hombres hacinados en la barra. Muchas de ellas eran casi adolescentes que se pintaban los labios a hurtadillas con el *rouge* de sus mamás, y que tenían que limpiárselos antes de volver a sus casas para no ganarse un cachete.

—¡Perico! —volvió a rugir Pimentel, tendiendo de nuevo al *barman* su copa vacía—. ¡Sácame el aire de este vidrio con otro *martini*!

Porque Enrique Pimentel era un muchacho contemporáneo de pies a cabeza, que dominaba el lenguaje metafórico de su generación. Él fue uno de los primeros en decir que «las manos le apestaban a volante» para indicar que tenía coche propio, que le diesen «un humo» cuando pedía un cigarrillo, y que le «sacasen el aire» para solicitar una nueva consumición.

—¿Por qué bebes tanto? —preguntó a Enrique un mocito paticorto y gafudo, que añadía a estas desgracias la de ser conocido por el mote de Pirulín.

—Para olvidar —explicó Pimentel, apurando de un trago la nueva copa—. He sufrido un desengaño amoroso de aúpa.

—Pero ¿tú crees en el amor? —intervino Jacinto Prat, influyente regordete que cobraba de tres enchufes distintos sin trabajar en ninguno.

—Ahora sí —confesó Enrique con un suspiro—. Tampoco los pastores creen en San Homobono. Hasta que una noche, en la soledad del campo, se les aparece San Homobono rodeado de luz y les pide que le construyan una ermita. A mí una noche también, en este mismo café, se me apareció Marisa rodeada de gamberros. Y desde ese instante, creo en el amor a pies juntillas. Pero no hablemos de eso, porque es una historia muy triste.

—Cuéntala, que nos divertiremos —dijo Pirulín, que era morbosete y gozaba con los sufrimientos ajenos.

—Si os divierte, allá va —comenzó Pimentel—. Como todos sabéis, soy sordo. No tiene ningún mérito que lo sepáis, porque se ve a la legua este aparatito que llevo metido en la oreja y este cordón que lo une al micrófono que llevo en el bolsillo.

—Pero no te afea en absoluto —aduló Pirulín—. Es como si llevaras un monóculo auditivo.

—Muy amable —agradeció Pimentel—. Feo o no, el caso es que sin este chisme oigo menos que una almeja. Sin embargo, a Marisa nunca le importó este defecto. Incluso me dijo que el cordoncillo colgante me daba personalidad.

—¿Qué es la personalidad? —preguntó Jacinto que, a pesar de sus enchufes, o quizá por culpa de ellos, era bastante ignorante.

—Lo único que tú no tienes, porque no se puede conseguir con influencias ni recomendaciones —aclaró Enrique antes de continuar—. El hecho de que a Marisa no le importara mi complicada instalación amplificadora, me animó a cortejarla con una asiduidad que a ella no le disgustaba. Conseguí en poco tiempo ahuyentar la corte de moscones que siempre la rodeó, y empezamos a salir juntos casi todas las tardes. Yo había sufrido ese impacto psíquico que en lenguaje vulgar se llama «flechazo». Lo cual no os extrañará, porque todos sabéis lo guapísima que es Marisa.

—¿A qué Marisa te refieres? —preguntó Pirulín.

—¿A cuál va a ser, hombre? —dijo Enrique—. Pues a Marisa Cardona, naturalmente.

—Preciosa, en efecto —reconoció Jacinto con un significativo chasquido de lengua—. Tiene unos ojos maravillosos.

—Sobre todo el izquierdo —concretó Pirulín, que era muy detallista—. Pero ¿cómo íbamos a saber que te referías a ella, si nadie la llama Marisa?

—Claro que no —le apoyó Jacinto—. Todo el mundo la conoce por Mari.

—El «sa» final es reciente —explicó Pimentel—. Se lo añadió hace dos meses, al heredar de un tío suyo una Sociedad Anónima. No iba a seguir llamándose Mari a secas, como comprenderéis, habiendo heredado el derecho a usar la partícula «S.A.».

—Comprendido. Continúa.

—Salí con Marisa unas cuantas tardes —prosiguió Enrique—, con el fin de dar tiempo a nuestro amor para que fuese madurando. Una declaración prematura puede echar a perder el más bello de todos los idilios. El corazón de las mujeres, lo mismo que la pulpa de las frutas, necesita cierto tiempo para estar en sazón. En estas salidas previas, las parejas se observan como los luchadores de grecorromana antes del abrazo inicial que marca el principio de la lucha. Yo estaba cada día más enamorado de Marisa, pero dominaba mis ansias de declararme para no echarlo todo a perder. Me costaba mucho trabajo conservar este dominio, porque ya sabéis lo atractivos que son sus ojos.

—Sobre todo el izquierdo —volvió a puntualizar Pirulín.

—El derecho es algo más pequeño, ya lo sé —saltó Enrique, incomodado por la reiterada observación de su amigo—. Pero hay que fijarse mucho para notar que el párpado de ese ojo lo tiene un poco caído. Además, este leve defecto acentúa su encanto, pues da a su mirada la picardía de un guiño apenas iniciado.

—De acuerdo —aprobó Jacinto—. ¿Quieres dejar de interrumpir, Pirulín del demonio?

Y Enrique continuó:

—Algún tiempo después de estas salidas preparatorias, cuando estuve casi seguro de que ya tenía a Marisa al borde del bote, decidí declararme. Y no sólo ensayé cuidadosamente mi declaración, sino que busqué además un escenario adecuado. Estos detalles tienen mucha importancia cuando la mujer que se pretende conquistar es culta y sensible.

—En efecto —interrumpió de nuevo el pelmazo de Pirulín—. Un amigo mío fracasó ruidosamente por haber elegido para declararse un lugar que no reunía las necesarias condiciones estéticas ni aromáticas: la orilla de un río, en el punto donde desembocaba el desagüe de una cloaca.

—Yo —dijo Pimentel—, elegí una perfumada glorieta en el parque del Retiro.

—Astuto muchacho —celebró Prat, tamboreándose en un diente con el cristal del vaso.

—Había en la glorieta pequeños bancos respaldados por un dosel de madreselva. En los bancos solamente cabían dos personas. La madreselva estaba en flor.

—¡Qué bárbaro! —estalló Pirulín—. Elegiste el sitio más cursi y empalagoso de todo Madrid.

—Elegí también la hora del crepúsculo, que es a mi juicio la más poética por tres

razones fundamentales. Primera, porque es la frontera donde se despide un día que muere de una noche que nace. Con lo cual se mezcla en esos instantes la tristeza de una defunción con la alegría de un nacimiento, ingredientes opuestos que componen un cóctel sentimental muy excitante. Segunda, porque al ponerse el sol, las flores, castigadas por sus rayos, suspiran llenas de alivio. Y sus suspiros inundan el aire de fragancia. Y tercera, porque al atardecer se marchan los niños que jugaron durante el día, y llegan los enamorados que harán más niños cuando se casen.

»Con todos estos elementos, me lancé al ataque el día fijado de antemano. Llegué con Marisa al parque a las diecinueve quince. Al atravesar la verja de entrada, disminuí la velocidad del coche y lo conduje con lentitud hacia la glorieta.

»La tarde era espléndida. Unas ráfagas de viento, rápidas y breves como estornudos, agitaban las hojas de los árboles. Un rebaño de nubecillas, pastoreadas por el sol crepuscular, caminaba despacio hacia poniente.

»Al llegar a la glorieta, detuve el coche y nos apeamos. Como todos los bancos estaban libres, pudimos sentarnos en el que más nos apeteció. Y entonces, sin perder ni un minuto, inicié mi declaración. Con frases precisas y ligeramente líricas, expuse a Marisa los sentimientos que me inspiraba. Mientras hablaba, jugueteé con el cordoncillo de mi aparato auditivo para disimular mi nerviosismo. Marisa me escuchaba con los ojos bajos y yo no podía adivinar el efecto que le causaban mis palabras. Continué hablando sin interrupción, hasta soltar toda la pieza oratoria que había preparado. Al finalizar mi perorata, hice una pequeña pausa antes de añadir con voz trémula:

»—Te quiero, Marisa. ¿Puedo preguntarte si me quieres tú también un poco a mí?

»Ella levantó entonces la vista del suelo, me miró intensamente y sus labios se movieron pronunciando unas palabras inaudibles.

»—¿Cómo has dicho? —pregunté amablemente.

»Y ella volvió a repetir sus movimientos labiales, sin que yo pudiese captar ni el más leve sonido. Comprendí entonces la tragedia que acababa de sufrir: ¡la pila de mi audífono se había gastado, y no podía oír ni pío! Me envolvía un silencio sepulcral, que la voz de mi amada era incapaz de perforar.

—¡Terrible situación! —exclamó Pirulín sin poder contenerse.

—La más atroz de toda mi vida —dijo Pimentel, con un suspiro que levantó un fuerte oleaje en la superficie de su copa—. Lleno de angustia, me llevé la mano al bolsillo con disimulo y hurgué en el mecanismo del aparatejo. Pero nada conseguí. Me dieron ganas de estrujar la pila para arrancarle aunque sólo fuera un cachito de voltio. Y Marisa, a mi lado, continuaba hablándome sin que yo pudiera adivinar lo que me decía. Al fin, cubierto de vergüenza, tuve que confesar lo que me estaba sucediendo.

»—Perdona, amor mío, pero se me ha acabado la pila.

»Ella detuvo el movimiento de sus labios y me miró con extrañeza. Comprendí que esta explicación, tan lacónica como ridícula, no bastaba. Y la amplí con estos

detalles:

»—Al gastarse la pila, este aparato que llevo en la oreja ha dejado de funcionar y no te oigo. ¿Quieres hacer el favor de decirme más alto si tú también me quieres a mí?

»Marisa se aproximó un poco a mi oreja izquierda, y volvió a mover los labios repitiendo sus palabras anteriores. Sospecho que esta vez las dijo en un tono más fuerte, porque percibí un lejano rumor. Como cuando en la soledad campestre nos llega el alarido remoto de un pastorcillo que llama a un compañero. Pero no pude captar el contenido de aquel mensaje.

»—¿Cómo has dicho? —pregunté de nuevo, colocando mi oreja izquierda frente a la boca de mi adorada.

»Marisa, que se había ido poniendo nerviosa a medida que avanzaba esta escena grotesca, me indicó con un gesto a un guarda del parque que se disponía a cruzar la glorieta. ¿Qué habría pensado de nosotros si oye a una señorita profiriendo frases amorosas a voz en cuello? Probablemente nos hubiera detenido por desacato al pudor. Tuvimos que esperar a que se alejara de la glorieta por una de las veredas laterales, para proseguir nuestra conversación estentórea. Y cuando el guarda desapareció, me volví a Marisa para suplicarle una vez más:

»—¿Quieres repetirme más alto todavía lo que me dijiste antes?

»Fue un error por mi parte, lo reconozco, porque debí comprender que el percance del audífono había modificado el clima de nuestra escena amorosa. Toda la electricidad que le faltaba a la pila, le sobraba a la atmósfera que nos envolvía. Y los nervios de Marisa fueron los primeros en saltar. Con las venas del cuello hinchadas por el esfuerzo, me gritó al oído:

»—¡¡Vete a comprar una pila de repuesto, y déjame en paz!!

»Se levantó muy enfadada del banco, y hasta hoy. No he vuelto a verla ni la veré nunca más. Por eso bebo para olvidar.

Y dejando su copa en el mostrador, Pimentel ordenó al *barman*:

—¡Otro *martini*, Perico!

Pirulín preguntó a un pelirrojo que había en la barra junto a ellos:

—¿Qué hora es?

—No he traído reloj.

—¿Y ese bulto que tienes en la muñeca?

—Es un furúnculo.

—Perdona, chico —se excusó Pirulín—. Es que hace una hora que esperamos a Alejandro Montalbán, y no ha aparecido.

—No sé por qué te sorprende —dijo el enchufadísimo Jacinto—. Alejandro jamás ha sido puntual. Un día citó a su novia para salir, y cuando llegó a recogerla ella se había casado con otro.

—Pero hoy tenía una cita importante con Álvaro de Laiglesia, que deseaba presentárselo a sus lectores.

—Pues ni por ésas vendrá, ya lo veréis.

El ruido de las conversaciones hacía daño a los tímpanos. Menos a los de Pimentel, que cansado de tanto barullo desconectó su instalación acústica para quedarse a solas con su tragedia sentimental.

—Si Alejandro no viene en seguida, ya le veré mañana —anunció Pirulín—. Tengo que ir esta noche a una puesta de luto.

—¿Quién se pone de luto? —preguntó un tal Cucufate Palacios, que acababa de llegar a la barra.

—Los Gálvez del Prado —explicó Pirulín—. Se les ha muerto un tío que les deja un fortunón, y lo celebran por todo lo alto. Será una puesta de luto fenomenal.

—Yo, en cambio, no tengo nada que hacer esta noche —dijo Jacinto—. No tendré más remedio que salir con mi novia.

—Vente conmigo a la puesta de luto —le invitó Pirulín.

—Gracias, no me gustan los fiambres. Además, ¡se suda tanto en esos pésames!

—Eso sí —reconoció Pirulín—. Siempre he dicho que las capillas ardientes, cuando empieza el calor, deberían transformarlas en capillas refrigeradas.

Y él mismo celebró su irrespetuoso chiste con una risita cascadilla y antipática. Porque Pirulín, lo mismo que Jacinto Prat y Enrique Pimentel, pertenecía a ese sector de la juventud contemporánea que se cree cínico tan sólo porque es capaz de reírse de las cosas que no tienen gracia. Y esto no es cinismo, como piensan esos jovenzuelos, sino simplemente mala educación. El cinismo es una postura frente a la vida mucho más seria y profunda. Burlarse de un paralítico, o de un muerto, o de una vieja tullida, está al alcance de cualquier burguesito malcriado que haya bebido dos copas de más. Para ser un verdadero cínico, hay que estar de vuelta de todo. Y la juventud de ahora, en general, sólo ha tenido tiempo de volver de Cercedilla después de un veraneo. Pienso, por lo tanto, que se exagera demasiado al enumerar los defectos de los jóvenes actuales. Se les reprocha su apatía, su escepticismo... Y yo rebato estas acusaciones del modo siguiente:

Si son más apáticos, la culpa no es suya sino de las comodidades que la vida moderna pone a su disposición. Las ocasiones de ejercitar sus músculos y su esfuerzo intelectual son cada vez menos frecuentes. La bicicleta, máxima aspiración del mozuelo antiguo, se ha convertido en motocicleta. Las infectas pensiones estudiantiles, en las que se hacía gimnasia bucal luchando a diente partido con un filete, se han transformado en residencias confortables con comidas abundantes. La obtención de un puesto para ganarse el pan, se ha simplificado mucho con el uso y el abuso de la carta de recomendación. ¿Qué joven no se vuelve apático cuando la vida le brinda tantas facilidades para vivirla sin poner a prueba su musculatura física e intelectual?

Yo no hablaría de escepticismo juvenil, sino de indiferencia. El escéptico suele ser un desengañado, y a los veintipocos años sólo se han podido sufrir desengaños amorosos, profesionales y económicos. Pero no políticos. Eso es cosa de gente ya

mayor, con el colmillo más retorcido. La política es un deporte para personas sesudas que ya no tienen edad de nadar en las piscinas, ni de correr detrás de un balón o de unas faldas. Por eso no estoy convencido de que nuestra juventud...

Pero tengo que interrumpir esta divagación, porque observo que acaba de entrar en el café el personaje que estaba esperando: Alejandro Montalbán. Con lo cual, todos salimos beneficiados: ustedes, porque la presencia del protagonista me permite reanudar el curso de la novela. Y yo, porque gracias a la misma circunstancia puedo cortar una divagación que podría llevarme demasiado lejos.

—¡Hola, hombre! —saludó Pimentel al recién llegado, conectando su instalación acústica—. ¡Menuda faena nos has hecho con tu puntualidad! Hemos tenido que llenar este capítulo hablando de tonterías.

—Perdonadme —se excusó Montalbán—. ¿No queda todavía un hueco para mí?

—Ya no. Tendrás que esperar al capítulo siguiente.

PEDAZO II

EN EL QUE SE ESTUDIA LA PERSONALIDAD DE ALEJANDRO MONTALBÁN, Y SE CUENTA UN EPISODIO DE SU PASADO QUE BIEN PODRÍA TITULARSE: «LA VISITA DEL ALUMNO INTERNO».

Si alguien ha supuesto que Alejandro se apellidaba Montalbán a secas, está muy equivocado. El Montalbán era sólo la locomotora que arrastraba un largo tren de apellidos. Pero Alejandro no usaba más que esta primera unidad del convoy, porque las restantes únicamente le servían para perder tiempo al presentarse. Y él era un hombre moderno, enemigo de esos farragosos barroquismos en la nomenclatura. Comprendía que el ser último descendiente de una familia ilustre no sirve de mucho para abrirse camino en la vida, y prescindió desde muy joven de ese lastre rimbombante, hecho de bellas palabras ligadas por sonoras partículas.

—Haces mal en no exhibir tu prosapia, hijito —le decían sus ancianos padres con cierta amargura—. Al fin y al cabo, ésa será la única riqueza que heredarás de nosotros. Porque cuando fallezcamos, sólo te dejaremos un montón de pergaminos y otro de tierra. Y el primero es bastante más grande que el segundo.

Los viejos tenían razón, pues la única tierra que poseían era una finquita de secano a pocos kilómetros de Madrid, cerca de un pueblo llamado Muladar de las Altas Moscas. Y conste que la llamo «de secano» por caridad, pues lo cierto es que sólo era «de desierto pelado y va que chuta». Tan pelado que un año salió una flor, y todos los habitantes de la comarca acudieron a presenciar el asombroso fenómeno.

No puede decirse, por lo tanto, que las perspectivas hereditarias de Alejandro fuesen muy halagüeñas. Y ésta debió de ser sin duda la razón que le movió a luchar desde la adolescencia para labrarse un porvenir.

Hijo único y tardío —su madre tenía cuarenta años cuando lo trajo al mundo, y su padre cincuenta y dos cuando colaboró con ella para traerlo—, Alejandro fue uno de los niños más mimados del siglo xx. Cuando aprendió a hablar, lo primero que hizo fue encararse con sus padres y decirles:

—¿Dónde están mis papás?

—Somos nosotros, riquín —le explicaron ellos.

—Pues parecéis mis abuelos.

El chico tenía razón, pues en aquella época su madre peinaba cabellos blancos. Y su padre no peinaba cabellos de ninguna clase, porque estaba más calvo que la cúpula de una catedral bizantina.

—Ya vamos entrando en la vejez —decía don Gonzalo Montalbán a su mujer.

—La que voy entrando soy yo —se enfadaba ella—, porque tú ya estás dentro.

Y como la madurez ablanda no sólo los frutos, sino también los corazones, ambos trataban a su hijo como si fuera un nieto. Le autorizaban todos los caprichos que él quería, e incluso muchos que ni siquiera se le habían pasado por la imaginación.

Así fue creciendo y maleducándose el último descendiente de los Montalbán, entre mimos y zalemas, sin que nadie fuera capaz de darle un sopapo a tiempo para corregir su carácter voluntarioso.

—Este chico llegará muy lejos —decían sus papás, babeando de gusto.

—Si no se tuerce —objetaban algunas amistades aguafiestas.

—Si se tuerce llegará lejos también, aunque de costado.

En cuanto apretaba el calor en Madrid, los Montalbán cerraban su piso y se iban a su finquita. Lo cual era una estupidez, porque cuando en Madrid el calor empezaba a apretar, en Muladar ya había apretado hasta cortar el resuello a todo el mundo. Pero nobleza obliga, y la gente de prosapia tiene el deber de veranear en sus posesiones. Aunque sus posesiones sean una boñiga tirada en un arenal.

—Nos vamos a nuestras fincas —es la frase de despedida que intercambia la aristocracia cuando la canícula enciende su abrasadora antorcha. Y esto da tono, aunque también da un calor espantoso.

La finquita de los Montalbán se llamaba «Los Ciruelos». Este nombre lo justificaban dos arbolillos enclenques que crecían junto a la casa de sus propietarios. Sus troncos eran débiles palitroques entablillados por una sólida armadura de maderas y cuerdas, para que no los tumbara el cierzo de la meseta. Los arbolillos poseían unas ramas entecas, deformadas como bracitos de tullido, en cuyos extremos se abrían unos abanicos sarmentosos en forma de manos. En las puntas de los dedos formados por estas manos brotaban todos los años unos frutos pequeñajos y negruzcos, de pulpa seca y ácida. No era fácil determinar a qué especie pertenecían esas raras esferillas, cuyo color se asemejaba al de las ciruelas, aunque su sabor se distanciaba de ellas para aproximarse al de los nísperos y membrillos sin madurar. Un botánico de la provincia, que probó una de aquellas marranadas para clasificarlas definitivamente, la escupió con una mueca de asco y la definió con esta frase muy poco científica:

—Esto es una porquería.

Semejante clasificación no satisfizo a los Montalbán, que siguieron en la duda. Y en la duda, optaron por creer que aquellas extrañas frutas eran ciruelas de verdad. En vista de lo cual, basándose en esa suposición, bautizaron su propiedad con el pomposo nombre de «Los Ciruelos». Al fin y al cabo los arbolillos eran dos, y permitían la aplicación de este plural altisonante.

A la sombra de estos ciruelos, que ni eran ciruelos ni daban sombra, pasó Alejandro todos los veranos de su vida. Hasta que se hizo un hombrecito y empezó a estudiar. Sus padres entonces eran ya viejos, y por añadidura chochos. Retirados de la vida mundana, se pasaban los días sentados frente a frente esperando la hora de morir. Y en la espera, su única conversación era aquel hijo que Dios les había dado demasiado tarde, cuando ya no les quedaban años por delante para verlo hecho un hombre.

—¿Qué carrera crees tú que seguirá nuestro Alejandrillo? —preguntaba doña

Carmela a su marido, mientras ambos se veían envejecer por encima de la mesa camilla.

—A mí me gustaría que fuese militar —respondía don Gonzalo.

—Y a mí —le apoyaba su mujer—. Como es tan rubito, le sentaría muy bien el caqui.

—Pero no creo que él sienta ninguna afición por las armas.

—Pues de pequeño tenía una escopeta de aire comprimido.

—A pesar de eso —insistía don Gonzalo—. A mí me parece que le atraen más los negocios. Mirándolo bien, tiene cara de perito mercantil.

Y así, haciendo cábalas sobre el porvenir de su hijo, se les iba a los ancianos su vejez tan ricamente. Alejandro era la única ilusión que les quedaba en este mundo, y él correspondía al entusiasmo de sus padres con un estupendo amor filial.

La escena que relataré a continuación bastará por sí sola para que el lector comprenda, no sólo el carácter del joven Montalbán, sino el afecto que sentía por sus viejos progenitores.

Ocurrió hace ya algunos veranos, en la casa de «Los Ciruelos».

Era una cálida tarde del mes de agosto. En la casa, que era fea y antigua, las persianas estaban entornadas para impedir que el sol achicharrase a sus habitantes. Fuera, entre las piedras y las zarzas, millares de insectos interpretaban la «Sinfonía Inframundo». Es uno de los conciertos caniculares más hermosos de la Naturaleza. Viene a ser una especie de «Sinfonía Nuevo Mundo», de autor anónimo, compuesta para infraseres que jamás estudiaron solfeo en ningún conservatorio. Consta de dos tiempos nada más.

El primero es un *allegro molto vibrátil*, y dura hasta anochecer. En él, como su nombre indica, todos los insectos dirigidos y caldeados por el sol lanzan al aire sus zumbidos y vibraciones con armónica anarquía. Un frenético batir de alas y élitros, de patas y antenas, entona un himno salvaje con disonancias que ni siquiera sospechó el mismísimo Stravinsky. La cigarra discute con el grillo el puesto de solista, sin lograr nunca ponerse de acuerdo. Las avispas son violines agudísimos que alcanzan notas inaccesibles, mientras los pesados tábanos cubren el puesto de los contrabajos, llegando trabajosamente a las notas más graves.

Este *allegro molto vibrátil* acaba con el crepúsculo, cuando los rayos solares dejan de caldear la tierra y sus moradores se tranquilizan. Entonces empieza el segundo tiempo de esta singular sinfonía: *andante con cuidado, porque puedes quedarte mucho picatto*. Es el momento en que todos los insectos provistos de aguijón, protegidos por las sombras nocturnas, abandonan sus escondrijos para lanzarse en busca de sangre. El campo se tranquiliza al disolverse la orquesta, pero las alcobas y las cuadras se convierten en infiernos. Todos los mamíferos de dos y cuatro patas —y también los que sólo tienen tres porque perdieron una en algún accidente—, sufren las picaduras de este inframundo formado por vampiros voracísimos.

La escena que voy a contar, y para cuya ambientación acabo de hacer esta crítica musical de los conciertos campestres estivales, se desarrolló en la sala del caserón que los antepasados de Alejandro construyeron en «Los Ciruelos».

El sol, gracias a Dios y a la rotación terrestre, iba a esconderse detrás de esa cordillera que hay siempre al fondo de los paisajes para que haga bonito. En la sala, que era también cuarto de estar, se estaba bien. La penumbra, mantenida por las persianas medio cerradas, daba frescura a la piel y a los ojos. Los muebles eran los propios de un lugar veraniego: sillones de mimbre, cretonas baratas y algunos trastos viejos que se arrinconaron allí porque habían envejecido y no resultaban dignos de seguir luciéndose en el piso madrileño.

Junto a la mesa central, doña Carmela desdoblaba cuidadosamente un mantel.

—Es el de encaje, que nos regaló la baronesa en nuestras bodas de plata —dijo a su marido, el cual fumaba un cigarrillo antiasmático en un sillón.

—Yo creí que esos agujeritos se los había hecho la polilla —confesó don Gonzalo.

—No, hombre. Eso es del mismo encaje —explicó su mujer, extendiendo el mantel sobre la mesa—. Lo guardo como oro en paño para las grandes solemnidades. La última vez que lo puse fue cuando vino a merendar aquella princesa balcánica tan pintarrajeada, ¿te acuerdas? Por cierto que la muy cochina derramó toda su taza de chocolate. Aún se nota aquí la mancha, fíjate.

—No seas exagerada —se burló don Gonzalo—. Ni que el chocolate fuera asfalto.

—El que yo hago, es casi igual. A la española hay que hacerlo muy espesito. Tan espesito que al poner la taza al revés, caiga sólo gota a gota. Así le gusta al niño, y así se lo he preparado para que meriende en cuanto llegue.

—¿No dijo a qué hora vendría? —preguntó el anciano Montalbán.

—No. Llamó por teléfono a eso de las tres, y me dijo que calculaba estar aquí por la tarde. ¡Imagínate la sorpresa que me llevé al oír su voz! Casi se me cayó el auricular de las manos.

—Lo comprendo —murmuró don Gonzalo lanzando un suspiro—. ¡Hace tanto tiempo que no le vemos!...

—Muchísimo —le apoyó doña Carmela, yendo a un aparador para proveerse de tazas y platos—. Como que éste es el segundo verano que renuncia a sus vacaciones, para seguir interno en el colegio haciendo un curso intensivo.

—Es un chico extraordinario.

—Desde luego. Si toda la juventud fuese tan trabajadora como nuestro Alejandrino, España se pondría en poco tiempo a la cabeza del mundo.

—Pero ¿no te parece que trabaja demasiado? —añadió el viejo con cierta preocupación—. A su edad también es bueno divertirse un poco.

—Déjale. Cuanto antes termine sus estudios, antes descansará. Y en el fondo yo creo que se da estos tutes pensando en nosotros.

—¿Tú crees?

—Estoy segura. Se da cuenta de que ya somos viejos, y quiere que le veamos situado en la vida antes de que nos vayamos.

—¿Adónde?

—A la tumba, hombre. Pareces tonto.

—¡Ah, claro! Quizá tengas razón. El chico es tan humano, tan comprensivo...

—Y tan práctico —completó la anciana—. Se ha dado cuenta de que somos demasiado mayores para ayudarle, y ha decidido abrirse camino con su propio esfuerzo.

—Fue una lástima que naciera tan tarde —volvió a suspirar don Gonzalo.

—Sí, una lástima —subrayó su mujer, colocando en la mesa tres platos y tres tazas—. Pero yo no tuve la culpa.

—Ni yo —se apresuró a decir don Gonzalo. Y esta negativa contenía una velada afirmación de que él siempre había sido un buen cumplidor de sus deberes conyugales.

—Ya sé que tú tampoco —dijo doña Carmela, recordando con nostalgia aquellos remotos tiempos de efusiva intimidad—. Pero si el Destino no se hubiera empeñado en que nuestro amor tardase tantos años en fructificar, el niño sería ahora un hombre hecho y derecho.

—Bueno, no exageres —rebatía el viejo—. Tampoco es ya tan niño.

—Para mí, sí. ¿Qué experiencia puede tener de la vida, si ni siquiera ha terminado todavía de estudiar?

—Eso es cierto —admitió don Gonzalo, apagando en un cenicero su apestoso cigarrillo antiasmático—. Pero hay que reconocer que está bastante crecido.

Doña Carmela, que había terminado de poner la mesa para la merienda, se acercó a una puerta que comunicaba con la cocina para llamar:

—¡Gregoria!

La llamada surgió un efecto instantáneo, pues apareció en el umbral una mujeruca menuda y vivaracha, secándose las manos en un delantal.

Gregoria era una de esas criadas viejas que por haber servido toda su vida a los mismos señores, sirven ya para muy poco. Se tomaba unas confianzas excesivas con su ama, hasta el punto que en muchas ocasiones llegó a darle cariñosas palmaditas en la espalda. Ella se consideraba como de la familia, y los Montalbán consentían que se adjudicase este parentesco honorario en atención al medio siglo que llevaba a su servicio. Resultaba difícil calcular la edad de esta doméstica, porque pertenecía a esa clase baja, criada en el campo, que tiene características anatómicas muy diferentes a los seres normales. Esta especie es sumamente retaca, casi pigmea, y su pequeñez la acentúan unas piernas muy arqueadas. Su piel es velluda, áspera y seca como la corteza de un árbol, y tiene un color terroso que no se sabe bien si es del sol o del hígado. A Gregoria podían echársele sesenta años; e incluso diez más, porque también le cabían. Pero era imposible saber con exactitud la edad de aquel moño

grisáceo y apretado, de aquella boca rugosa y desdentada, y de aquel manojito de nervios que escondía bajo el pellejo.

—¿Qué? —se limitó a decir Gregoria desde la puerta, pues ella no perdía el tiempo diciendo: «¿llamaba la señora?», u otras cursilerías por el estilo.

—Saque ya los bizcochos del horno, que se nos van a achicharrar —ordenó doña Carmela.

—Tranquilícese. Acabo de tocarlos con el dedo, y aún están blandengues. ¡La cocina tira tan mal! Si los sacáramos del horno y los pusiéramos al sol, se harían mucho antes.

—¿Y cómo va el chocolate?

—Todavía le falta un rato. He metido una cuchara en la chocolatera, y no se queda tiesa.

—Pues atice el fuego, porque el señorito puede llegar de un momento a otro —se impacientó doña Carmela.

La boca de Gregoria se abrió en una ancha sonrisa, mostrando una abertura profunda y negra como una caverna.

—¡Qué ganas tengo de ver al chico! —dijo por la abertura—. Ya estará hecho un buen mozo, ¿verdad?

—Eso creemos —dijo don Gonzalo con un suspiro que, por salir de un hombre tan viejo, sonó a estertor—. Pero como hace tanto tiempo que no viene por aquí...

—La última vez que vino a «Los Ciruelos» —intervino Gregoria—, fue hace tres veranos. Recuerdo que quiso trepar a uno de los dos árboles que constituyen la vegetación de la finca, y el tronco se dobló como si fuera una vara de mimbre. ¡Se quedó más triste el pobrecillo! Porque a la juventud, cuando viene al campo, le gusta subirse a los árboles. Debe de ser un fenómeno de eso que llaman atavismo.

—¿Ha preparado ya ese dulce de limón que le gusta tanto al señorito? —preguntó don Gonzalo con mirada golosa, pues ese dulce también le gustaba a él.

—Desde esta mañana lo tengo enfriándose en la fresquera —dijo Gregoria—. Y me ha salido riquísimo. El chico se va a chupar los dedos.

—Pues vaya a echar otra mirada a los bizcochos —ordenó doña Carmela—. Y siga ocupándose en lo del chocolate.

—Está bien, mujer —dijo la criada sin pizca de respeto—. Ya voy.

Y se fue a la cocina, cerrando de golpe la puerta.

—Gregoria está cada día más inaguantable —comentó la anciana.

—En el fondo es buena y quiere mucho al niño.

—Eso sí —transigió doña Carmela—. Además, para los pocos años que nos quedan de vida, no vale la pena cambiar de servidumbre. Pero a veces se pone tan grosera, que tengo que hacer un esfuerzo para no ponerla de patitas en la calle.

En aquel momento se abrió de golpe la puerta que daba a la cocina, y Gregoria entró gritando excitadísima:

—¡Ya está ahí Alejandrino! ¡Acabo de verle por la ventana!

—Corra a abrir la puerta principal —dijo don Gonzalo levantándose de la butaca.

—¡Sí, ya voy! —dijo Gregoria muy nerviosa—. ¡Cómo ha crecido, válgame Dios! ¡Y qué guapo está de uniforme! Porque viene con el uniforme del colegio, que le favorece mucho.

Gregoria fue a abrir la puerta, a toda la velocidad que le permitían sus cortas piernecillas.

Al abrirla apareció en el umbral un hombre joven y alto, con el rostro muy tostado por el sol. Vestía un curioso uniforme de anchas rayas blancas y negras, confeccionado sin muchos miramientos en un tejido bastante ordinario. El único adorno de este atuendo tan llamativo era un número de cinco cifras, estampado en el pecho y en la espalda. Completando esta sencilla indumentaria docente, Alejandro se cubría con un gorro circular hecho del mismo material que el resto de su ropa.

—¡Mamá! —exclamó el recién llegado avanzando al encuentro de su madre.

—¡Hijo! —replicó doña Carmela abriendo sus brazos para recibirle.

Después de abrazarse efusivamente, Alejandro se desasíó con suavidad de la tenaza maternal para dirigirse hacia su padre diciendo:

—¡Papá!

Y como el léxico que se emplea en estos encuentros es muy escaso, don Gonzalo se limitó a repetir:

—¡Hijo!

Pasados los primeros instantes de emoción, se desataron todas las lenguas.

—Eres un ingrato, Alejandrín —comenzó doña Carmela con fingido reproche—. ¿Por qué no vienes a vernos más a menudo?

—¡Qué más quisiera yo! —exclamó el alumno interno, con un vozarrón hombruno que contrastaba con el diminutivo que le ponía su mamá—. Pero el reglamento de mi colegio es muy severo. No se pueden abandonar las clases ni un solo día. Es la única forma de obtener buenas notas a fin de curso, y evitar que te prolonguen los estudios varios años más.

—¿Y cómo te han dejado salir hoy? —preguntó don Gonzalo.

—Pedí un permiso especial al director —dijo Alejandro—. ¡Tenía tantas ganas de veros!...

—Y nosotros a ti —dijo doña Carmela, contemplando a su hijo con ojos cargados de amor maternal—. Pero te encuentro más delgado. ¿Es que no os dan bien de comer en el colegio?

—La verdad es que el cocinero no estudió su oficio en Francia precisamente —explicó Alejandro—. Además, como tiene que guisar para tantos comensales, se esmera poco.

—¿Tantos internos sois?

—Varios centenares. Es un colegio grandísimo.

Doña Carmela tomó a su hijo del brazo y lo condujo a la mesa donde había preparado la merienda.

—Ven, siéntate —le invitó—. Te hemos preparado el chocolate y los bizcochos como a ti te gustan. Y Gregoria ha hecho en honor tuyo su famoso dulce de limón.

—¡Qué buenos sois conmigo! —exclamó Alejandro, emocionado.

—No hacemos más que corresponder a lo bien que tú te portas con nosotros —intervino su anciano padre, acomodándose en una silla junto a él—. Porque no creas que muchos chicos de tu edad hacen lo que tú has hecho.

—¿Qué hice yo? —dijo Alejandro, con un imperceptible sobresalto.

—No seas modesto. ¿Crees que no tiene mérito haber resuelto por tus propios medios el problema de tu educación? Si no llegas a conseguir esa beca en el internado, hubiera tenido que vender «Los Ciruelos» para costear tus estudios.

—Tanto como eso... —protestó el joven Montalbán.

—Sí, tanto como eso —repitió don Gonzalo en tono rotundo—. Sabes de sobra que nuestras rentas nos dan lo justo para vivir con decoro, pero sin hacer ningún despilfarro. Y pagarte la pensión de alumno interno en un colegio, hubiera sido un sacrificio muy superior a nuestras fuerzas económicas.

—Es admirable que obtuvieras la plaza de becario tan fácilmente —elogió doña Carmela, ofreciendo a su hijo la fuente de los bizcochos—. ¿Cómo te las arreglaste para que te la diesen?

—Pues verás... —comenzó Alejandro, un poco confuso—. Es una historia larga y un poco complicada. Ya os la contaré en otra ocasión. —Y mordiendo un bizcocho, añadió muy complacido—: ¡Qué ricos están! Sigues siendo tan buena repostera como siempre mamá. Estas golosinas me recuerdan mi infancia. Si yo fuera literato, diría que tienen el sabor de mi niñez.

—¡Cualquiera diría que ha pasado tanto tiempo desde entonces! —rió su madre cariñosamente—. ¡Pero si aún eres un chiquillo!

—Para vosotros, sí —dijo el uniformado zangolotino—, porque los hijos siempre somos pequeños a los ojos de nuestros padres. Pero ya no soy tan niño.

Y don Gonzalo, condescendiente, sentenció:

—Eso creéis todos los muchachos en cuanto se os oscurece un poco el vello debajo de la nariz y os fumáis los primeros cigarrillos en el retrete del colegio.

—Puede que tengas razón —concedió Alejandro, satisfecho de que la senectud cegara a sus padres hasta ese punto.

Y se zampó un nuevo bizcocho.

—¡Aquí está el chocolatito! —dijo alegremente Gregoria, entrando de la cocina con un recipiente humeante.

El calor que esparcía la chocolatera aumentó la temperatura de la habitación, pero le dio al mismo tiempo un grato olorcillo hogareño. Las narices de Alejandro captaron esta fragancia dulzona, y con ella le fue fácil reconstruir algunas estampas de su ya lejana niñez.

Meriendas en casa de tía Sacristía, que murió envuelta en llamas al incendiársele la ropa con el cirio que iba a poner en el altar de San Jenaro...

Desayuno en el jardín de los frailes, con churros y mantecados, después de recibir la Primera Comunión...

Chocolatadas de las excursiones dominicales, a bordo del prehistórico «Panhard» que pilotaba el mañoso cuñado Mateo...

—¡Cuántos recuerdos trae esta jícara a mi olfato! —suspiró el alumno interno.

—Puedes llenarla todas las veces que quieras —le animó su madre—. A ver si recuperas alguno de los kilitos que perdiste en el «cole».

Y Alejandro comenzó a comer y beber con un apetito inusitado, mientras sus padres, llenos de amor, se lo comían a él con los ojos. Los padres ancianos veían a su hijo con tan poca frecuencia, que deseaban aprovechar al máximo todos los minutos de su visita.

—¿Hasta qué hora te quedarás con nosotros? —preguntó don Gonzalo, ofreciendo a su hijo un nuevo bizcocho.

—Hasta que sea de noche —respondió él, vagamente—. Entonces me iré, porque tengo que andar mucho todavía.

—¿Has venido en tren? —dijo su madre.

—No —explicó Alejandro—. Vine a campo traviesa. Se tarda menos, porque el tren da un rodeo muy grande.

—Pero hay una camioneta que pasa por el pueblo cada tres horas —sugirió el viejo—. Y te ahorrarías la caminata.

—Prefiero andar —rechazó el interno—. ¡Es tan agradable el aire libre después de estar encerrado tanto tiempo en esas aulas!...

—¿No tenéis hora de recreo? —se escandalizó doña Carmela.

—Muy pocas.

—¡Qué vida tan insana, Jesús!

—No lo sabes tú bien, mamá.

—¿Y no os sacan nunca a tomar el fresco?

—Eso sí. Todos los días. Pero no nos llevan al campo, sino a una cantera.

—¿A una cantera? —se asombró el viejo Montalbán—. ¿Para qué?

Alejandro vaciló un momento antes de contestar:

—Pues... para estudiar Geología. Es una asignatura muy interesante, porque las lecciones no son teóricas, sino prácticas. Al llegar a la cantera nos dan un pico a cada alumno, y empezamos a picar los bloques de piedra.

—¿Con qué objeto? —quiso saber doña Carmela, un poco sorprendida de aquel sistema pedagógico.

—Para buscar minerales raros —justificó Alejandro—. A veces, entre las vetas de granito, se encuentran prismas muy puros de cuarzo, o cristalillos de mica que centellean al sol, o capas de lignito y turba si me apuras un poco. Y con un poco de suerte, incluso pueden encontrarse trozos de feldespatos.

—¿Trozos de feldespatos también? —se maravilló don Gonzalo por cortesía, pues la verdad es que nunca supo a ciencia cierta si el feldespatos era un mineral, o un ave

de corral (por eso del «pato», que despista a cualquiera).

—Pues sí —confirmó orgullosamente el alumno interno.

—¿Y cuánto dura esa lección de geología? —preguntó doña Carmela, que deseaba saber todo lo que hacía su hijo en el internado.

—Toda la mañana. Desde que amanece, hasta la hora de almorzar.

—¡Qué barbaridad! A ese paso, acabarás siendo un geólogo imponente.

—Desde luego —admitió Alejandro—. Pero la geología es fundamental para preparar cualquier carrera. La de ingeniero de minas, por ejemplo; o la de ingeniero agrónomo... Hasta en la de ingeniero de caminos es una asignatura importante también, porque hay que saber la composición del terreno sobre el cual se trazan las carreteras.

—Sí, claro —apoyó don Gonzalo, haciéndose el listo—. Sabiendo la composición del terreno, se hacen los baches con más facilidad.

—¿Y qué hacéis al terminar esa clase? —siguió indagando doña Carmela, mientras volvía a llenar las jícara de chocolate espesote.

—Volvemos al colegio en formación, cantando hermosas canciones que nos ayudan a marcar el paso. Y después de lavarnos las manos, vamos al comedor a que nos sirvan el almuerzo.

—¿Cuántos platos os dan? —quiso saber doña Carmela.

—Uno solo —confesó el interno—. Pero muy grande, tranquilízate. Y en él nos lo echan todo junto.

—Como en las cafeterías, ¿verdad? —dijo don Gonzalo que, pese a su edad avanzada, estaba al tanto de las costumbres modernas.

—Algo así —confirmó su hijo.

—¿Y no os dan antes caldo? —siguió interrogando la anciana.

—Pues no —tuvo que reconocer Alejandro—. Lo he comentado muchas veces con mis compañeros: «¿Por qué no nos darán caldo?». Y ellos me contestan: «Tienes razón. Deberían dárnoslo. ¡Con lo rico que es, y con lo bien que nos sentaría...!».

—Naturalmente —reforzó doña Carmela—. Teniendo en cuenta que todos sois muchachos en la edad de crecer, no comprendo por qué no refuerzan vuestra alimentación con un consomé y una yema.

—Bueno, tanto como una yema... —dijo Alejandro, pareciéndole excesiva la idea de su madre—. Bien mirado, el consomé nos lo dan mezclado con lo demás. Porque toda la comida que nos sirven está siempre nadando en agua. En caldo, quiero decir: las patatas, las berzas, los huesos de carne...

—¿También os dan huesos de carne? —dijo doña Carmela, perpleja.

—Claro, mamá —trató de explicar Alejandro—. La moderna dietética ha descubierto que en el tuétano de los huesos están concentrados todos los elementos nutritivos de la carne. Y la carne, en cambio, está llena de toxinas.

—Pues a mí déjame de tonterías, y dame un buen filete.

—Y a mí —murmuró Alejandro, relamiéndose con nostalgia—. Pero como el

personal del colegio está compuesto de científicos, ellos se sacrifican comiéndose las toxinas de la carne, y a nosotros nos dan las vitaminas de los huesos.

Entre la cháchara por un lado y el chocolate por otro, la tarde se fue a paseo y empezó a anochecer. Los coleópteros, dípteros y demás bichópteros continuaban interpretando su «Sinfonía Inframundo». Desde una charca remota, se incorporó a esta música dodecafónica un orfeón de ranas. Y este coro, surgido en el último «movimiento», dio a la sinfonía estival cierto empaque de «Novena» beethoveniana.

Una brisa insignificante, flojucha y calentorra como una flatulencia, agitó las cuarenta y siete hojas de los dos canijos ciruelos. La noche llegaba de prisa, porque sabía con cuánta impaciencia la esperaban todos los seres humanos achicharrados por el sol.

—¡Gregoria! —llamó doña Carmela—. ¡Ya puede subir las persianas y abrir las ventanas!

La vieja criada acudió a cumplir la orden con su trotecillo de caballito enano. Encendió también la lámpara central, y a su luz amarillenta los bizcochos de la mesa refulgieron como lingotes de oro.

—¡Qué uniforme más majo trae el señorito! —comentó Gregoria sin poder contenerse, cuando terminó de hacer lo que le habían mandado.

—No tuve tiempo de cambiarme —se disculpó Alejandro—. Como salí de prisa y corriendo para aprovechar el tiempo...

—Estás muy guapo así —le piropeó su madre.

—¿Y qué significa ese número que lleva en el pecho y en la espalda? —preguntó la criada.

—Es el número de la matrícula —explicó Alejandro sin perder el aplomo—. Como somos tantos los alumnos matriculados en este curso, nos lo ponen en el uniforme para saber en qué orden nos examinaremos.

—Es un colegio muy bien organizado —comentó el viejo Montalbán—. Has tenido mucha suerte pudiendo entrar en él.

—Tanto como suerte... —masculló Alejandro.

—¿Y qué hacéis por la tarde? —quiso saber su mamá.

—Nos quedamos en nuestras habitaciones, y ya no volvemos a salir hasta la clase de Geología del día siguiente.

—¿Son confortables los dormitorios?

—Regulín, regulán —dijo el interno—. Son habitacioncitas pequeñas, con dos camitas gemelas y un cántaro de agua en un rincón. La ventana no es muy grande, y además tiene unos barrotes para que no nos caigamos a la calle al asomarnos.

—Una idea muy prudente —aplaudió doña Carmela—. Los chicos sois tan traviosos, que todas las precauciones son pocas. ¿Quieres más chocolate, hijito?

—Pues sí, por favor. Tomaré con mucho gusto varias tazas más.

Y así fue transcurriendo la velada familiar, grata y plácidamente.

Hasta que de pronto, comenzaron a oírse en el jardín los ladridos de varios perros.

—¿Qué es eso? —preguntó la vieja Montalbán, estirando las orejas con extrañeza.

—No me lo explico —dijo su marido, escuchando también atentamente—. Como no sean los perros de la finca de al lado, que se han pasado a la nuestra... Pero los vecinos sólo tienen dos, y parece que ladran muchos más.

Alejandro dejó de comer y todos sus músculos se pusieron en tensión. Durante unos segundos, pareció que iba a levantarse de un salto para dirigirse a la ventana. Pero luego, pensándolo mejor y comprendiendo quizá que ya era tarde, se contuvo y continuó masticando su bizcocho.

Los perros fueron aproximándose con gran rapidez, hasta que llegaron junto a la casa.

—¡Qué raro! —dijo doña Carmela yendo hacia la ventana, con intención de asomarse para ver lo que ocurría.

—¡No te asomes, mamá! —dijo Alejandro poniéndose en pie.

—¿Por qué no? —replicó la anciana, deteniéndose sorprendida.

—Porque vienen a buscarme a mí.

En aquel momento sonaron unos golpes muy fuertes en la puerta principal, mientras una voz gritaba con rudeza:

—¡Es inútil que te escondas! ¡Te hemos encontrado! ¡Entrégate por las buenas, porque no podrás escapar!

—Pero ¿qué significa todo esto? —dijo don Gonzalo, tan perplejo como su mujer.

—Ahora os lo explicaré —dijo su hijo dirigiéndose a la puerta rápidamente—. Pero será mejor que abra antes de que se enfaden.

Abrió la puerta de par en par, y en el umbral aparecieron dos hombres uniformados. Sus uniformes no eran a rayas blancas y negras, como el del alumno interno, sino grisáceos y cruzados por anchos correaes de charol.

—Guarden las armas y pasen —les rogó el joven Montalbán en voz baja, para que no le oyeran sus padres—. Les prometo que me iré con ustedes sin oponer ninguna resistencia.

—Déjate de pamplinas y acompáñanos —dijo uno de los agentes, encañonándole con un pesado pistolón de reglamento.

—Por favor, entren un momento —murmuró Alejandro con humildad—. Mis padres son muy ancianos y no quiero que sepan la verdad.

Dijo esto en un tono tan suplicante y sincero, que los dos agentes se miraron y uno de ellos decidió:

—Está bien, entraremos. Pero te advierto que la casa está rodeada, y lo pasarás muy mal si intentas engañarnos.

—No intentaré nada, se lo juro. Tengan la bondad de pasar.

Los dos agentes enfundaron sus pistolas y pasaron.

—¿Quiénes son estos señores, hijito? —preguntó doña Carmela acercándose a los recién llegados.

—Son profesores auxiliares —se apresuró a explicar Alejandro—, encargados de la vigilancia en el colegio.

—¿Cómo, cómo...? —dijo uno de los agentes, enarcando las cejas con extrañeza.

—Sí —insistió el joven Montalbán, guiñándole un ojo con disimulo—. El internado es tan grande, que ustedes son los encargados de vigilar los dormitorios para que no falte ningún alumno a la hora de dormir.

—Bien hecho —aprobó la anciana, encarándose con los agentes—. Eso es una tranquilidad para los padres de los internos. Así podemos dormir tranquilos, sabiendo que nuestros chicos duermen también y no se van por las noches de picos pardos.

Los dos hombres uniformados intercambiaron una mirada de extrañeza. Después, se encogieron de hombros.

—¿Y por qué han venido a buscarte, hijo? —intervino don Gonzalo—. ¿No dijiste que te habían dado permiso para salir?

—Eso dije —confesó Alejandro avergonzado, bajando los ojos al suelo—, pero era mentira. La verdad es que me escapé para venir a veros.

—¿Te escapaste? —repitió don Gonzalo—. Eso no está bien, Alejandrín.

—Ya lo sé, papá. Es que hacía tanto tiempo que no os daba un abrazo...

—¡Qué diablillo! —le reconvino bondadosamente doña Carmela—. ¿No comprendes que les habrás dado un disgusto terrible a tus profesores, que tienen la responsabilidad de cuidarte?

—Debes pedirle perdón al director —le aconsejó su padre.

—Pero, a pesar de todo, te echará una buena regañina —dijo su madre. Y volviéndose a los agentes, añadió—: No sean muy severos con él. Tengan en cuenta que no lo hizo con mala intención. Sólo quería hacernos una visita, porque sabía con cuánta ilusión deseábamos verle.

—¿Creen ustedes que le tratarían con más benevolencia si yo escribiese una carta al profesorado?

—No es necesario, papá —cortó Alejandro—. El director es muy bueno y se hará cargo.

—Pero ¿qué castigo te impondrán? —preguntó doña Carmela, preocupada.

—No sé —dijo su retoño—. Quizá me metan algunos días en un cuarto oscuro. O puede que me hagan copiar cien veces en la pizarra: «No volveré a salir del colegio sin permiso de los profesores»...

—Bueno —se impacientó uno de los agentes—, ya está bien de paparruchas. Vámonos.

—¿No van a dejar que el chico termine su merienda? —dijo doña Carmela—. Vamos, sean buenos. ¿Por qué no toman ustedes también una tacita de chocolate?

—No podemos tomar nada cuando estamos de servicio —rechazaron los agentes.

—¿Un bizcochito tampoco?

—No insistas, mamá. Será mejor que nos vayamos.

—¿Y cuándo volverás a vernos? —preguntó don Gonzalo.

—Dentro de tres años y un día —contestó Alejandro—. Pero entonces ya habré terminado mis estudios, y me quedaré siempre con vosotros.

La despedida fue conmovedora. Hubo un intercambio abundante de besos y abrazos, amén de algunas lágrimas en los ojos de doña Carmela.

—Adiós, hijo. Cuídate mucho.

—Y no trabajes demasiado.

—Adiós, papá... Adiós, mamá...

Y Alejandro, escoltado por los dos agentes, salió de la casa.

Sus ancianos padres, desde la puerta, le acompañaron con la vista hasta que desapareció en la lejanía, devorado por las tinieblas de la noche estival.

PEDAZO III

EN EL QUE SE EXPLICAN LOS ESTÚPIDOS HECHOS QUE MOTIVARON EL INGRESO DE ALEJANDRO EN UN INTERNADO TAN CURIOSO, Y SE CUENTA, SIN DARLE DEMASIADA IMPORTANCIA, EL FRACASO DE UN GRAN AMOR

Bastantes meses después de aquella emocionante visita a «Los Ciruelos», Alejandro fue puesto en libertad. Le acortaron la condena fijada por sus jueces, porque el chico tuvo la suerte de que en Roma nombraran nuevo Papa. Y con tan fausto motivo, es costumbre conceder una amnistía de propaganda a los delincuentes modestos. Amnistía que a él le ahorró los últimos meses de condena, pero que a mí me parece un gran error; pues con ella sólo se consigue que los presos deseen fervorosamente la escasa duración de los augustos pontífices. Yo creo que si cada elección papal alargara las condenas en lugar de acortarlas, en todos los penales del mundo se rezaría sin descanso por la salud de los Papas.

El joven Montalbán salió a la calle hecho un hombre, con una sólida formación física adquirida en los trabajos forzados y unos intachables antecedentes penales.

—Pero ¿por qué te metieron en la cárcel? —le preguntaron al salir los pocos amigos que le quedaban.

Y él, quitando importancia al asunto, contesto:

—Por un quítame allá ese coche.

Lo cual era cierto, porque la causa de su encarcelamiento fue el inocente robo de un automóvil. Otros, en cambio, roban mucho más, y siguen viviendo en libertad como unos señores. Porque en la balanza de la Justicia, por desgracia, no hay un juego de pesas a disposición del público para verificar la exactitud de las pesadas.

Este episodio de la vida de Alejandro es tan sencillo como conmovedor.

Los Montalbán, como ya dije, carecían de medios económicos para costear a su hijo una vida fastuosa. El muchacho salía diariamente de su casa con mil pesetas en el bolsillo, para sus gastos particulares.

—Pues no está mal —opinará el lector.

—No estaría mal si este billete hubiera sido distinto todos los días —replico yo—. Pero lo malo es que era siempre el mismo. Se lo habían regalado sus padres cuando el chico terminó sus estudios escolares, advirtiéndole que tenía que durarle hasta que terminase su servicio militar. Y le duraba, claro está, pero a base de exhibirlo en todas partes y no cambiarlo en ninguna. Única fórmula inventada hasta la fecha para aumentar la duración de un billete. Porque Alejandro siempre encontraba algún conocido que tenía dinero suelto, y que accedía a pagar la consumición diciéndole que no se molestara en cambiar por esa pequeñez.

Es probable que aquel único billete le hubiera durado hasta la fecha fijada por sus padres si no hubieran llegado a cruzarse en el camino de Alejandro dos piernas de

mujer. ¡Y qué piernas, madre mía! Las dos pertenecían a un mismo cuerpo coronado por una cabellera rubia, y el armonioso conjunto de todos estos elementos fue bautizado veinte años atrás con el nombre de Fernanda.

Aquella muchacha, que acababa de alcanzar la plenitud de su madurez, acudía con frecuencia al «Bar Magnolia». Este bar, que más tarde se transformó en banco como todos los locales que hacen esquina, tenía la exclusiva de la clientela distinguida hasta que se la arrebató el «Café del Señorito». Y en el «Magnolia» fue donde Alejandro conoció a Fernanda. Al muchacho le impresionaron hondamente aquellos ojos tan cándidos, aquella sonrisa tan tímida y aquellos ademanes tan pudibundos.

—Pero ¡qué recatada eres, córcholis! —exclamó Montalbán entusiasmado, a los pocos minutos de charlar con ella.

Fernanda le explicó que era huérfana de militar por parte de padre.

—¿Murió en acción de guerra?

—No: murió en indigestión de paz. Era general de Intendencia. Pertenezco, como verás, a una buena familia. De no ser así, no me atrevería a frecuentar el «Bar Magnolia», reservado exclusivamente a la gente bien.

—Claro, claro —dijo Alejandro—. También yo soy aristócrata hasta la medula. Quizás hayas oído hablar de mí. Me apellido Montalbán...

Y a continuación estuvo recitando un buen rato la letanía de apellidos que remolcaba el inicial. Fernanda le escuchó boquiabierta, y al concluir comentó con encantadora ingenuidad:

—¡Qué bruto! Con tantas marcas de fábrica, tienes que ser riquísimo.

—¡Psch! —se encogió de hombros el noble pollastre—. Lo corriente.

Pero la muchacha, que a juzgar por sus reacciones debía de ser una romántica incorregible, entornó los ojos lánguidamente para preguntar:

—¿Y tienes coche?

—Pues... sí, naturalmente —mintió él, porque le pareció ridículo confesar que era un simple peatón después de aquel alarde genealógico que había hecho—. Pero estos días lo tengo en un taller, haciéndole una revisión: los frenos, el carburador... Esas cosillas, ya sabes.

—Cuando esté listo —propuso Fernanda—, podríamos hacer alguna excursión.

—Las que tú quieras, no faltaba más.

—¡Hay sitios tan bonitos en los alrededores de Madrid! Yo conozco una cuneta donde hay un árbol que da sombra. Y un arroyo que parece un río de verdad, porque cuando llueve hasta tiene un poquitín de agua.

Después de este primer encuentro, en el que Alejandro no tuvo más remedio que cambiar sus intactas mil pesetas para pagar los aperitivos, volvieron a verse todos los días. El impulsivo joven iba sintiéndose cada vez más atraído hacia aquella hermosa criatura, prodigio de juventud y honestidad. Ella, por su parte, no parecía estar a disgusto junto a él, pues en varias ocasiones abandonó una de sus manos entre las de

Alejandro. Y aunque estos abandonos sólo duraban algunos segundos, eran un síntoma muy elocuente.

Porque por ahí se inician todos los idilios: de la mano se pasa a la rodilla, de la rodilla al muslo, y del muslo al primer tortazo.

Pero Fernanda, decente y pudorosa, no cedía ni un centímetro de piel fuera del carpo y el metacarpo.

—¡Por favor, Alejandro! —exclamaba apartándose bruscamente—. Que no estamos solos. Aquí puede vernos todo el mundo. —Luego añadía, prometedora—: Si tuvieras el coche, podríamos ir a algún sitio donde no nos viese nadie.

Y Alejandro, rojo de excitación, tenía que hacer un enorme esfuerzo mental para dominar sus instintos. En esos casos, según dicen, es bueno pensar en personas desagradables que actúen sobre la libido como una ducha de agua helada. Y él, siguiendo ese consejo, pensaba en la lista de los reyes godos. Y pensando en la lista de los reyes godos, antes de llegar a Turismundo, recobraba la calma.

Porque él comprendía que no era posible decir a Fernanda que hay muchos sitios, sin necesidad de salir en automóvil fuera de Madrid, en los cuales una pareja puede estar sola y a sus anchas sin que nadie la vea. Ella, teniendo en cuenta la honestidad que se desprendía de toda su persona, daba la impresión de ser un posible «plan motorizado».

Llámase «plan motorizado», según mi compendio secreto de psicología femenina, el que pueden proporcionar ciertas mujeres decentes sometidas a un balanceo previo en un coche lujoso. Está demostrado que un amplio porcentaje de señoritas, después de relajar sus nervios y sus músculos con el vaivén que proporcionan los amortiguadores de un *Cadillac*, se muestra bastante dispuesta a hacer ciertas concesiones al dueño del vehículo. La amortiguación, al mecer a la pasajera como en una cuna, adormece sus reacciones violentas predisponiéndola a aceptar algunas caricias.

Mujeres íntegras que rechazarían airadas las audacias de un peatón, e incluso de un «vespista», ceden a veces hasta límites insospechados cuando el audaz va conduciendo junto a ellas treinta y dos caballos de fuerza.

A este grupo pertenecía sin duda Fernanda, si juzgamos por sus constantes alusiones al automóvil de Alejandro. Y él, prisionero de su propia mentira, se irritaba pensando que jamás podría aprovechar tan apetitosa oportunidad.

—Pero ¿cuándo van a terminar la revisión de tu coche? —se impacientaba la chica.

—En estos días —respondía él vagamente.

Y la acompañaba a su casa andando, para ahorrarse el taxi. Ponía como pretexto que a él le sentaba bien dar algún paseo, porque cuando iba en el coche no hacía ningún ejercicio.

Hasta que una tarde, la candorosa Fernanda se hartó de pasear y dijo a su acompañante:

—¿Conoces a Manolo Esquivias?

Alejandro repasó mentalmente la lista de sus amistades antes de contestar:

—Creo que sí. ¿No es un chico rubiajo y menudito, que cuando toma el sol se pone rojo como un cangrejo cocido?

—Exactamente —confirmó el suculento bomboncete.

—Es tonto del pompis —le definió Montalbán, suavizando el epíteto en atención a la castidad de la muchacha.

—Tonto y todo, me ha llamado por teléfono para invitarme a hacer una excursión en su coche.

—¿Cuándo?

—Mañana por la tarde. Tiene un *Jaguar* deportivo de dos plazas...

—Pero tú no irás, ¿verdad? —dijo Alejandro, palideciendo como si acabara de recibir un martillazo en el dedo meñique de la mano derecha.

—Pues, hijo —comenzó la púdica Fernanda, con un rubor que se le iba y otro que se le venía—, si quieres que te sea sincera... Me apetece salir un poco de Madrid. Y puesto que tú no tienes preparado el coche, y el de Manolo funciona... ¿Por qué no he de ir?

El joven, comprendiendo que si no actuaba con audacia y rapidez perdería aquel plan encantador, se apresuró a decir sin pensar lo que decía:

—No es necesario que vayas con Manolo, porque mañana mi coche estará listo. Y yo iré a recogerte por la tarde para hacer una excursión.

—Bueno, en ese caso... —rectificó Fernanda—. ¿Y adónde me llevarás?

—A donde tú quieras —concedió él, pues ya había llegado demasiado lejos al dar el primer paso y no le importaba seguir dando muchos más.

—A mí me gustaría ir a Biarritz —dijo Fernanda con esa deliciosa ingenuidad de las muchachas jóvenes, que, por no tener experiencia de la vida, creen que Biarritz es un merendero situado en los alrededores de Madrid—. ¿A qué hora pasarás a buscarme?

—A las cinco en punto estaré en la puerta de tu casa —concretó el imprudente.

La perspectiva de aquella excursión alegró tanto a Fernanda, que al despedirse de Alejandro se dejó besar por él. Un beso casto por la zona en que fue dado (la mejilla), pero prometedor por su duración (veinte segundos).

Conocidos estos antecedentes, a nadie le extrañarán las consecuencias. Yo no aplaudo ni mucho menos la conducta de Alejandro, pero comprendo que hiciera lo que hizo. Lo mismo que el mosquito cae en la red de las arañas, el mocito se enreda en la trampa de unas pestañas.

El amor, esa maravillosa y pasajera insensatez que todos hemos padecido algunas veces, hace perder el sentido del bien y del mal. El enamorado vive en un paraíso tan falso y fantástico como el del opiómano, donde caben los más variados disparates. ¿Qué cordura puede esperarse de un sujeto que se expresa en un lenguaje absurdo, en el que abundan adjetivos tan estúpidamente calificativos como «cariño», «tesorín» y

«pichirrichina»? Cuando se pierde el control hasta alcanzar tal grado de cretinez, hay que juzgar a las personas con cierta benevolencia.

Fijada la cita para la excursión en automóvil, sólo le quedó a Alejandro un pequeño detalle por resolver: el automóvil. La solución honesta del problema hubiera sido comprar uno, pero esto no es nada fácil cuando el aspirante a comprador dispone únicamente de seiscientos treinta y seis pesetas. Ni aun ahora que la crisis ha hecho bajar tanto el precio de los coches, sería sencillo encontrar uno por ese precio. Y como el tiempo apremiaba, Alejandro decidió adquirirlo por un procedimiento más directo, rápido y económico.

Cerca de su casa, en un destartalado palacete con jardín, se había instalado recientemente una nueva embajada. Sabido es que en estos últimos años, al debilitarse las grandes potencias con la agotadora guerra de nervios que sostienen entre sí, no pudieron impedir que sus colonias se pusieran chulas y pidiesen la independencia. Muchas de ellas la obtuvieron ya —por las buenas algunas y por las malas casi todas—, y el resultado ha sido una erupción de nuevas embajadas en todas las capitales del mundo.

Porque lo primero que hace un pueblo al constituirse en nación soberana, es formar un nutrido cuerpo diplomático para que viajen y se diviertan los amigos del gobierno. Los miembros de estos cuerpos suelen ser cabecillas revolucionarios que ayudaron a obtener la soberanía. Se premian así sus servicios, permitiéndoles vivir suntuosamente en un país civilizado, y se evita de paso, al mandarlos al extranjero, que sigan armando revoluciones dentro del territorio nacional.

Los vecinos de Alejandro que ocuparon el palacete próximo a su domicilio, representaban a una república de nuevo cuño llamada Kukulunga. Nadie, excepto algún alto funcionario de nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores, sabía dónde diablos estaba aquel país. Por las «kas» de su nombre y por el color de sus representantes (tostadito intenso), podía suponerse que se hallaba enclavado en África, en Oceanía o en la zona meridional de Asia, donde habitan tantas razas morenuchas.

En todo caso, estuviera donde estuviese, las riquezas naturales del país debían de ser considerables a juzgar por el número y tamaño de los coches que tenían sus diplomáticos. Aparcados en el jardín de la embajada, cuya verja se hallaba siempre abierta de par en par, podía verse una veintena de automóviles pertenecientes a las mejores marcas americanas y europeas. Todos ellos pintados en colores vivísimos, pues la gente que ya tiene la piel muy morena de por sí, no simpatiza con el color negro.

Creo que con los datos que anteceden, la probada inteligencia de mis lectores podrá deducir lo que ocurrió a continuación. Soy también lector inteligente cuando leo lo que escriben los demás, y nada me irrita tanto como la minuciosa descripción que hacen algunos autores de acontecimientos que ya me habían dejado adivinar en párrafos precedentes.

—Pero ¿cree este fulano que soy tonto? —exclamo lleno de indignación.

Y me salto las páginas en que pretende contarme lo que ya sé.

Para evitar que ustedes hagan eso mismo, me limitaré a decirles que Alejandro se apoderó de uno de los coches pertenecientes a la embajada kukulunguesa. Como él sabía que el estúpido de Manolo Esquivias tenía un *Jaguar* deportivo, no quiso quedar mal ante los ojos de Fernanda. Y se llevó un hermoso *Cadillac* descapotable, pintado de blanco y tapizado en cuero rojo. Su intención, que conste, era usarlo únicamente aquella tarde y devolverlo al regresar de la excursión. ¿Qué culpa tuvo él de que las cosas se torcieran después?

Cuando llegó al domicilio de Fernanda, ella estaba ya esperándole en el portal.

—¡Qué cochazo tienes! —exclamó la apetitosa joven, al tiempo que Alejandro abría la portezuela para que subiera.

—¡Psch, no está mal! —admitió él—. ¿Dónde quieres que vayamos?

—Fuera de Madrid —sugirió ella—. Podríamos merendar en cualquier sitio del campo.

Salieron de la ciudad por la carretera de Francia. La tarde era tibia y soleada.

El coche se mecía suavemente al salvar las ondulaciones y baches que dan un sabor tan típico a las carreteras nacionales.

—No sabía que fueras diplomático —dijo Fernanda llena de admiración, reduciendo espontáneamente el espacio de asiento que los separaba.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Alejandro, alarmado.

—Por la matrícula de tu coche. Cuando llegaste a buscarme, vi que ponía «C.D.».

—Pues sí —trató de explicar él, mientras conducía con desenvoltura—. La verdad es que soy un poco diplomático. Pero sólo por afición, ¿comprendes?

Y a ella no le pareció rara esta explicación, porque ya estaba dispuesta a comprenderlo todo. Los amortiguadores del *Cadillac* habían empezado a ejercer su acción hipnótica, predisponiendo a la pasajera a aceptar los hechos más insólitos. Y Alejandro tuvo la prueba palpable de esta predisposición unos kilómetros después, cuando puso su mano derecha sobre la rodilla izquierda de Fernanda y ella no le rechazó. La rodilla era redonda, y la media se tensaba en su superficie modelando su perfecta redondez. El cambio automático es sin duda la invención más práctica de los coches modernos, porque permite al conductor conducir con una sola mano, dedicando la otra a tareas más agradables.

—Por favor, Alejandro... —murmuró ella, con una voz tan acariciadora que contenía más aliento que censura.

Y el pie de Alejandro dejó de oprimir el acelerador, haciendo que disminuyera rápidamente la velocidad del automóvil.

Empezaba a anochecer. Frente a ellos, las montañas de Somosierra adquirían un sucio color pizarroso. La sangre del día, que la noche acababa de asesinar clavándole puñales negros por la espalda, teñía de rojo el cielo. Los pastores, con sus recios vozarrones, empezaron a lanzar sonoras blasfemias para agrupar a sus rebaños y

conducirlos a dormir.

—¡Venga, perezosas! —decían a las ovejas—. ¡Me hago pis! ¡E incluso caca!

Y los peones camineros dejaron de caminar.

Los pájaros, fatigados de volar durante toda la jornada sin tener adonde ir, se posaron en la tierra despoblando el aire.

El *Cadillac*, al cesar la presión sobre el pedal que espoleaba a sus treinta y dos caballos, fue perdiendo velocidad hasta detenerse suavemente a la orilla de la carretera. Por las abiertas ventanillas entraba el grato perfume de las flores silvestres que cubrían la cuneta. Un número indeterminado de coleópteros ponía música de fondo al paisaje con sus chirridos y estridores.

Alejandro, girando la llave de contacto para parar el motor, se aproximó a Fernanda con intención de besarla en una oreja. Porque éste era uno de los factores físicos de la muchacha más atractivos. Hay orejas de sinuosidades tan perfectas, con una carnación que imita al nácar con tanta exactitud, que parecen caracolas marinas. Y dan ganas de introducir en ellas un alfiler, para sacar el bígaro que tienen dentro.

Fernanda aceptó el beso con un ligero estremecimiento, pero sin ninguna protesta. Lo cual animó a Alejandro.

Fue poco tiempo después cuando se produjo la sorpresa que detuvo en seco el entusiasmo de Alejandro: un coche de la policía frenó bruscamente junto al *Cadillac*, y de él descendieron varios agentes.

—Pero... ¿qué pasa? —balbució Alejandro.

—Pasa —le explicó uno de los representantes de la ley metiendo la cabeza por la ventanilla—, que el embajador de Kukulunga ha denunciado la desaparición de su coche. Y tú eres demasiado paliducho para ser miembro de la embajada. De manera que vamos a dar un paseíto hasta la Dirección General de Seguridad.

Fernanda se llevó un susto tan grande, que no pudo decir una palabra. Lo único que hizo fue echarse a llorar, actitud que permite a las mujeres hacer algo durante los raros momentos en que no dicen nada.

En el viaje de vuelta, bastante más triste que el de ida, Alejandro se creyó en el deber de explicar la verdad a su compañera:

—No necesito decirte que este coche no es mío, porque ya lo habrás sospechado después de oír a estos simpáticos caballeros que han tenido la gentileza de escoltarnos. En realidad, yo no tengo automóvil ni lo he tenido nunca. Aprendí a conducir en una academia automovilística, para aprovechar una matrícula gratuita que gané en un concurso radiofónico patrocinado por el flan «Flin». Ya sabes: «Para tomar flan, tome siempre Flin». Mi familia es noble, en eso no te engañé, pues poniendo en fila mis apellidos podría cubrirse de texto el cinturón de una señora gorda. Pero no tenemos dinero ni para comprar un *scooter*. Espero que me perdonarás si piensas que robé este coche para causarte buena impresión y conseguir que llegaras a quererme.

—¿De veras venías con buenas intenciones? —preguntó Fernanda.

—Con las mejores intenciones que puede tener un hombre normal al acercarse a una mujer bonita —se sinceró él.

—¿Y te hubieras casado conmigo? —insistió ella.

—Desde luego —mintió él, pues ¿qué importa una mentirijilla cuando se está a punto de pasar una larga temporada en la cárcel?

—En ese caso —dijo Fernanda—, también yo te contaré la verdad. —Y añadió—: Quizás eso te sirva de consuelo.

Y sin mirar a su compañero, empezó a contar con una voz que resultaba emocionante a fuerza de querer ser indiferente:

—Tampoco yo soy lo que tú te figuras. Mi padre no era general, sino albañil. Y murió al caerse de un andamio, como todos los albañiles que saben cumplir con su deber. Me quedé entonces completamente huérfana, porque mi madre había muerto ya en un accidente de circulación.

—¿Rodada?

—No: sanguínea. La mató el coágulo de una flebitis que tuvo al darme a luz. La flebitis se le localizó en una pierna. Pero como a ella le gustaba el vino y bebía mucho, el coágulo se le subió a la cabeza.

—Pues, hija, vaya una birria de madre que tenías. Si bastó un simple coagulito para cargársela...

—No lo tomes a broma —se enfadó Fernanda—, porque todo lo que te estoy contando es cierto. Al morir mi padre, que cayó desde un quinto piso, yo sufrí un choque muy fuerte.

—No tan fuerte como el que sufriría él.

—Moralmente, sí. Porque me quedé sola en el mundo, sin recursos de ninguna clase. Yo acababa de cumplir diecisiete años, y había alcanzado el límite de mi desarrollo. Pagados los gastos que ocasionó el entierro de mi padre, que no fueron muchos porque había quedado tan hecho pedazos que pude enterrarle en un agujero de treinta centímetros de diámetro, me quedaron en el bolsillo catorce pesetas. Y con catorce pesetas por toda fortuna, ¿qué puede hacer una muchacha guapa, que acaba de alcanzar el límite de su desarrollo?

Fernanda hizo una pausa cargada de intención, para que Alejandro tuviera tiempo de responder mentalmente a la pregunta que ella había formulado. Y después, siempre sin mirar a su interlocutor, continuó muy de prisa.

—Para resolver mi angustiada situación, dejé que me adoptara doña Remedios. En realidad se llamaba doña Sabina; pero todo el mundo la llamaba Remedios, porque remedió la situación de muchas chicas adoptándolas como a mí. Cuando me instalé en su casa, había ya otras cinco fulanitas de mi edad que vivían con ella. Y a todas nos adiestró para realizar este trabajo.

—¿Qué trabajo? —preguntó Alejandro con extrañeza.

Y Fernanda, fijando la vista en un punto lejano que se divisaba por la ventanilla del coche, concretó:

—Mis compañeras y yo no somos lo que suele llamarse unas chicas decentes. Nuestra profesión tiene un nombre corto y áspero, que acude a todas las lenguas cuando se trata de proferir algún insulto. Somos el escalón más bajo en la escala femenina, porque empleamos como medio de vida lo que las mujeres honestas emplean como fin.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que yo, dicho mal y pronto, soy una furcia.

—¡Vaya, rica! Eso se avisa.

—Es lo que estoy haciendo.

—¡A buenas horas, furcias verdes!

—Deja que te explique. Dentro del bajísimo nivel social que me corresponde por la profesión que ejerzo, ocupó una posición privilegiada. Porque las alumnas de doña Remedios no somos unas fulanas corrientes, que nos vamos con el primer señor dispuesto a abonar la tarifa. Nuestra maestra nos ha preparado para sacar el máximo provecho de nuestra desvergüenza. Disfrazadas con una refinadísima educación y una falsa personalidad, nos mezclamos entre la gente bien como si fuéramos de la misma clase. Acudimos a los bares más «sofisticados», como el «Magnolia», y nos codeamos con las muchachas de la buena sociedad que tratan de cazar un pretendiente. En estas cacerías tenemos más probabilidad de ganar, porque nuestras competidoras se niegan a hacer determinadas concesiones que a veces son decisivas para asegurar una pieza.

—No es tonta doña Remedios, desde luego.

—Nosotras, en cambio —continuó Fernanda—, gozamos de plena libertad para aceptar una invitación a cenar, a beber, e incluso a salir de noche. Somos lo bastante expertas para ceder gradualmente y fingir que fuimos seducidas por los galanes que nos cortejan. Y como estos galanes son muchachos de posición, respaldados por la fortuna familiar, obtenemos siempre una importante compensación para evitar el escándalo.

—¿Es posible que ese truco tan viejo siga dando resultado? —dijo Alejandro.

—Desde luego. ¿Qué no serán capaces de hacer unos padres ricos para salvar su buen nombre, al enterarse de que uno de sus hijos deshonoró a una señorita decente? Tres alumnas de doña Remedios llegaron a casarse con sus presuntos «violadores», y son ahora señoras muy respetables que viven en la opulencia. Otras, en cambio, no se casaron, pero consiguieron primas en metálico con las cuales montaron negocios y resolvieron sus vidas. Mis intenciones contigo eran iguales. Pretendía hacerte creer que me habías conquistado, para obligarte después a pagar cara tu conquista. Pero esta vez me ha salido el tiro por la culata. Porque no sólo ha resultado que eres pobre de solemnidad, sino que además me has metido en un jaleo de campeonato.

—No te preocupes —la tranquilizó Alejandro—, porque a ti no te pasará nada. Te dejarán libre en cuanto yo declare la verdad: que salí en coche con una señorita, y nos llevamos un chasco mutuo. Ella supo que yo no era dueño del coche, y yo supe que

ella no era señorita.

Ésa fue, en efecto, la declaración del joven Montalbán ante el tribunal. Pero no le sirvió de mucho, porque el embajador de Kukulunga demostró que dentro de la maleta del *Cadillac*, en el momento del robo, había una valija diplomática con documentos secretos y una suma importante en divisas. Y aunque la valija se recuperó intacta, a la hora de tasar el robo cometido por Alejandro, los jueces sumaron su valor al del coche. Con lo cual su culpa alcanzó un precio exorbitante, que sólo podía pagarse con una considerable pena de cárcel.

—Me está bien empleado, por imbécil —filosofó el joven cuando le leyeron la sentencia.

Y como la imbecilidad integral no está reñida con la bondad filial, no quiso que sus ancianos padres supieran lo ocurrido. Fue entonces cuando inventó lo de su ingreso en un internado, cuyas conmovedoras consecuencias leyeron ustedes en el pedazo anterior.

PEDAZO IV

EN EL QUE ALEJANDRO, POBRE PERO SIEMPRE SEÑORITO, TRATA DE GANARSE LA VIDA EN UN MUNDO HOSTIL Y POCO DISPUESTO A DARLE FACILIDADES

Como no hay mal que por bien no venga, ni bien que por mal no vaya, Alejandro recibió al mismo tiempo dos fuertes impresiones: la alegría de la libertad y la tristeza de la soledad.

Sus padres, cuya pachuchez había escalado cumbres jamás alcanzadas por los pachuchos corrientes, aprovecharon un invierno ligeramente crudo para morir. Y la vieja Gregoria, que les había servido desde que el siglo XX era un chaval, los acompañó en este último viaje para seguir sirviéndoles en el otro mundo. Los ancianos señores de Montalbán, como eran un matrimonio tan unido, enfermaron de pulmonía al mismo tiempo.

—Es un caso admirable de unión conyugal —comentó el médico que estuvo a visitarlos y que era especialista en certificados de defunción—. No han muerto de una pulmonía cada uno, sino de una sola pulmonía doble que se la repartieron entre los dos.

La criada, más modesta, no pudo permitirse el lujo de contraer una enfermedad tan costosa y se apañó para morir de una peritonitis individual, que será todo lo ordinaria que ustedes quieran, pero que mata divinamente.

Soltero y solo en la vida, como en la letra de una viejísima canción, Alejandro buscó el medio de cubrir sus necesidades diarias con la máxima holgura posible.

—¿Qué sabe usted hacer? —le preguntaron en una agencia de colocación.

—Nada —contestó él.

—Eso es poco.

—Sé conducir un coche. Sé elegir los platos de una comida y acompañarlos con los vinos más adecuados. Sé el suficiente francés para preguntarle a un guardia en París dónde está la plaza de la Concordia. Sé también elegir la corbata que entona mejor con cualquier traje, y hacerme la pajarita del «*smoking*» sin tener delante un espejo.

—Todo eso sigue siendo poco.

—Pero al menos tengo la ventaja de que no estoy maleado para ninguna clase de trabajo —se defendió él—. Quienes ya trabajaron en algo, adquirieron vicios y exigencias que crean dificultades a los patronos que los contratan. Detrás de cada obrero experto hay un sindicato competente que exige salarios mínimos, seguros y pluses. Yo, en cambio, como soy un obrero virgen, no estoy respaldado por ninguna organización sindical que incordie con reglamentaciones y zarandajas a quien me eche de comer. Desempeñaré la tarea que se me confíe, aceptando las condiciones que se me impongan.

Pero, pese a dar tantas facilidades, apoyadas en razonamientos tan lógicos, nadie le contrató.

—No insista —le aconsejaron las agencias—. Para ganarse la vida trabajando honradamente, que es la forma más ingrata de vivir, hay que haber nacido sin ninguna categoría. Las plantillas de las oficinas, las fábricas y los talleres están cubiertas por individuos que se llaman simplemente Ruiz, Menéndez o López.

—¿Y qué?

—¿No lo comprende? Un señorito como usted, que inicia la letanía de sus apellidos con un sonoro Montalbán, no cabe en el estrecho casillero de los impresos hechos para las nóminas. Usted pertenece a una clase social que no ha nacido para trabajar, porque todas las colmenas tienen siempre sus zánganos. Búsquese una fuente de ingresos menos fatigosa y más lucrativa.

Pero Alejandro no encontraba la fuente. Y para humedecer un poco la sequedad de sus bolsillos, empezó a liquidar el contenido del piso que heredó de sus padres.

Antes había intentado vender «Los Ciruelos», única finca del patrimonio familiar. Pero varios posibles compradores que fueron a visitarla le dijeron tales cosas al volver, que se vio obligado a desistir de la venta.

—Cuando yo necesite un desierto —le dijo uno de los candidatos después de la visita—, pediré un trozo del Sahara y me lo darán gratis.

—¡Estafador! —le insultó otro—. Probé por curiosidad un fruto de esos arbustos que usted llama «ciruelos», y me dio un colicazo que por poco me quedo tieso.

En vista de lo cual Alejandro tuvo que conservar aquel maldito pedazo de seco por el que no le daban ni las gracias.

En el piso, en cambio, había piezas de cierto valor que fueron tomando el rumbo de todos los prestamistas y anticuarios nacionales.

No era la primera vez que esto ocurría en Madrid. En realidad, puede decirse que todos los años, por idéntico procedimiento, se liquidan varias docenas de pisos que guardaron el pequeño tesoro de una historia familiar.

Herederos ineptos o juguistas, que no han sido capaces de conservar sus herencias para legárselas a sus descendientes, subastan hasta la cama en que su madre los dio a luz. De esas liquidaciones se nutrió el Rastro madrileño durante muchos lustros. Por un montoncillo de duros, muchos señoritos lanzaron al mercado de los mercachifles todos los recuerdos que recibieron de sus antepasados: desde la mantilla de blonda que usó una tatarabuela cuando se puso de largo, hasta la mascarilla que le hicieron al abuelito cuando se puso de muerto.

Alejandro empezó la liquidación por los cuadros al óleo. Las paredes de su casa estaban cubiertas de pinturas tan viejas y negruzcas, que a lo mejor al quitarles la pátina de mugre resultaba que las había pintado el mismísimo Velázquez. Pero como para hacer esa limpieza era necesario adquirir los cuadros, Alejandro se los hizo pagar bien poniendo como cebo la posibilidad de que sus autores fuesen maestros muy cotizados. Luego resultó que debajo de la mugre aparecía la firma de un

modesto Rodríguez. Pero a lo hecho pecho, porque para protestar ya no había derecho.

Concluido el *stock* de paisajes, bodegones y naturalezas muertas, el joven Montalbán inició la subasta de los retratos de sus antepasados. Este material, aunque más doloroso de vender, es siempre muy fácil de colocar. La vida contemporánea ha creado, por procedimientos más o menos legales, muchas fortunas con media docena de ceros. Y todos estos afortunados de origen humilde, cuya única preocupación genealógica no fue nunca más allá de conocer el nombre de su padre, sienten al enriquecerse el deseo de fabricarse un linaje. De este modo tratan de suavizar el brillo excesivo de sus monedas recién adquiridas, ensuciándolas con un poco de falsa historia para que no se note que las acaban de acuñar.

El sistema que siguen estos novísimos ricachos para proveerse de una genealogía, es tan rápido como el que emplearon para amasar sus millones. Van a la tienda de un anticuario y le dicen a éste sin ambages:

—Necesito una docena de antepasados al óleo.

En el mismo tono que si dijeran: «Necesito una lata de sardinas en aceite».

Y el anticuario, que ha comprado buenos lotes de esta mercancía en los domicilios de muchas familias disueltas, propone al cliente:

—Puedo ofrecerle una tatarabuela pechugona y cejijunta, con un bonito medallón en el sombrío desfiladero que se abre entre sus pechos.

—¿Es guapa? —indaga el comprador, que como paga en buen dinero quiere llevarse el mejor material humano.

—No es muy guapa, porque la retrató un pintor perteneciente a la escuela de Goya. Y ya sabe usted que los pintores goyescos, como heredaron la mala uva de su maestro, sólo aceptaron encargos de gente feísima.

—Bueno, póngala aparte.

—También tengo un militar con una hermosa barba negra, que a juzgar por su aspecto combatió en las guerras coloniales: está muy pálido y los ojos le brillan de fiebres del trópico. Sospecho que la barba le llegaba hasta la cintura; pero se la cortó de un tijeretazo horizontal al hacerse el retrato, para que no le tapara el pecho y se le viesan las condecoraciones.

—Está bien, me llevaré la pareja —decide el cliente.

—En ese caso, le regalaré el óvalo de un adolescente híbrido muy decorativo. Digo que es híbrido porque, como lleva el pelo rizado y un trajecito de terciopelo, no se sabe bien a qué sexo pertenece. Lo cual tiene la ventaja de que puede pasar por niño o niña, según convenga.

—¿Y no le queda ningún abuelo afeitado? —insiste el comprador, que desea adquirir una ascendencia lo más a la medida posible.

—Sí, pero tiene que ser paisano. Los militares antiguos no se afeitaban nunca. Como la técnica del *camouflage* no se había inventado todavía, se dejaban crecer frondosas barbas y bigotes para ocultar su rostro al enemigo.

Gracias a esta adinerada clientela, que improvisa sus árboles genealógicos talando los ajenos, Alejandro vendió bien su galería familiar.

El que mejor cotización obtuvo fue un bisabuelito muy atildado, con levita y corbata de plastrón, que fue adquirido por la mujer de un choricero millonario para tapar una mancha de humedad en el pasillo de su casa. También la abuela materna de Alejandro tuvo suerte, pues se colocó de antepasada en el palacete de un *gangster* manchego que se había enriquecido de una forma singular: consiguiendo permisos de importación, para traer de Suecia pellejos de panderetas y zambombas.

Otros cuadros fueron a parar a los lujosos pisos de algunos funcionarios listísimos, que a fuerza de saber administrar sus ingresos con prudencia e inteligencia, conseguían pagar siete mil pesetas de renta cuando sólo ganaban de sueldo cinco mil.

Pero aunque los antepasados son eternos en el recuerdo, el importe que producen al venderlos es efímero. Sobre todo si se tienen muchas deudas por pagar. Y cuando se consumió la última rama de su árbol genealógico, Alejandro tuvo que seguir alimentando su caldera estomacal con la leña de los muebles del piso.

Cada silla le proporcionó el dinero necesario para pagar cuatro comidas —una por pata—, y los muebles de más envergadura le permitieron reforzar su menú cotidiano con algún plato más caro y sustancioso. Gracias a las alfombras y las lámparas, pudo añadir a sus almuerzos la agradable coletilla de un café, una copa y un puro.

Cuando el mobiliario de su domicilio se aligeró hasta que sólo quedaron de él un colchón para dormir y un clavo para colgar la ropa, el joven Montalbán anunció a su amigo Enrique:

—He decidido suicidarme.

—¡Qué tontería! —le disuadió Pimentel—. Matarse es el peor procedimiento para lograr un medio de vida.

—Tienes razón. Pero ¿qué puedo hacer si fracaso en todas las actividades que intento?

—La culpa la tienes tú —le dijo el sordo en tono de reproche—, por haber nacido de unos padres que no tenían ni un céntimo.

—Admito que fue un error. Pero ya es un poco tarde para rectificarlo, ¿no te parece?

—Desde luego. Al menos, que te sirva de lección para la próxima vez. Y puesto que según dices fracasas en todo, sólo veo un medio de solucionar tu problema.

—¿Qué medio?

PEDAZO V

EN EL QUE LOS LECTORES SE DISPONEN A CONOCER EL CLUB MÁS TRISTE Y EXTRAÑO DE MADRID. LO CUAL LES PERMITIRÁ ESCUCHAR HISTORIAS CAPACES DE ARRANCAR LÁGRIMAS AL OJO MÁS RESECO

Y a la ansiosa pregunta de Montalbán, contestó Pimentel:

—Hazte socio del «Club de los Fracasados». Allí encontrarás a otros muchos en tu misma situación, y te consolarás al ver que no eres un caso único. Un amigo mío, que fracasó cuando quiso ser autor teatral y no tuvo más remedio que aceptar un puesto de crítico, ingresó en ese club y le ha sentado divinamente: ya no le dan ataques al hígado y su vesícula biliar, que se le había hinchado como un balón de fútbol, ha vuelto a adquirir proporciones casi normales.

Alejandro, como aquel año no tenía nada que hacer, aceptó el consejo de su amigo. Y en vista de que la cuota de entrada era mínima —tan mínima que no costaba ni un céntimo—, ingresó en el «Club de los Fracasados».

El domicilio de este club sin precedentes en la historia de las sociedades recreativas, estaba situado en la Plaza de las Descalzas. Esta plaza, que se llamó antiguamente de las Zapaterías, era el sitio ideal para albergar a los fracasados. Porque ¿cabe mayor fracaso para una plaza que quedarse con los pies desnudos después de haber tenido tantísimo calzado?

El club ocupaba una última planta, por no decir una buhardilla. Otro fracaso más, porque la casa no tenía ascensor. Y era tan vieja, que el Ayuntamiento la había apuntalado con dos enormes muletas de madera, para que no se le cayese a un transeúnte en la cabeza y le abollara el sombrero.

Después de subir de dos en dos los ciento ochenta peldaños de la escalera (porque si se subían de uno en uno eran trescientos sesenta), se llegaba a una puerta en la que relucía una chapa con el nombre del club. Y orlando el nombre, podía leerse el lema:

MAL DE MUCHOS, CONSUELO DE TODOS

Esa chapa era lo único reluciente de todo el local, pues el interior respondía con exactitud a su título: butacones deslucidos, viejos y flacos. (También los muebles adelgazan con la falta de cuidados, enflaqueciendo al apollillarse sus rellenos de borra y guata).

Había en el salón principal un único sofá desventrado, con las tripas colgando como el caballo de un picador y el peto de su tapicería lleno de agujeros. En las paredes, puestos al buen tuntún y sin ninguna estética, se veían algunos cuadros polvorientos que representaban algunos de los múltiples y resonantes fracasos de la Humanidad: Adán dando el primer mordisco a la manzana prohibida; el chaparrón precursor del Diluvio Universal (¿por qué no se le llama más modestamente «Mundial», puesto que sólo diluvió en la Tierra y no en todo el universo?); Napoleón

en Waterloo; el hundimiento del *Titanic*...

En aquel salón se reunían todas las tardes algunos socios, para consolarse mutuamente contándose sus respectivos fracasos. El decano de todos ellos era un anciano chaparrete y robusto, con los brazos tan largos que podía rascarse las rodillas sin necesidad de doblar la cintura. Tenía el cutis muy tostado por el sol, lo cual hacía destacar sus cejas blancas y pobladísimas.

Se llamaba Hernán Vinuesa, era extremeño y cojeaba ligeramente de la pierna derecha. Don Hernán fue el primero en contar a Alejandro la historia de su amargo fracaso en la vida.

—Yo, querido muchacho —comenzó una tarde después de tomar un líquido negruzco que servía el camarero del club en taza de café—, nací con vocación de conquistador.

—Esa vocación la tenemos todos —dijo Alejandro guiñando un ojo—, porque ¡hay por ahí cada chavala!...

—No me refiero a conquistar mujeres —aclaró el anciano—, sino países. Habiendo nacido en Extremadura y llamándome Hernán, lo único que me apetecía era embarcar en una carabela con un puñado de valientes, y marcharme a la conquista de América. No de toda, claro está, pero sí de un buen pedazo. Desde niño, sentí en mi sangre una fiebre que me impulsaba a enriquecer con nuevos territorios la corona de España.

»—¿Qué quieres ser de mayor? —me preguntó mi madre, poco después de darme la última tetada.

»—Conquistador de América —repliqué sin vacilar.

»Y al oír aquello, los ojos de la buena señora se llenaron de lágrimas. Porque mi madre sabía que jamás iba a poder realizar mi sueño. Ella, aunque viviésemos en un pueblecito de la provincia de Badajoz, no era tan bruta como para ignorar que todo el continente americano había sido ya explorado palmo a palmo, ni que sus habitantes estaban organizados en una porción de repúblicas independientes con sus respectivos gobiernos, banderas y revoluciones. Yo, para mi desgracia, había nacido demasiado tarde. Y lo malo era que sólo servía para eso.

—¿Para qué? —preguntó Alejandro, que no acababa de entender las aptitudes de su interlocutor.

—Para hacer una travesía endiablada, en un barquichuelo tan frágil como una cáscara de huevo. Para comer a bordo galletas resacas y víveres podridos. Para sofocar con mi espada un motín de la tripulación, ahorcando después al jefe de los amotinados en lo alto del palo de mesana. Para desembarcar en un litoral de perfil desconocido. Para hincarme de rodillas en la playa donde se efectuó el desembarco, con el fin de tomar posesión de aquellas tierras en nombre del rey. Para infundir valor a mis hombres por medio de arengas antes de internarnos en las selvas vírgenes. Para luchar heroicamente con los nativos que se negaran a entregarnos su oro a cambio de nuestras baratijas. Para fundar, en fin, nuevas ciudades y gobernar nuevos países,

dictando sus leyes nacionales y administrando sus recursos naturales.

Don Hernán Vinuesa hizo una pausa destinada a desembarazarse de un suspiro antes de proseguir:

—Para todo eso servía yo, y estoy seguro de que lo habría hecho admirablemente. Mi nombre sería hoy tan célebre como el de mi tocayo Cortés o como el de mi compatriota Paco Pizarro. Pero por un error de la Naturaleza nací con varios años de retraso, cuando los aborígenes habían sustituido el taparrabos por la corbata y el oro en bruto por el dólar acuñado. Y en vez de conquistar un Perú, un Méjico o un modesto Paraguay, tuve que ganar unas oposiciones de ingreso en el Cuerpo de Correos.

—Es usted uno de los fracasados más grandes que conozco —le piropeó Alejandro.

—Pues yo soy casi tan grande como don Hernán —intervino un sujeto narigudo y flaquirritín, con una carita de desnutrido que daba risa por un lado y pena por otro—. También yo quise ser conquistador; pero no de tierra, sino de gloria. Yo no quería un millón de hectáreas, porque me conformaba con una pequeña parcela en el vedado de la fama. Y pretendí adquirir mi parcelita dedicándome a escribir una obra teatral.

—¡Ah! —le interrumpió Montalbán—. ¿Es usted el amigo de Enrique Pimentel?

—Exactamente —dijo el flaquirritín—. Tengo una imaginación brillante, escribo con soltura y dialogo con fluidez. Puse manos a la obra teatral, y empecé a pensar un argumento que fuese nuevo.

»Pasé muchas noches en vela exprimiéndome el cerebro, e incluso el cerebelo. Y cuando se me ocurría alguna idea, consultaba las producciones de todos los autores españoles y extranjeros para cerciorarme de que antes no la había escrito ninguno de ellos. Estas minuciosas consultas me hicieron adquirir en poco tiempo una vastísima cultura teatral, que me permitía rechazar los temas ya escritos anteriormente en cuanto cruzaban por mi imaginación. Y al fin, después de trabajar durante varios años, reuní a un grupo de amigos en mi casa para darles a conocer el resultado de mi trabajo.

»Cuando llegaron todos dispuestos a oír la lectura de mi obra, les mostré un manuscrito que había sobre la mesa de mi despacho y les dije:

»—No os he invitado a una lectura, sino a una rotura.

»Y ante el asombro de todos, cogí el manuscrito y empecé a romperlo en mil pedazos mientras explicaba a los reunidos:

»—Después de hacer esta comedia con mil esfuerzos, he decidido destruirla al darme cuenta de que no es original. Es fácil encontrar antecedentes de todas sus escenas en centenares de obras estrenadas en el mundo entero.

»Desde que Aristófanes arrancó la primera carcajada al público griego, millones de escritores han ido sucediéndose en la búsqueda de temas para nutrir la voracidad de los escenarios. Esa boca grande que se abre al levantarse el telón, es insaciable, y ha devorado la fantasía producida por muchísimas toneladas de células grises. Todas

las combinaciones que pueden hacerse con hombres y mujeres, en lugares cerrados o en espacios abiertos, se hicieron ya por lo menos veintisiete mil quinientas veces. Todas las reacciones de un ser humano frente a otro, o ante el planteamiento de cualquier problema, desfilaron más de una vez sobre el tablado de la farsa. La gama de sentimientos y pasiones del hombre, no es tan extensa como para permitirnos ser originales al cabo de los siglos. Y a medida que transcurre el tiempo, aumenta el número de reiteraciones.

»En esta comedia que acabo de destruir, y en la que puse mis cinco sentidos tratando de apuntar alguna idea nueva, sólo encontré al terminarla una frase que hasta ahora no se le había ocurrido a nadie: el título.

El autor fracasado hizo una seña al camarero para que le trajera un chorrito de líquido negruzco metido en una taza de café, y continuó:

—Es trágico haber nacido en pleno siglo veinte, cuando la Humanidad ha llegado a ser tan numerosa y tiene ya un pasado tan largo. Del mismo modo que don Hernán se lamenta de haber nacido con alma de conquistador cuando América está organizada en estados soberanos, también yo me quejo de que mi nacimiento se produjera tan tarde.

»Es indudable que en tiempos de Lope y de Molière, los argumentos teatrales estaban menos trillados. Era más sencillo encontrar una de las pocas ideas inéditas que aún volaban en libertad por los aires de la fantasía. Y si nos remontamos a la época de Sófocles, las dificultades del autor dramático para entretener al público eran mucho menores.

»En el campo científico, este siglo ha abierto caminos que tardarán milenios en recorrerse, y que nadie sabe hasta qué remotas metas pueden conducir. Pero en la campaña literaria se han recorrido todos sus senderos millones de veces, y hay que continuar pasando forzosamente ante los mismos paisajes. Ya sé que yo podría hacer lo mismo que los autores contemporáneos: limitarme a repetir las mismas situaciones archivistas, disfrazándolas con ropa y lenguaje del día. Pero eso, en cierto modo, viene a ser un fracaso disimulado con más o menos habilidad. Y yo prefiero confesar mi impotencia, porque me parece más honesto que seguir engañando al público.

—¿Y de qué vive usted desde que fracasó como autor? —preguntó Alejandro—. Creo que Enrique me dijo que se había hecho crítico.

—Exactamente. Trabajo en un diario, dando palos a las obras que escriben los demás. Eso consuela mucho.

Estas charlas en el club aliviaban al joven Montalbán, que seguía sin encontrar un medio decoroso para ganarse la vida. En aquellos meses se sostuvo exclusivamente dando sablazos a sus amigos más pudientes, entre los cuales se hallaba Pimentel. Pero ese sistema no podía durar, porque la amistad sufre mucho con esta clase de esgrima y acaba por morir si los asaltos son demasiado seguidos.

—¿Por qué no pides que te concedan un permiso de importación? —le sugirió Enrique después de un asalto que le costó quinientas pesetas.

—¿Para importar qué? —preguntó Alejandro.

—Eso es lo de menos, hombre. Lo que quieran darte. Tú pides un permiso a bulto, y apechugas con el que te concedan sin meterte en más averiguaciones. Todos los permisos de importación, por absurdos que sean, valen una porrada de billetes. Y hay mucha gente que vive de eso. Un tipo que conozco, que tenía una pastelería en la que compraba dulces la secretaria de un funcionario comercial, solicitó uno de esos permisos. Y le dieron uno para importar cojinetes.

—¡Qué grosería! ¿Y para qué sirve eso?

—No lo supo nunca, ni se molestó en averiguarlo. Aunque te parezca mentira, hay señores que se pirran por tener cojinetes. Y le dieron un millón a cambio del papel.

—No está mal.

—También una tía mía, cuya manicura le hace las manos a la mujer de un funcionario comercial, pidió otro permiso a ver qué pasaba.

—¿Y qué pasó? Que mandarían a tu tía al diablo, ¿verdad?

—Nada de eso: que le concedieron otra licencia para traer cojinetes.

—¿Más cojinetes, Jesús? —se escandalizó Alejandro—. Cualquiera diría que en este país nadie tiene cojinetes.

—Tú hazme caso —insistió Pimentel—, y busca a alguien que te recomiende para obtener un permiso. A lo mejor te conceden una importación de bielas para trilladora, o de sulfato amónico, o de renacuajos canadienses para repoblar nuestras lagunas...

—¿Renacuajos también?

—¿Por qué no? ¡Cualquiera sabe! Al tonto de Pirulín, que conocía a un limpiabotas que le limpiaba los zapatos a un funcionario comercial, le permitieron traer quinientas toneladas de abonos nitrogenados. ¡Figúrate! ¡Con lo exquisito que es el tonto de Pirulín, y lo mal que huelen los abonos!

—Tengo que pensarlo —concluyó Alejandro—. Puede ser una solución.

PEDAZO VI

EN EL QUE SE CUENTA LA TRÁGICA HISTORIA DE BOB, EL DESERTOR DE LA TIERRA. Y PARA COLMO DE TRAGEDIAS, EL PROTAGONISTA DEL LIBRO SE DISPONE A MARCHARSE AL OTRO MUNDO

Pero Alejandro, después de pensar mucho, no pudo encontrar ninguna conexión que le facilitara el acceso al organismo repartidor de tan estupendos permisos. Y tuvo que resignarse a seguir viviendo sin renacuajos ni cojinetes.

En vista de lo cual, acudió con más frecuencia al «Club de los Fracasados» para matar sus larguísimas horas de inactividad forzosa.

El socio más interesante que conoció fue un norteamericano llamado Bob Spencer, que pertenecía a la base establecida por los Estados Unidos en un pueblo llamado Mojicón de Arroz. Bob era un muchacho atlético, pelirrojo como el Cañón del Colorado y con unos ojos más azules que el lago Michigan. Vestía uniforme de soldado, y Alejandro no se explicaba qué demonios hacía en aquel «club» un miembro del ejército estadounidense. Pero el propio Bob se lo explicó en uno de los desahogos que servían para aligerar a los fracasados del peso de sus fracasos.

El peso que soportaba el alma de aquel socio era considerable. Prueba de ello es que reforzó el alivio producido por la confesión con frecuentes libaciones a una botella de ginebra, adquirida en el economato de la base militar.

—Esta novia me consuela mucho —dijo a Alejandro mostrándole la botella—. ¿Quiere darle usted un beso en el cuello?

Montalbán aceptó el trago que le ofrecían de un modo tan original, y puso sus labios en el gollete de la botella hasta llenar de alcohol sus carrillos.

—Yo, antes, no bebía ni gota —comenzó Bob, deteniéndose después de algunas frases para beber un nuevo sorbo—. Siempre fui un muchacho sano y equilibrado, sin vicios de ninguna clase. En el colegio de California donde me eduqué y aprendí el español, practiqué con éxito todos los deportes. Mi casa estaba llena de trofeos, copas y diplomas que fui ganando en los campos deportivos escolares y universitarios.

»Mi salud, tanto física como mental, era perfecta. Jamás estuve en la cama más horas que las indispensables para dormir, y nunca utilicé ese mueble para otro fin que no fuera estrictamente el descanso. Quiero decir con esto que no sufrí ninguna merma en mis facultades fisiológicas por desgaste de ninguna especie. Y como por otra parte mi formación intelectual era sólida, logré ingresar en la academia de West Point con todos los honores. Fui el número uno de mi promoción, y mis maestros militares me consideraron el prototipo del oficial perfecto. Mis notas en las diversas asignaturas eran tan extraordinarias, que hasta se pensó en crear unas calificaciones especiales para mis ejercicios.

Bob Spencer contaba esto sin ninguna jactancia. Era una relación escueta de hechos autobiográficos.

—Comenzó entonces la lucha mundial por la conquista del espacio —continuó—. Los Estados Unidos por un lado y Rusia por otro pusieron en órbita una serie de chismes y cacharros de formas variadas: conos, esferas, pirámides, cilindros, cafeteras...

»Al principio, como usted sabe, toda esta chatarrería sólo contuvo aparatos para fisgar un poco lo que pasaba en el cosmos. Y cuando estos “chivatos” informaron que en el cosmos no pasaba nada de particular, las dos potencias rivales pensaron seriamente en poner en órbita un ser humano. Antes hicieron pruebas con diferentes especies de animalitos, empezando por un pequeño ratón y concluyendo con un gigantesco gorila. Todos esos bichos resistieron perfectamente el viaje extraplanetario, sin que sus organismos sufrieran más molestias que las propias de un viaje aéreo normal.

»Se iniciaron entonces los preparativos para lanzar al espacio una cápsula tripulada por un hombre. Norteamérica y la U.R.S.S., únicas naciones con riquezas suficientes para costear tan dispendiosa aventura, emprendieron una carrera muy deportiva para ver cuál de las dos conseguía enviar antes al espacio a uno de sus compatriotas.

»Ante todo había que tener el compatriota que, además de estar dispuesto a realizar tan peligrosa excursión, reuniese las condiciones físicas y mentales necesarias para poder resistirla.

»No sé lo que harían los rusos para conseguir su tripulante, pero sé lo que hicieron los norteamericanos: convocaron un concurso. Nos presentamos varios millares de voluntarios, y después de muchas eliminatorias me eligieron a mí. Por todos los detalles de mi vida que ya le conté, yo reunía las condiciones precisas para el gran viaje. Minuciosos exámenes revelaron que no era posible encontrar un cuerpo humano mejor dotado que el mío, ni en mejores condiciones de conservación y funcionamiento. Yo era, en efecto, el hombre ideal para tripular la aeronave que no iría a descubrir nuevos continentes, sino nuevos mundos.

Al decir eso, Bob se interrumpió para dar a su «novia» de cristal un largo beso en el cuello. Concluido el beso, que duró un cuarto de litro, el narrador prosiguió:

—Inmediatamente después de ser aceptado, ingresé en la «Escuela Secreta de Adiestramiento para Vuelos Espaciales». Allí lo pasé bastante peor que en West Point, pues lo primero que me hicieron fue encasquetarme una escafandra rarísima y meterme en una cabina de acero. Aquella cabina era una especie de cámara de gas, sólo que sin gas. Pero a falta de gas, me chincharon de lo lindo con ese otro medio de tortura que se llama presión. Fui sometido a todas las presiones imaginables, desde la más alta a la más bajita, y todos mis instructores se pusieron muy contentos al ver que no reventé. También yo me puse contentísimo, mira qué gracia.

»—Ha hecho usted un gran servicio a la patria no reventando —me felicitó el director de la Escuela cuando salí de aquella cabina infernal—, porque hubiésemos perdido un tiempo precioso buscándole un sustituto. No crea que es fácil encontrar un

tío tan duro como usted.

»Apenas tuve tiempo de dar las gracias por el piropo, pues en seguida me amarraron con muchas correas a una silla giratoria. Y allí estuve sentadito tres días con sus correspondientes noches, girando vertiginosamente, sin más descanso que una parada diaria de diez minutos para comer un sándwich.

»Girar sobre sí misma no era la única gracia de aquella silla tan graciosa, pues también daba volteretas, saltos brusquísimos, y otras muchas cabriolas que sería prolijo enumerar.

»Salí airoso de esta prueba, aunque al terminarla devolví todos los sándwiches que me habían suministrado durante aquel tiempo. Pero esta misma devolución no se me computó como síntoma de debilidad, sino de fortaleza.

»—Eso indica —dijo el director de la Escuela— que su constitución física le permite resistir sin alimentarse las máximas barbaridades. Lo cual siempre es una economía digna de tenerse en cuenta.

»—¿Por qué? —quise saber.

»—Porque este viaje nos va a costar muchos millones. Y si usted es capaz de resistirlo sin comer, nos ahorraremos al menos el importe de los sándwiches.

»Después de este entrenamiento preliminar, me sometieron a diversos *tests* para comprobar el estado de mis reflejos psíquicos. Recuerdo que el más desagradable de todos fue el llamado “*test* puntapié”.

—¿En qué consistía? —preguntó Montalbán con curiosidad.

—En dejarme salir a dar un paseo por el jardín de la escuela. Y cuando estaba más distraído, un instructor se me acercaba de puntillas por la espalda y me daba un puntapié en el trasero. La velocidad de mis reflejos se medía por el tiempo que tardaba yo en volverme y atizarle un bofetón.

—Son asombrosos los medios que emplea la ciencia para lograr sus fines —comentó Alejandro.

—Desde luego —reconoció Bob—. Pasé satisfactoriamente el «*test* puntapié», porque puse fuera de combate al instructor en menos de tres segundos y dos quintos.

»Después me examinaron los nervios por un procedimiento modernísimo también: me encerraron en un cuarto con un montón de periódicos, y un equipo de psicólogos observó por una mirilla de cristal las reacciones que me producía su lectura.

—Pasaría usted un rato malísimo.

—Fatal —murmuró Bob, sin poder reprimir un estremecimiento al evocar aquella escena—. Todas las páginas de aquellos periódicos rezumaban horrores: guerras, catástrofes, asesinatos, amenazas, injusticias... Si una columna ponía los pelos de punta, la de al lado ponía la carne de gallina. Ni siquiera la publicidad, con sus bellísimas y sonrientes señoritas mostrando diversos productos, era capaz de tranquilizar el ánimo del lector. Había fotos de negros linchados por los blancos, y de blancos inmolados por los negros. Y primeros planos de energúmenos vociferantes en

los escaños de las conferencias internacionales. Y noticias de nuevas armas capaces de matar más de prisa y a mayor distancia... Tales atrocidades leí, que no pude comprender por qué siendo la prensa tan sangrienta no se imprime únicamente en tinta roja. Pero a pesar de todo conseguí dominar con gran esfuerzo mi sistema nervioso, y no me alteré.

»Concluidas todas las comprobaciones de mi buen funcionamiento, pasé a estudiar el manejo de los aparatos que me acompañarían en mi escapada a los espacios siderales. Tuve que aprender para ello meteorología, termodinámica, física nuclear, álgebra, astronomía, radiotécnica, y hasta un poco de cocina por si necesitaba prepararme un tentempié a bordo de la aeronave.

»Varios meses después de mi ingreso en la Escuela Secreta de Adiestramiento, me hallaba en condiciones de emprender el fabuloso viaje. Pasaron algunos días sin que nadie me molestara pretendiendo enseñarme nuevas lecciones. En vista de lo cual decidí preguntar al director:

»—Pero, bueno, ¿a qué esperamos?

»—Tenga paciencia —me tranquilizó—. Mientras usted se preparaba aquí, en los laboratorios y aeropuertos experimentales han trabajado sin descanso para perfeccionar el cohete que le llevará al espacio. No es cosa de lanzarle de cualquier manera, para que se pegue usted un morrón morrocotudo.

»—Son ustedes muy amables al pensar tanto en mí —dije agradecido.

»—No lo hacemos por usted —me desilusionó el director—, porque en un país tan poblado como el nuestro, ¿qué supone un Bob más o menos? Una bobería. Tomamos tantas precauciones por nuestro prestigio internacional. El mundo entero se nos echaría encima si usted muere. La Humanidad es así de monstruosa: no le importa demasiado que se maten quince millones de personas en una guerra, pero pone el grito en el cielo cuando muere una sola por el bien de la ciencia y el progreso. Tenga paciencia, repito, y en la espera repase las enseñanzas que le hemos dado en la Escuela. También puede entretenerse leyendo periódicos y estudiando la situación internacional.

»Así lo hice, y las semanas siguientes me las pasé leyendo toda la prensa que me facilitaban en la Escuela. El mundo, la verdad, estaba entonces tan hecho un asco como ahora.

»—¿Alguna novedad? —preguntaba de vez en cuando al director.

»—Todo va bien —me decía él—. Me han comunicado que el cohete y la cápsula en cuyo interior viajará usted, ya están listos desde hace tiempo.

»—Entonces, ¿por qué no me lanzan ya?

»—Porque lo único que falta por resolver es su regreso a la Tierra. Podríamos lanzarle hoy mismo con todas las garantías de ponerle en órbita. Pero aún no hemos inventado el dispositivo adecuado que permita a la cápsula, una vez cumplida su misión, volver de nuevo a la atmósfera terrestre y aterrizar normalmente. Este detalle fundamental es el que nos obliga a demorar su viaje. Los rusos han tropezado con la

misma dificultad. Hoy mismo, el Jefe Máximo de la U.R.S.S. lo ha confesado a toda la prensa mundial: tampoco Rusia puede poner en órbita a un comunista, porque sus sabios no han descubierto el sistema de hacerle regresar sano y salvo.

»Y así siguieron las cosas una temporada larga, en la que leí y medité como nunca lo había hecho hasta entonces. Devoraba todas las ediciones de los periódicos, y me hice una idea bastante exacta del mundo en que vivimos.

»Hasta que un día, harto de esperar, tomé una decisión: cogí papel y pluma, y escribí esta carta.

Al decir esto, Bob Spencer sacó de su bolsillo un papel doblado.

—Puede usted leerla —dijo tendiendo el papel a Alejandro—. Es una copia de la que le mandé al Presidente.

Y mientras Bob seguía apurando su botella a pequeños sorbos, Alejandro desdobló la carta y leyó:

*Señor Presidente de los Estados Unidos de América.
Casa Blanca
Washington (D.F.).*

Dear President:

Mi nombre es Bob Spencer, para servirle. Y para servirle precisamente, me presenté voluntario para tripular el primer cohete americano con hombre en lugar de bicho.

Fui elegido y adiestrado en la Escuela Secreta de Vuelos Espaciales, y hace ya bastantes semanas que estoy en condiciones de ser puesto en órbita dentro de la cápsula que usted guste.

Me han informado de que todos los pormenores del viaje han sido previstos y resueltos por los técnicos, excepto uno solo: el mecanismo para que el tripulante pueda regresar a la Tierra. Este mecanismo, por lo visto y oído, es lo único que retrasa el lanzamiento de los cohetes tripulados por el hombre. Lo cual, dicho sea con todos los respetos, me parece una solemne estupidez. Porque después de pensarlo mucho, he llegado a la conclusión de que lo bueno de este viaje es eso precisamente: que sea de ida nada más, sin posibilidad de volver.

Usted, señor Presidente, que conoce tan bien la situación del mundo contemporáneo, comprenderá lo que quiero decir. Antiguamente, cuando las cosas iban mal en un país, le quedaba a uno el recurso de mudarse a otro. Mis antepasados, y los suyos también, fueron unos señores que no pudiendo resistir las guerras y estrecheces europeas, emigraron a América en busca de paz y mayor amplitud económica.

Hace pocos lustros todavía, cuando las revoluciones y las crisis convirtieron en infierno el que fue paraíso americano, era posible aún encontrar islas tranquilas en el océano Pacífico, y lugares agradables en los

continentes menos explorados y explotados por la civilización.

Pero todos estos sitios donde era posible vivir a gusto, han desaparecido. No queda ni un solo rincón que se haya librado de las dificultades propias de la vida actual. Parajes idílicos, habitados por tribus candorosas y felices en su ignorancia, se han contaminado de todos los vicios y ambiciones que padece la civilización. Negros, cobrizos e incluso aceitunados, que vivían apaciblemente gobernados por un régimen colonial y paternal, han cometido la locura de independizarse. Y ahora sufren todos los trastornos de la política, la organización económica, y demás pejugueras que se ahorraban cuando dependían de otro país.

No necesito explicarle tampoco lo que ocurre en las naciones que llamamos civilizadas, porque usted tiene más medios de información y lo sabe mejor que yo. Esta constante y tirante guerra fría en que vivimos, que puede calentarse de la noche a la mañana y hacer que no quede de nosotros ni los rabos, crispa los nervios y nos hace vivir sin ninguna esperanza en el futuro. ¿Quién puede hacer planes para el día de mañana si cualquier insensato, dando una breve orden, puede privarnos a todos de ver la aurora del día siguiente?

Vivimos tan llenos de zozobra, que si existiera un «zozobrómetro» para medirla, su aguja indicadora rebasaría el tope máximo.

Lea usted los periódicos diariamente, y dígame si vale la pena seguir habitando en este planeta que se hace cada hora más inhabitable. Por cada noticia simpática y alentadora, que casi siempre es desmentida en una edición posterior, se publican seis o siete catástrofes a cual más gorda. La amenaza de una destrucción rápida y total pende sobre la Humanidad como aquella famosa espada sobre aquel señorito antiguo llamado Damocles.

¿No le parece lógico que se piense con gusto en la posibilidad de abandonar este planeta tan incómodo? Mucha gente lo ha hecho ya, empleando un método de huida muy poco recomendable: el suicidio. Éste es, en realidad, el único medio conocido hasta la fecha para cambiar de mundo: levantarse la tapa de los sesos.

Pero yo, gracias al progreso de la ciencia norteamericana, puedo salir del planeta con la tapa bien cerrada y todo mi líquido vital en la cafetera del cuerpo. Seré el único hombre que se habrá ido al otro mundo sin cumplir el requisito de morirse previamente.

Diga a los científicos que no le den más vueltas al satélite artificial que yo tripularé, pues estoy dispuesto a partir hoy mismo. Y que no se molesten en seguir inventando el dispositivo para regresar a la Tierra, porque pienso quedarme para siempre en los espacios siderales. Guárdense ustedes sus guerras frías, sus armas atómicas y todas sus salvajadas. Yo viviré muy a gusto lejos de tanta porquería, paseando por ese firmamento tan azul que la

brutalidad del hombre no podrá jamás manchar de sangre.

Sigan ustedes disputándose las mezquinas riquezas que encierra esta bola de barro. Continúen engañándose los unos a los otros con palabras tan sonoras como paz y libertad. Yo, desde fuera de este mundo, observaré con lástima las luchas que destrozan este sucio hormiguero. Y llenaré mis horas de soledad rezando por ustedes, porque estaré navegando por el cielo muy cerca de Dios.

La carta terminaba con una respetuosa despedida y la firma de Bob. Alejandro le devolvió la copia, comentando:

—Muy interesante. ¿Y qué ocurrió después?

El soldado Spencer metió la lengua por el gollete de la botella para aprovechar las últimas gotas que quedaban, y remató su historia con estas palabras:

—Me juzgó un tribunal militar por delito de alta traición. Según los jueces, mi traición fue altísima: había pretendido escapar de los deberes que me corresponden como ciudadano del mundo, yéndome a vivir fuera del alcance de las leyes humanas. En el juicio me aplicaron un título con el que pasaré a la historia de la legislación mundial: el primer desertor de la Tierra.

»Y como en ningún código está previsto el castigo para prófugos tan especiales como yo, hubo que improvisarme una condena también especial: pérdida de todos mis derechos militares como cadete de West Point, y destierro indefinido en una base de Ultramar. Y aquí me tiene usted, degradado y compungido, purgando mi fracaso en Mojicón de Arroz.

El extraño relato de aquel soldado impresionó vivamente al joven Montalbán. Aquella noche, en la soledad de su piso desamueblado, estuvo pensando que el mundo era un asco, en efecto, y que Bob hizo muy bien negándose a volver de su viaje interplanetario. ¡Lástima que tan hermoso proyecto le hubiese fallado!

También Alejandro abandonaría de buena gana este planeta estúpido, sangriento y egoísta, que no le proporcionaba ningún medio decoroso de permanecer en él. Pero Alejandro no disponía de ningún cohete para evadirse, ni era probable que la modestia de nuestra aeronáutica se lo proporcionase. Antes de mandar hombres en cohetes a Marte, con garantía de que pueden regresar, España debe conseguir que sus viajeros vayan en tren a Galicia garantizándoles que tendrán billete para volver. Porque aquí no hemos resuelto todavía el dispositivo que permita, al tripulante de un ferrocarril, regresar a su punto de partida el día que le plazca. Un español, por lo tanto, tiene de momento probabilidades muy remotas de viajar en aeronaves espaciales.

—Pero me queda el otro sistema que mencionaba Spencer en su carta —exclamó Alejandro, apeándose de la cama, en la que no conseguía dormir—: ¡la tapa de los sesos! Levantando esta tapita, se obtiene una evasión más rápida que yendo en cohete. Y no debe ser tan difícil levantarla: metiendo un hierro en la juntura y

haciendo palanca, o haciendo un agujerito con una bala para que salga todo lo que hay dentro...

Así brotó y creció en el cerebro de Alejandro la idea del suicidio.

Téngase en cuenta que era la época del año y la hora más propicia para que los pensamientos siniestros se desarrollen: una noche otoñal, húmeda y sin luna. En la calle, las hojas secas de los árboles caían sobre la acera con un ruido pequeño y antipático: ¡tap, tap, tap!... En el cielo, tenebroso, las nubes se estaban quietas aguantando la lluvia que contenían, para soltarla por la mañana y molestar a más gente. Muchos vecinos se habían acostado con la primera gripe que encontraron en la calle, y se revolcaban con ella en sus camas, entre toses y esputos.

En los talleres de los periódicos que se publicarían al día siguiente, los cajistas armaban las orlas negras de las esquelas mortuorias que iban llegando a la administración. ¡Tremendos diálogos en estas ventanillas administrativas, entre empleados con los ojos cargados de sueño y parientes con los párpados enrojecidos de llanto!

—Mi padre acaba de morir —lloriqueaba una jovencita pálida, cuyos lutos recién estrenados olían aún a los cirios de la capilla ardiente.

—Cien pesetas el centímetro, a una columna —decía el empleado con voz monótona—. Es la tarifa de las esquelas.

—¿Y cuántos centímetros harán falta para anunciar que mi padre acaba de morir? —preguntaba entonces la jovencita, demasiado abatida para hacer esos cálculos.

—Depende de lo importante que fuera su padre —añadía el empleado, encogiéndose de hombros—. Hay padres de diez mil pesetas, o de cinco, o de tres... Según.

—Es que el mío era modesto, y sólo puedo gastarme sesenta duros.

—¿Sesenta duros? —se burlaba el empleado—. ¡Vaya un padrecillo de risa! Con sesenta duros no puede usted publicar una esquela, sino un entrefilete. Espere a que se le mueran más familiares, y los mete a todos al mismo tiempo en un recuadro decente. ¡Sesenta duros! ¡Qué ridiculez! ¡Habiendo casas que, cuando matan un pollo para hacer caldo en sobrecillos, publican páginas enteras de publicidad!...

Y la jovencita, avergonzada, tenía que marcharse del periódico sin poder anunciar que su padre acababa de morir.

La verdad es que aquella noche otoñal resultaba tristísima. Hasta la luz de los faroles era más amarilla, como si el pipí que derramaron los perros en su base se les hubiera subido a la cabeza. Para colmo, en la despensa del joven Montalbán sólo quedaba el cadáver de una sardina tendido en un plato.

Influido por la suma de tantas tristezas, Alejandro empezó a estudiar la forma mejor de suicidarse con los escasos recursos técnicos de que disponía:

«No tengo pistola —pensó—, ni barra de hierro adecuada para levantarme la tapa de los sesos. El gas sería una solución cómoda y limpia, si no fuera porque me lo cortaron ayer por falta de pago. Luz tengo todavía, pero me falta la fuerza de

voluntad necesaria para meter los dedos en un enchufe y esperar sin sacarlos a que me electrocute. Lo más probable es que los saque soltando un taco al sentir el primer calambre.

»Tampoco puedo tirarme por una ventana, sistema violento pero eficaz, porque mi piso es un primero separado de la calle por cinco metros escasos. Y yo quiero matarme sin dolor, pero no romperme una pierna que me haga ver las estrellas».

Eliminados estos procedimientos habituales por fas o por nefas, Alejandro tuvo que recurrir al más elemental de todos, al que se viene practicando desde la antigüedad con resultado siempre satisfactorio: ahorcarse.

Si quien inventó la aplicación de un nudo corredizo al cuello cobrara todavía derechos de autor, ganaría un fortunón todos los años. Porque la silla eléctrica falla alguna vez: se le funde un plomo, o se le parte una pata al sentarse el reo... Pero la cuerda, que yo sepa, es infalible. Y si alguna vez se rompe, basta unir los dos cabos con un rápido atadizo para que pueda utilizarse de nuevo.

Un tendedero de ropa que había en la cocina, suministró a Alejandro el material necesario para su fuga de este mundo. Por suerte, como la casa era antigua, todas las puertas tenían montantes para iluminar el parco pasillo interior.

En uno de estos montantes, el que le pareció más sólido, organizó Alejandro su pequeña horca particular. Amarró la cuerda al travesaño por un extremo, hizo en el otro un nudo reglamentario, y puso debajo la única silla que quedaba en la casa. Después se vistió y afeitó meticulosamente, porque era un chico de buena familia y no quería que la gente dijera después:

—¡Qué deshonra para el apellido Montalbán! Figúrate que Alejandro, cuando le encontraron ahorcado en su piso, estaba despeinado y sin afeitarse.

—¿Es posible? ¡Un muchacho tan noble! ¡Y en su piso solariego!

—Como lo oyes. Y además, por si esto fuera poco, en pijama.

—¿En pijama? ¡Qué escándalo, válgame Dios!

—Eso digo yo. Porque bien está que uno se ahorque, si le parece; pero con decencia y guardando las formas.

—Naturalmente. Lo menos que puede hacer un chico bien en tales circunstancias, es ponerse un traje negro de vestir y una corbata gris.

—Y un crisantemo en el ojal. Es la flor más indicada para estos guateques fúnebres.

Con el fin de evitar semejantes comentarios, tan deshonrosos para su buen nombre, Alejandro se arregló con el cuidado y seriedad que la ocasión requería. Tuvo que suprimir la flor en la solapa, por no tener crisantemos a mano; pero compensó este detalle poniéndose zapatos de charol, que le parecieron más adecuados.

Luego, escribió unas líneas a su amigo Enrique Pimentel:

Querido Enrique:

Mañana no podré tomar el aperitivo contigo en el «Café del Señorito».

Perdóname, chico, pero es que anoche me ahorqué muy tarde. Y estoy muerto de cansancio. Del cansancio que me ha producido no poder encauzar mi vida. Ya nos veremos algún día, en la resurrección de la carne. Abrazos de
ALEJANDRO.

—Ahora —pensó en voz alta mientras guardaba la nota en un sobre—, tendré que escribir también al juez. He oído decir que, cuando muere alguien en circunstancias extrañas, siempre viene un juez a levantar el cadáver.

Y al decir eso, hizo una pausa antes de añadir:

—¿A levantarlo?... ¿Para qué?

Y al fin se contestó a sí mismo:

—Para llevárselo, supongo.

Con la pluma en la mano, caviló un buen rato.

—¿Qué diablos puedo decir a un juez que ni siquiera conozco?

Al fin se decidió por la fórmula tradicional, con ligeras variantes y ampliaciones:

Señor Juez:

Que no se culpe a nadie de mi muerte. Aunque más justo sería que se culpase a todo el mundo. A todo este mundo que me rodea y me obliga a quitarme la vida, por haberme negado una oportunidad para conservarla.

Sé que existen fracasados mucho más grandes que yo, que siguen viviendo y no dan este paso definitivo. Unos por cobardía y otros por entereza. Pero mi caso no tiene más solución que la corbata de cáñamo, lo más ajustada posible.

Pertenezco a una clase social a extinguir, completamente inútil y puramente decorativa. Soy un señorito con más apellidos que ajos en una ristra, y con menos dinero que perras en el platillo de un ciego. Viví desde niño en la disparatada creencia de que pertenecía a una raza superior, olvidando que las razas superiores también deben comer y pagar lo que han comido. Me negué, por lo tanto, a aprender cualquier oficio útil, porque no quería que se me estropearan las uñas que me había arreglado la manicura de mamá.

Mis padres, demasiado bien educados para cometer la ordinariez de pegarme unos cuantos cachetes, me dejaron crecer en la idea de que el mundo era mío y podía hacer en él lo que me diese la gana.

Cuando supe que lo único que me pertenecía del mundo era un pedacito de tierra estéril llamada «Los Ciruelos», era tarde para rectificar mi conducta. Ya estaba habituado a no hacer nada, y esa costumbre es imposible de perder.

Y no le molesto más, señor Juez, porque usted tendrá mucho que juzgar. Sólo me queda decirle que he hecho todo lo posible por ahorrarle

incomodidades con mi suicidio. Hasta el punto que, para evitar que usted se canse levantando mi cadáver, se lo dejo colgado.

Alejandro firmó, rubricó, y a falta de crisantemo se puso en la solapa la carta, sujeta con un alfiler. Luego se apretó el nudo de la corbata, para irse habituando a la presión de la cuerda, y fue hacia la silla que había colocado bajo el montante.

Subió a ella con precaución, pues sus patas eran delgadas y no tenía ganas de darse un trastazo. Las patas de la silla temblaron, pero resistieron el peso.

Erguido sobre aquel frágil pedestal, Alejandro tomó la cuerda y pasó la cabeza por el anillo que formaba el nudo corredizo.

«Si ahora resbalo y me caigo —pensó—, me hago la puñeta».

Pero luego se dio cuenta de que había subido allí para hacerse eso precisamente. Y armándose de valor, se dispuso a dar un puntapié a la silla que le sustentaba.

—A la una —contó en voz alta—... a las dos... y a las...

PEDAZO VII

EN EL QUE ESA PORQUERÍA DE FINCA LLAMADA «LOS CIRUELOS». ADQUIERE DE PRONTO UNA IMPORTANCIA INUSITADA. CON GRAN ALEGRÍA DEL AUTOR, QUE ESTABA A PUNTO DE QUEDARSE SIN PROTAGONISTA DEL MISMO MODO QUE HACE ALGUNOS AÑOS SE QUEDÓ SIN ABUELA

—¡... Y a las...! —repitió Alejandro, haciendo un poco de trampa para retrasar unos segundos el desenlace de su vida.

Y nunca una trampa tan pequeña tendría para él un valor tan grande. ¡Nunca, fíjense bien! Porque después de esa brevísima pausa, cuando se disponía a pronunciar el fatídico «¡tres!», sonó el timbre de la puerta.

—¡Milagro! —exclamará el lector creyente.

—¡Chiripa! —dirá el escéptico.

—¡Caramba! —digo yo, pues eso fue lo que dijo Alejandro al oír el timbrazo—. ¿Quién puede ser a estas horas?

Sacando la cabeza de la lazada fatal, bajó de la silla y se dirigió a abrir la puerta.

Al abrirla tuvo un sobresalto, porque en el marco apareció un hombre que casi me atrevo a calificar de gigantesco. Sobrepasaba desde luego el metro ochenta —estatura que el autor considera perfecta, porque es lo que mide él—. Tenía el rostro ancho, casi cuadrado, con una nariz chatísima. Tan chata, que resultaba casi invisible de perfil. La boca en cambio era prominente, con labios gruesos en forma de ventosa. Los ojos de aquel coloso eran pequeños y achinados, con muchas arrugas alrededor, propias de hombres que por vivir al aire libre, tienen la costumbre de contraer los párpados para evitar el deslumbramiento del sol. Toda aquella imponente anatomía estaba coronada por una cabellera rubia, en cuya masa de oro había entrado ya la aleación de algunos mechones plateados.

—¿Qué desea? —preguntó Alejandro.

—¿Es usted el señor Montalbán? —dijo el visitante con marcado acento anglosajón.

—Todavía sí —contestó el dueño de la casa, acariciándose el cuello.

—Entonces déjeme pasar; tengo que hablarle —impuso el gigante en tono autoritario—. Es muy urgente.

Y apartando a Alejandro de un manotazo suave, pero enérgico, entró en el piso.

—¿Está usted de mudanza? —dedujo el intruso al observar la ausencia total de mobiliario.

—Pues sí. Momentos antes de llegar usted, estaba a punto de mudarme definitivamente.

—Me alegro de haberle encontrado, porque no podemos perder tiempo —empezó el gigante, paseando por el salón.

—¿Y a qué debo el placer de su visita?

—La razón de que le visite a una hora tan intempestiva, es que acabo de llegar de un pueblo que usted conoce bien: Muladar de las Altas Moscas.

—En efecto —dijo Alejandro, con la suficiencia propia de su clase social—. Tengo cerca de allí una finca de recreo.

—Déjese de cuentos —le cortó el impresionante chato—. Lo que tiene usted allí es un montón de rocas sobre un terreno baldío, en el que sólo podría recrearse una cabra salvaje.

—¡Oiga, oiga, sin ofender! Mi finca...

—No se moleste en describírmela, porque la conozco muy bien. Me he pasado en ella dos semanas, recorriéndola palmo a palmo. Podría decirle el emplazamiento exacto de todos los matorrales y de todas las madrigueras.

—¡Qué abuso! —se sulfuró Alejandro—. ¿Con qué derecho se ha atrevido a allanar mi propiedad?

—No supe que aquel terreno era suyo hasta terminar mi exploración —se disculpó el rubio desabrochándose su gruesa zamarra de viaje—. Como sólo está cercado por cuatro postes podridos y unos trozos sueltos de alambrada mohosa...

—Basta de divagaciones y dígame qué quiere.

—Me llamo Edmund Lobster, pero los amigos que me aprecian y los hombres de negocios que tienen prisa, me llaman Ed. Nací en Canadá, de padre inglés y madre francesa. Teníamos una hermosa granja de diez mil acres...

—No irá usted a contarme su vida completa —se asustó Montalbán.

—Lo que tengo que decirle es importante, y necesitará conocerme a fondo para depositar su confianza en mí. No obstante, aplazaré mi autobiografía para otra ocasión. Bástele saber por ahora que soy ingeniero de minas, y que me dedico a la búsqueda de yacimientos petrolíferos.

—Es usted muy dueño. Pero sigo sin ver en qué puedo serle útil.

—Usted me será tan útil a mí como yo a usted —afirmó rotundamente míster Lobster—. Porque vamos a ser socios en un negocio que nos hará multimillonarios.

—¿Multi... qué? —se hizo repetir Alejandro, porque le parecía disparatado lo que acababa de oír.

—Millonarios —completó el otro sentándose en el radiador de la calefacción, único asiento utilizable que había en el cuarto—. Siempre, claro está, que acepte ir a medias conmigo en los beneficios.

—Desde luego —se apresuró a aceptar Montalbán—. Pero ¿de dónde van a salir esos beneficios?

—De «Los Ciruelos» —dijo Ed con toda seriedad.

—Vamos, no diga tonterías. ¿Es que piensa montar una fábrica de lagartijas en conserva?

—No, señor. El asunto es mucho más importante.

—Hable de una vez.

—Está bien. Prepárese a recibir la sorpresa más grande de su vida.

—Estoy preparado.

—Pues bien —comenzó el grandullón con voz grave—: he descubierto que en «Los Ciruelos» hay petróleo.

En aquel momento Alejandro lamentó haber vendido todos sus muebles, porque al oír aquello se hubiera desplomado de buena gana sobre una butaca.

—¡Petróleo! —exclamó sin dar crédito a sus tímpanos—. Pero ¿usted sabe lo que eso significa?

—Claro que sí. Petróleo es una palabra que designa un líquido espeso y negruzco, que se inflama al aplicarle una cerilla.

—¿Y dice usted que lo hay en mi finca? —indagó Alejandro, cada vez más nervioso—. Pues yo nunca lo vi.

—Porque está en el subsuelo, mira qué gracia —dijo el míster—. Si el petróleo brotara por las buenas como un simple manantial, ¿de qué íbamos a vivir los que vivimos de buscarlo?

—¿Y cómo se las arregló para encontrarlo sin verlo?

—Cuestión de práctica, amigo —se pavoneó el ingeniero—. Llevo muchos años dedicado a eso, y conozco al primer vistazo los terrenos que ocultan el codiciado oro negro. Puede decirse que donde pongo el ojo, pongo el pozo.

—¿Y está seguro de que en «Los Ciruelos»...?

—Segurísimo. Sé por experiencia que el petróleo se esconde en las zonas más áridas e inhóspitas del globo: en los desiertos árabes, en el Sahara, en las llanuras más improductivas de América... Yo no creo que la Naturaleza sea tan sabia como dice la gente, pero tampoco es tonta. Y reparte sus dones con bastante equidad. A unas tierras las hace fértiles, para compensarlas de que sean de secano. A otras, menos ricas en nitratos y fosfatos, las riega con riachuelos y fuentes para que se consuelen de su esterilidad. Algunas las embellece con jardines y flores, porque las pobres son incapaces de producir sabrosas hortalizas. A muchas, que sólo pueden cubrirse con algunas hierbas, buenas únicamente para pasto, las adorna con bonitos lagos en los que flotan nenúfares y navegan cisnes.

»La Naturaleza es, en efecto, una madre que dota a sus hijas (las tierras) con el fin de que todas puedan casarse. ¿No es lógico que reserve una de sus mayores riquezas para dotar a las más feas? Sólo así pueden conseguir atraer a los hombres, convenciéndolos de que se queden a vivir en ellas y las fecunden.

»Y le aseguro que no hay en toda España unas hectáreas tan horrendas como las que usted posee en Muladar de las Altas Moscas. Yo he visto muchos paisajes desolados en mi vida, pero ninguno tan sobrecogedor como “Los Ciruelos”. Es increíble que en tan poco espacio puedan reunirse tantas calamidades geológicas. El observador tiene la impresión de hallarse en un sitio más muerto y abandonado que un cráter lunar. ¿Cómo no va a tener esa tierra una dote de petróleo, para compensarla de su tremenda fealdad? Aparte de la certeza derivada de este razonamiento, he analizado también la composición del suelo, encontrando en él minerales que sólo

existen en las zonas petrolíferas. Cuando tuve la seguridad de que no me equivocaba, pregunté al alcalde de Muladar a quién pertenecía esa finca. Me dio su dirección y aquí me tiene.

—Es increíble —murmuró Alejandro.

—Pues puede creerlo. ¿Se imagina que si tuviese alguna duda hubiera venido a estas horas? Tan impaciente estaba que no pude esperar hasta mañana para comunicarle la noticia.

—Hizo bien en no esperar hasta mañana.

Y el joven Montalbán, al decir esto, pensó asustado en el trozo de cuerda que aún colgaba del montante en una de las habitaciones interiores.

El alba iba tiñendo de un rosa cursilón los espacios entre las tablillas de las persianas mal ajustadas. La noche había transcurrido entre los preparativos del suicidio frustrado y la cháchara con el gigante rubio. Un sol cubierto por nubes grises y deformes, como pegotes de chicle masticado, iba trazando borrosamente el contorno de la ciudad.

—¿Y qué hay que hacer ahora? —preguntó Alejandro, impresionado todavía por el acontecimiento que acababan de anunciarle.

—Buscar dinero para hacer la prospección. El petróleo sólo vale cuando se saca a la superficie.

—¿Y no podríamos decírselo a una compañía petrolífera, para que lo saque ella?

—¡Qué disparate! —rechazó Ed—. Se quedaría con la mayor parte de las ganancias. Además, dudo mucho que a estas alturas encontráramos alguna compañía dispuesta a financiar el asunto. Tenga usted en cuenta que todas ellas ya han perdido un dineral buscando petróleo en la Península Ibérica. Llevan muchos años haciendo agujeritos en el mapa de este país. Y lo más que encontraron hasta ahora fue un pozo artesiano de agua fresca. Si en cada agujero infructuoso que hicieron hubieran plantado un árbol, tendrían ustedes en la actualidad unos bosques impresionantes. Todas las compañías están tan escarmentadas, que ninguna querrá correr el riesgo financiero de un nuevo fracaso. Debemos emprender el negocio con capital particular.

—¿Y de dónde vamos a sacarlo?

—¿No tiene usted dinero?

—¿Cree que si lo tuviera estaría yo de pie y usted sentado en el radiador, por falta de sillas?

—Pero tendrá usted amigos pudientes.

—Pudientes sí, pero no querientes. Quiero decir que pueden darme dinero, pero no quieren.

—Le advierto que no necesitamos una cantidad importante. Yo podría poner en marcha el asunto con unos cuantos miles de duros.

—No crea que unos cuantos miles de duros se encuentran tirados por la calle.

—Pero los dará cualquiera si le ofrecemos participar en este negocio fabuloso. Conviene que el capitalista sea un hombre discreto, para que no divulgue nuestros

propósitos hasta que no encontremos el filón. Voy a darle un argumento de mucho peso que le servirá para convencer al más reacio.

Y al decir esto, míster Lobster sacó del bolsillo un pedrusco que pesaba bastante.

—Tome —añadió entregándoselo a Alejandro—. Con esto convencerá a cualquiera.

—Desde luego —admitió éste, sopesando el pedrusco—. Si amenazo con tirárselo a la cabeza al que no me dé el dinero, ¡cualquiera se atreve a negarse!

—No tiene que tirárselo a la cabeza, sino ponérselo junto a la nariz para que lo huela. Haga la prueba usted mismo. ¿A qué huele ese mineral?

Alejandro hizo lo que el otro le indicaba, y dijo con una mueca de asco:

—Huele mal.

—¿Cómo mal? —se enfadó Ed—. Tiene el perfume más delicioso que puede exigir una pituitaria humana: ¡huele a millones! Es un trozo de pizarra bituminosa que cogí en «Los Ciruelos», impregnado de emanaciones petrolíferas.

—Pues a mí, la verdad, me huele a rata muerta y podrida.

—Porque usted no entiende de hidrocarburos —dijo el ingeniero con cierto desprecio—. Pero cualquiera que entienda de hidrocarburos, en cuanto huela esa muestra, le dará el dinero sin vacilar.

—Entonces, ¿por qué no lo da usted? —replicó Alejandro, picado por el desprecio.

—¿Yo?

—Claro. Porque usted reúne esas dos condiciones: entiende de hidrocarburos, y ha olido el pedrusco.

—Pero me falta otra condición fundamental —dijo el rubiales—: tener el dinero. Ustedes los españoles creen que todos los americanos venimos a España forrados de dólares. Y no es cierto. Somos bastantes los que venimos aquí en busca de fortuna, del mismo modo que muchos europeos van a buscarla a América. Yo vine a su país para buscar petróleo por cuenta de una pequeña compañía, que quebró en vista de que no lo encontraba. Y aunque tuve que vender como chatarra todo el material de perforación para pagar deudas, podríamos recuperarlo a bajo precio antes de que lo desguacen. Pero hay que encontrar el capital en seguida.

—Tengo un amigo que quizá pueda ayudarnos —dijo Alejandro, pensando en Enrique Pimentel.

—Pues vamos a verle ahora mismo —propuso Ed.

—¿A estas horas de la madrugada? Imposible. Vive solo, es completamente sordo y se quita el aparato para dormir. Aunque aporreáramos la puerta, no nos oiría. Como hoy es domingo, le veremos en la iglesia de San Agrónomo en misa de dos.

—¿En misa? —se sorprendió el canadiense—. Tenga en cuenta que yo no soy católico.

—No importa —le tranquilizó Alejandro—. A esta misa no se va a rezar, sino a ver y a que le vean a uno. A las dos, en San Agrónomo, se cumple un deber más

social que espiritual.

—Está bien. Iré a dormir, y a las dos menos cuarto vendré a recogerle para hablar con su amigo.

Y el gigante se marchó, dejando al joven Montalbán sumido en un mar de ilusiones. ¡Petróleo en «Los Ciruelos»! ¡Millones en sus bolsillos!...

Lo primero que hizo al quedar solo fue romper las cartas que escribió al juez y a Enrique comunicándoles su decisión de abandonar este mundo. Luego, se tumbó en la cama para echar un sueñecito, pero no lo consiguió.

¿Quién es el guapo que duerme cuando la fortuna ha llamado a su puerta, derribándola con una catarata de petróleo?

PEDAZO VIII

EN EL QUE SE EMPIEZA OYENDO UNA MISA EN SAN AGRÓNOMO, Y SE ACABA FORMANDO UNA SOCIEDAD EN «LA PUÑETTA».

A la hora fijada, con esa exactitud que sólo tienen los extranjeros y los cronómetros suizos, Ed llegó a recogerle.

—Tengo un taxi abajo —dijo a modo de saludo—. No perdamos tiempo.

La iglesia de San Agrónomo era la más elegante de Madrid y estaba situada en el Paseo de la Meseta Castellana. Este paseo se llama así porque es anchísimo, desolado, y no tiene ni un solo árbol. Por él pasea en las mañanas dominicales la gente fina con su mejor ropa, dando a la capital un aire provinciano deprimente, pero simpático.

La iglesia era gótica, con algunos añadidos churriguerescos. Tenía en la fachada una bella inscripción en latín recordando que es breve la vida de los fieles, y otra menos bella en español advirtiendo que se prohibía fijar carteles. La primera concluía invitando a rezar a las almas pecadoras, y la segunda amenazando con multar a las empresas anunciadoras.

En una capilla lateral, subido en una peana altita porque él era bajito, estaba instalado San Agrónomo, patrono de la agricultura. Era un santín tan menudo y tostado por el sol, que su cabeza parecía un grano de café torrefacto. Tenía cara de bueno, como todos los santos, y vestía con pobreza rayana en el harapo. Él era, en realidad, el único pobre en aquel ambiente tan suntuoso.

Cuando entraron en el templo Alejandro y Ed, tanto la nave central como las laterales estaban abarrotadas de feligreses distinguidos. Olía a perfumes caros, a lociones y colonias de importación.

Alejandro, seguido del ingeniero, fue abriéndose paso entre la concurrencia con suavidad y firmeza. Tres campanillas anunciaron el comienzo de la función religiosa, y los fieles que esperaban en el pórtico fumando un cigarrillo, entraron en el templo.

Montalbán avanzaba en busca de Pimentel saludando a derecha e izquierda.

—¡Hola Totó! —decía él sonriendo al vizconde de la Campanilla, que llevaba en la mano un sombrero verde con una pluma de perdiz en la cinta.

—¿Cómo estás, Alex? —replicaba el atildado elegantón—. ¿Irás luego a tomar el copetín al «Señorito»?

—Quizá.

—Pues allá nos veremos. *Chao, bambino!*

—¡Chao, Totó! —se despedía Alejandro.

Más lejos, besaba la mano a una señora forrada en piel de bicho peludo.

—¿Qué tal, Chucha?

—¡Ingrato! —le amonestaba ella—. ¿Cómo no fuiste a la boda de Antolín? Se

casó en el Golf. Y después de la ceremonia, se fue con su esposa a hacer nueve agujeros.

—¿Tantos?...

—¡Picarón!

—¡Adiós, Adolfo! —continuó saludando al proseguir el avance—. ¡Buenos días, Fefita!... ¡Hola, Nené!...

—Conoce usted a mucha gente —observó míster Lobster.

—Porque a esta misa viene toda la gente conocida.

La concurrencia intercambiaba saludos y sonrisas, como si aquel local fuese un salón donde se estuviera celebrando un cóctel. También se sostenían numerosas conversaciones, aunque en voz baja y respetuosa, para no molestar al sacerdote que continuaba leyendo sus oraciones en el altar mayor. Las señoras movían mucho la cabeza para lucir bien sus sombreros.

—¿Y dice usted que todos estos individuos son católicos? —preguntó Ed.

—No lo digo yo, sino ellos mismos —rectificó Alejandro.

Cerca de ellos, un jovencito cínico y chistoso que acababa de entrar, murmuró al oído de otro:

—He llegado tarde. ¿Quieres hacer el favor de contarme el principio?

Avanzando un poco más, para lo cual tuvo que dar dos pesetas a un monaguillo de la colecta que le cortaba el paso, Alejandro llegó junto a una columna en la que se apoyaba Pirulín, el joven que frecuentaba la barra del «Señorito».

—¿Has visto a Enrique? —preguntó Alejandro a Pirulín.

—Sí —le informó el joven que, además de paticorto, era gafudo—. Sigue todo derecho, y tuerce en la segunda columna a la izquierda. Cuando llegues al altar de Santiago, le encontrarás bajo la espada del Apóstol, apoyado en la cabeza de un moro.

Allí estaba en efecto Pimentel, con el cordoncillo de su aparato auditivo saliéndole de la oreja como una larga lombriz, justamente debajo del espadón que blandía Santiago en su encomiástica escabechina de infieles.

¡Quién sabe si en aquel momento el Apóstol no estaría pensando que de buena gana arremetería también contra esa tropa de fieles superficiales, gandules y exhibicionistas, que llenaba el templo en la misa de dos!

—Vengo buscándote para hablarte de un asunto importantísimo —le dijo Alejandro. Y añadió señalando a Ed—: Ese señor es un ingeniero que ha hecho un descubrimiento sensacional.

Enrique le miró con cara de no haber oído ni una palabra, y en vez de una respuesta lógica susurró este tarareo desconcertante:

—¡Tra, la lá!...

Cuando los tres salieron del templo al producirse la desbandada general, lo primero que hizo Pimentel fue sacar del bolsillo un cajetín rectangular conectado por medio de una clavija al cordón de su oreja. Luego, sacó de otro bolsillo un nuevo

cajetín de parecidas proporciones, y cambió a éste la conexión de la clavija.

—¿Se te había gastado la pila? —preguntó Alejandro.

—¡Qué va! Es que este aparatito —dijo mostrándole el cajetín que había desconectado— es una radio de transistores que puede conectarse con mi auricular. Cuando tengo que ir a un sitio serio y poco divertido, sustituyo el audífono por la radio y lo paso estupendamente oyendo programas musicales.

—*Very clever!* —elogió míster Lobster.

—¿De dónde has sacado este oso rubio? —preguntó el sordo a su amigo señalando al ingeniero.

—Ten cuidado, porque el oso habla perfectamente el castellano —advirtió Alejandro—. Hemos venido a hablar contigo de un asunto urgente.

—Mal asunto —rezongó Pimentel—. Eso significa que vas a pedirme dinero como de costumbre, ¿verdad?

—Como de costumbre no, porque hasta ahora te lo pedía sin intención de devolvértelo. Y el que hoy te pido lo recuperarás centuplicado.

—¡No me digas! —se burló Enrique—. ¿Es que has encontrado una mina de oro?

—Exacto: de oro negro —completó Alejandro. Y volviéndose a Ed, dijo solemnemente—: Te presento a míster Lobster, ingeniero de minas canadiense. Él mismo te explicará el descubrimiento que ha hecho.

—¿Qué descubrimiento? —preguntó Pimentel, con un escepticismo que bordeaba el cachondeo.

—Pues verá usted —comenzó el gigante muy despacio, buscando las palabras más convincentes—. Yo he recorrido miles de kilómetros, examinando el suelo con mucha atención.

—¿Se le había perdido algo? —dijo el sordo, irónico.

—No —prosiguió Ed sin inmutarse—. Mi trabajo consiste en estudiar la formación geológica del suelo...

Y después de este preámbulo, fue explicando con detalle el proceso que culminó en la sospecha de que existía petróleo bajo las entecas raíces de «Los Ciruelos».

Esta conversación, iniciada bajo el cielo otoñal a las dos y media de la tarde, terminó a las tres de la madrugada en una *boîte* italiana llamada «La Puñetta». Más de doce horas fueron necesarias para convencer a Pimentel y conseguir su aportación de capital.

Durante ese lapso de tiempo, hicieron en las discusiones dos pausas largas para almorzar y cenar, y diez cortas para beber en diversos establecimientos.

Por fin se fueron a «La Puñetta».

Y en esta sala de fiestas, que se había puesto de moda porque en ella actuaba un cantante napolitano muy descarado (Renato Carotta), soltó Enrique el ansiado «sí». Tres botellas hubo que descorchar para vencer su obstinada resistencia a enriquecerse. Y al final le convencieron más las emanaciones alcohólicas del champaña espumoso, que las petrolíferas del pedrusco bituminoso.

—¿Bastarán 30 000 duros para iniciar la prospección? —dijo Pimentel, en plena euforia del descorche.

—Desde luego —le tranquilizaron Alejandro y Ed, llenándole de nuevo la copa—. Mañana mismo iremos a un notario para constituir la sociedad.

—¿Qué clase de sociedad? —quiso saber el socio capitalista.

—Anónima —sugirió Alejandro—. Cuanto más anónima, mejor. Así, pase lo que pase, ninguno de los tres tendrá que dar la cara.

—¿Cómo? —protestó Enrique—. ¿Ni la cara queréis dar vosotros dos? ¿Pues qué pensáis dar entonces a la sociedad?

—Nuestra aportación es tan importante como la tuya —razonó su amigo—: yo pongo el terreno, tú el dinero, y Ed el agujero.

Convencido con este razonamiento, el nuevo trío de socios pidió la cuenta. Que pagó Enrique, naturalmente. Para algo era el capitalista de la sociedad.

PEDAZO IX

EN EL QUE LAS FUERZAS VIVAS DE UN PUEBLO VIVEN UNA JORNADA EMOCIONANTE POR EL MOTIVO SIGUIENTE: LA LLEGADA DE TRES HOMBRES MISTERIOSOS, A BORDO DE UN CAMIÓN COCHAMBROSO

Por un error de sincronización en los accidentes de la carretera, cuando las ruedas de la derecha se metían en sendos baches las de la izquierda se montaban en sendas piedras. Con lo cual los órganos amortiguadores del vehículo como los de sus ocupantes sufrían lo indecible.

Permítanme rectificar: en realidad, quien sufría lo indecible era el vehículo, porque sus ocupantes desahogaban su sufrimiento diciendo todas las palabrotas que admite la Academia de la Lengua. Y muchas que no admitiría jamás, porque los académicos no han viajado nunca en un viejo camión por carreteras de tercer orden, y desconocen la gran cantidad de barbaridades que pueden proferirse en esas ocasiones.

—Ahora hay que torcer a la derecha —explicó Alejandro a Ed, que conducía el armatoste.

Entre ellos dos dormitaba Enrique, que con el traqueteo y el dormiteo iba cayendo alternativamente a derecha e izquierda, molestando a sus compañeros con cabezazos y codazos.

En la bifurcación indicada por Alejandro había un indicador: «A Muladar de las Altas Moscas, media legua».

—Como por aquí sólo pasan arrieros con caballerías, lo entienden mejor así que en lenguaje automovilístico.

Aquella carretera, como siempre que se toma un ramal secundario, era peor aún que la anterior.

—¡...! —dijo Alejandro. (Sustitúyanse los puntos suspensivos por letras, hasta completar un vocablo malsonante. Y así los críticos no podrán acusarme de ser un escritor desgarrado y soez).

—No sé si este cacharro lo resistirá —gruñó el canadiense aminorando la marcha.

Porque el camión, aparte de ser más vetusto y lento que un galápago, iba cargado hasta los topes de extraños hierros y pertrechos. Era el material para iniciar la modesta perforación en «Los Ciruelos», adquirido por la nueva sociedad petrolífera a precio de chatarra. Y supongo que el camión, a juzgar por su aspecto, se adquirió en la misma chatarrería.

La sociedad, según podía leerse en ambos costados del camión con letras de un metro de estatura, se llamaba PILOMÓN. Como urgía mucho constituirla, sus componentes no quisieron perder tiempo meditando un nombre original. Y se limitaron a componerlo combinando las tres primeras sílabas de sus respectivos apellidos.

Eso de PILOMÓN sonaba un poco a analgésico o a específico a base de

hormonas. Pero una sociedad no es un soneto, y no es necesario que tenga un nombre poético. A Pimentel le agradó que colocaran su PI en primer lugar; pero pese a esta deferencia de sus socios, no quiso separarse de ellos ni un instante para vigilar cómo empleaban su dinero. Y no vaciló en renunciar a las comodidades de la vida madrileña, para adherirse a aquella incomodísima expedición.

—¿Falta mucho? —preguntó Enrique despabilado por el traqueteo, apresurándose a conectar su audífono para oír la respuesta.

—Media hora, si no naufragamos antes —calculó Alejandro.

—¡Qué viajecito, madre! —se quejó el señorito.

—La culpa es tuya, por haber venido con nosotros en el camión en lugar de ir en tu coche. Ya estarías en Muladar hace dos horas.

—¿Crees que vengo por gusto en este carronato? —protestó Pimentel—. Tuve que dejar mi coche en depósito, como garantía del dinero que me prestaron para este negocio.

—¿Es posible? —se asombró Alejandro—. Siempre creí que eras rico.

—Lo que soy es madrileño —aclaró su amigo—. Lo cual quiere decir que me gasto todo lo que tengo en vivir lo mejor posible y en procurar que los demás vean lo bien que vivo. Dispongo de una renta anual que me permite pagar todos los gastos míos y algunos sablazos tuyos. Pero no puedo movilizar sumas crecidas para hacer inversiones.

—No lo sabía, chico —confesó su amigo.

—Pues ya lo sabes. De manera que si ese pedrusco maloliente nos ha engañado y no hay petróleo en tu finca, tendré que ir al «Café del Señorito» en trolebús.

—Las pizarras bituminosas no engañan nunca —sentenció Ed.

—No se fíe: tienen nombre de mujer —desconfió Pimentel.

—También tú crees en el éxito de nuestra empresa —intervino Alejandro—. Prueba de ello es que no vacilaste en arriesgar el coche en esta jugada.

—Eso de que no vacilé, vamos a dejarlo. Recuerda el número de horas que os costó convencerme. Pero al fin me decidí, porque siempre pensé que mi vida era bastante monótona. Saber que se tienen todas las necesidades cubiertas, incluso con cierta holgura, no es suficiente para gozar de la vida.

»Yo sé que puedo pagar tres o cuatro “martinis” con ginebra “Gordon”, pero en cambio no me es posible costearme una orgía por todo lo alto con vodka y caviar auténticos. Puedo también pasar el verano en Torremolinos o en San Sebastián, pero me está vedado dar la vuelta al mundo o pasar el invierno en Honolulu. Y voy a intentar romper con estas limitaciones. Todo ser humano tiene que arriesgarse algunas veces en la vida. Un hombre no puede decir que ha vivido plenamente si no ha hecho las tres cosas que voy a decirte.

—Ya las sé —le interrumpió Alejandro—: plantar un árbol, tener un hijo y escribir un libro.

—No, hombre —protestó Enrique—. Eso es una majadería que han inventado los

jardineros, las madres y los literatos, para hacer propaganda de sus productos. Plantar un árbol es muy sencillo, y no proporciona ningún placer.

—Pero tener un hijo...

—Eso sí proporciona placer —admitió Enrique—, pero es fácil también. El padre no sufre al hacerlo ni se arriesga al tenerlo. Pasa lo mismo con escribir un libro: el único riesgo que corre su autor, es que no lo lea nadie. Las tres cosas que me parecen fundamentales para considerar que se ha vivido, son todas ellas sumamente arriesgadas.

—¿Y cuáles son?

—Combatir en una guerra, casarse con una mujer y meterse en un negocio tan fabuloso como dudoso. Sólo después de haber corrido este trío de riesgos, un hombre puede morirse satisfecho. Si no ha muerto antes en ninguna de estas experiencias, claro está, porque las tres pueden ser mortales. Yo he empezado por la última, y espero que tendré suerte para poder pasar las otras dos.

El camión, haciendo un esfuerzo sobremecánico, logró alcanzar la cima de una pequeña cuesta. Y desde allí, como un espejismo en el desierto, vieron de pronto Muladar de las Altas Moscas.

Un espejismo baratito, desde luego, porque el pueblo era una birria tirada en un valle. Tres centenares de casas con fachadas terrosas, típicas de la arquitectura rural (que yo llamo «descalcificada» porque la cal para blanquear brilla por su ausencia), formaban el casco urbano. Aunque más propio sería llamarle el casquillo, dada su pequeñez. Justo en el centro, como el pincho en un casco del ejército del Kaiser, se alzaba la puntiaguda torre de la iglesia. Y eso era todo.

—Comeremos en el pueblo —decidió el ingeniero—, y después de la comida haremos los preparativos para trasladarnos a «Los Ciruelos». Hay que comprar víveres y contratar la mano de obra.

—¿Qué mano de obra? —quiso saber Enrique, alarmado como siempre que se hablaba de hacer un nuevo gasto.

—En realidad no es una sola mano, sino varias —le informó Ed mientras se aproximaban a Muladar—. Necesitaremos una mujer que guise y nos atienda, y un par de hombres que me ayuden a montar la torreta de perforación.

—¿Y no podríamos ahorrarnos esos hombres ayudándole Alejandro y yo?

—También cuento con ustedes, naturalmente. Pero hacen falta cinco tipos por lo menos para este trabajo. Por casera y pequeñaja que sea la torreta, sería imposible montarla entre nosotros tres.

La llegada de aquel camión tan grande y ruidoso fue un acontecimiento memorable en Muladar de las Altas Moscas. Todo el vecindario, con la única excepción de un paralítico que no estaba para muchos trotes, se lanzó a la calle. Hombres y mujeres, viejos y niños abandonaron todo lo que estaban haciendo para correr a averiguar el origen de aquel pedorroteo atronador.

Hubo quien dejó pollos a medio capar y niños a medio parir.

La gente corría por las callejuelas sin pavimentar, tropezando en los gujarros y dando traspiés. A una elegante pueblerina, que siempre llevaba alpargatas de tacón alto, se le rompió un tacón en la carrera. Y hasta una vaca, molesta porque el ordeñador la había abandonado sin vaciar su ubre estallante, se desmandó reproduciendo en miniatura los encierros pamplonicas.

—Pero ¿qué ocurre? —preguntaban algunos llenos de pánico, corriendo sin saber por qué ni hacia dónde.

Y cada cual daba una versión distinta del origen de aquel pendorroteo.

—Por el ruido, debe de ser que el Ministerio de Agricultura nos manda cien tractores.

—O que ha estallado alguna guerra, y los tanques pasan por aquí.

—¿No serán los americanos, que vienen a regalarnos todo lo que necesitamos?

—Quizá sean los rusos, que vienen a quitarnos todo lo que tenemos.

—¡El estrépito se acerca a la plaza! —gritó un mozo que, por tener las orejas amplias y en forma de soplillo, localizaba con facilidad la procedencia de los sonidos.

—¡A la plaza! ¡Todos a la plaza!

—¿Dónde está el señor alcalde? —preguntaba a todo el mundo el único guardia municipal, que se había montado en su bicicleta para poder actuar como Cuerpo de la Policía Montada.

—Se habrá rajado —dijo uno de esos opositores que aprovechan cualquier ocasión para criticar al que gobierna.

Pero no era cierto. El alcalde no se rajó. Cuando el camión de la sociedad petrolífera llegó a la plaza, el alcalde estaba allí al frente de todo el vecindario.

Si nadie lo vio en los primeros momentos fue debido a que la primera autoridad municipal, consciente de su responsabilidad, no quiso afrontar los acontecimientos vestido de paisano. Y en cuanto oyó el rugido del monstruo mecánico, se puso el uniforme. ¡Qué marcial y sencillito al mismo tiempo es el uniforme del alcaidato muladarensel!: sombrero de meloncete con un mordisco en el ala anchísima, para que recuerde la bacía barbera de las andanzas quijotescas; abundancia de madroños en las bragas y el jubón; y colgados de trencilla en mangas y capirotos. Si este severo conjunto lo reforzamos con una vara en la diestra, del grosor de una garrota, coronada por una férrea mazorca de maíz con pinchos en lugar de granos, nos explicaremos perfectamente el respeto que infundía el alcalde de Muladar.

—Ayúdame a mudarme —le dijo a su mujer—, no sea que ese ruido lo estén armando los franceses. Si así fuera, quizá tenga la oportunidad de portarme tan bien como aquel colega que tuve en Móstoles. Entonces me ascenderían a gobernador civil.

—No es probable —le desilusionó la esposa—, porque tengo entendido que Napoleón murió y ya no manda en Francia.

—Pero ahora manda un tal De Gaulle, que también es militar —replicó él, sin perder del todo la esperanza—. Date prisa y ponme la faja.

En esta operación perdió varios minutos, porque las fajas de los alcaldes no son tan prácticas y breves como las «Scandale» de las mujeres. Las fajas de los alcaldes son rojas, de varios metros de longitud, y tienen que ponérselas girando como peonzas para que se ciñan bien a la cintura.

Pero pese a estos preparativos, el alcalde llegó a tiempo de colocarse en primera línea para afrontar lo que viniera. Y allí le vieron los que vinieron en el camión, con sus madroños al pecho y el pueblo en masa a sus espaldas.

—¿Qué pasa aquí? —exclamó Ed, deteniendo el camión en el centro de la plaza.

—¡Vaya recibimiento! —dijo Enrique—. Sólo falta la banda de música.

—Yo bajaré a parlamentar con el alcalde —se ofreció Alejandro, abriendo la portezuela.

—¡Pero si es el señorito de Montalbán! —dijo el guardia municipal, reconociéndole.

El alcalde, entonces, depuso su terrorífica vara en manos del guardia y avanzó sonriente al encuentro del recién llegado.

—¡Señorito Alejandro!

—¿Qué tal, don Crispulo? —sonrió a su vez el joven, estrechándole la mano.

Y señalando a la muchedumbre que observaba la escena con respetuosa curiosidad, añadió:

—¿Esperan ustedes a algún personaje oficial?

—No. Ya vino el año pasado, a inaugurar una maqueta.

—Entonces, ¿qué hace aquí esa gente?

—Oímos el jaleo que armaba ese chisme que traen ustedes, y cundió el pánico en todo el pueblo.

—¿Es que no han visto nunca un camión?

—Tan feo y ruidoso como éste, no.

Los muladarenses, entretanto, tranquilizados por la actitud cordial del alcalde, se atrevieron a avanzar hasta el vehículo para examinarlo de cerca. También miraban con asombro a los dos miembros de su tripulación que no habían desembarcado todavía, especialmente al rubio gigantesco que empuñaba el volante.

—¿Y a qué han venido? —preguntó don Crispulo—. ¿A pasar el *bik en*?

—¿El qué?

—El fin de semana. ¿No se dice así en extranjero?

—Pues no —explicó Alejandro—. Hemos venido a hacer una prospección.

—¡Dios mío! —palideció el alcalde, mientras le temblaban todos los madroños del uniforme—. ¿Son ustedes de Hacienda?

—Cálmese. No he dicho «inspección», sino «prospección».

—¿Y qué es eso?

—Cuestión de hidrocarburos, ¿comprende?

—Ni papa —confesó don Crispulo.

—La prospección consiste en hacer un agujero muy hondo en el suelo, hasta que

sale petróleo.

—¿Petróleo?

—Sí, hombre —vulgarizó Alejandro para que lo entendiera mejor—, ese líquido que se echa a los quinqués.

La noticia de que había petróleo en una finca de su término municipal, puso al alcalde contentísimo. Tan contento que nombró a los visitantes huéspedes de honor, invitándoles a comer en la tasca de la estación.

PEDAZO X

EN EL QUE SE CELEBRA UN ANIMADO BANQUETE, AMENIZADO POR UN CURA Y POR UN PLATO TÍPICO DEL MENÚ: «ENTRESIJO DE GORRINO A LA PROVINCIAL, CON SALSA BÁRBARA».

El guardia quedó en la plaza guardando el camión cargado de material, porque los golfillos locales eran muy bestias y muy capaces de desguazarlo para hacer tiragomas con los hierros.

La tasca estaba en la Callejuela Mayor, que era como quien dice el Broadway de Muladar. Allí estaba la farmacia, el cine, el restaurante y el almacén de piensos.

—¿Y por dónde pasa el tren? —preguntó Enrique cuando llegaron a la tasca.

—¿Qué tren? —replicó el alcalde muy asombrado—. Por Muladar, que yo sepa, no pasa el ferrocarril. Si pasara, yo lo sabría.

—¿No dijo usted antes que esta tasca se llamaba «de la estación»?

—Claro. Porque a la puerta de la tasca se detiene la camioneta que va al pueblo de al lado, que es donde está la estación. Por eso se llama así.

El dueño del establecimiento, al ver a don Crispulo en traje de luces, le hizo una reverencia hasta pegarse con la frente en el mostrador. Pero en cambio no se quitó la gorra, sin duda porque a fuerza de llevarla puesta durante varios años se le había pegado al cuero cabelludo.

Pasaron al comedor, que estaba separado de la zona dedicada a taberna por una raya de tiza hecha en el suelo. Allí puso el dueño la mesa para cinco, pues don Crispulo invitó también al señor cura.

—Alta política —dijo a los forasteros con sonrisa maquiavélica—. Los gobernantes tenemos que cuidar nuestras relaciones diplomáticas con la Iglesia. La alianza con ella refuerza el poder.

—La cruz y la espada —dijo Alejandro, que había leído eso en alguna parte.

—Exacto —se entusiasmó el alcalde—. Aunque en este caso sería más propio decir «la cruz y la vara».

Y convencido de que con aquella frase se había puesto a la altura de Disraeli y Clemenceau, don Crispulo pidió una frasca de tintorro «para matar el gusano» mientras esperaban la llegada de su poderoso aliado.

Míster Lobster, que del primer envite a la frasca la dejó mediada, advirtió al alcalde que él no era católico.

—Pues me extraña —dijo don Crispulo—, porque tiene usted cara de bueno.

—No ser católico no significa ser diabólico.

—Aquí, sí.

—Pero no en América —explicó Ed—. Allá, en cuanto un señor tiene creencias un poco distintas a las de los demás, funda una secta independiente. Casi se puede decir que hay una secta en cada esquina. De este modo, uno puede encontrar sin

dificultad la que mejor se adapta a su mentalidad. Somos un continente tan bien organizado, que hasta hacemos religiones a medida. ¿No quiere usted ser protestante, porque algún dogma le aprieta un poco en la conciencia? Pues se hace usted metodista, iconoclasta, baptista o neogimnasta. Yo, por ejemplo, empecé siendo culterano. Pero como el domicilio de la secta estaba muy mal comunicado, me pasé a una secta calvinista que tenía autobús a la puerta.

—Pues haga el favor de no decírselo al señor cura —le aconsejó el alcalde—. Porque si se entera de esas cosas, despídase de hacer agujeros en todo este término municipal. No le dejaré hacer ni un «gua» para jugar a las canicas.

Iniciada la segunda frasca, apareció por fin el párroco. En la alianza de poderes de Muladar, la cruz tenía un representante mucho menos vistoso que la vara.

Porque el padre Benito, dicho sea con todos los respetos, no tenía ni media torta. Era tan corto de estatura como de vista. Y aunque esta última cortedad la subsanaba con gafas de gruesos cristales, la primera no podía corregirla con zapatos de altos tacones.

Adelgazado por el ayuno que don Benito se imponía tanto por penitencia corporal como por úlcera estomacal, podía decirse que el buen párroco se había quedado en el espíritu. Toda la ropa le estaba grande. Le sobraba sotana por todas partes. Y su sombrero eclesiástico, más que una sola teja, parecía un tejadillo completo. Tan debilitado quedó con la pérdida gradual de tantos kilos, que había perdido también la memoria. Y su despiste era famoso en toda la comarca.

—Perdone que llegue tan tarde —dijo al alcalde en tono de excusa—, pero ¿no me citó a las tres para comer con dos forasteros?

—No: le cité a las dos para comer con tres.

—Pues yo lo entendí al revés.

—Como de costumbre —gruñó don Crispulo.

—No se preocupe —medió Alejandro, que se moría de hambre—. Lo importante es que ya estamos todos reunidos y podemos empezar a comer.

—Como ustedes traerán gazuza del viaje —adivinó el alcalde—, he dicho al dueño que nos prepare para empezar un plato típico abundante. Es la especialidad de Muladar de las Altas Moscas.

—Será buenísimo —se relamió Pimentel.

—Maravilloso —confirmó el padre Benito con un suspiro de resignación—. Con decirles que a ese plato le debo mi úlcera de estómago...

—¡Vaya, vaya! —palideció Enrique, que tenía el aparato digestivo bastante delicado—. ¿Tan fuerte es?

—Dinamita pura, pero de mucho alimento —explicó don Crispulo—. Se llama «entresijo de gorrino a la provincial, con salsa bárbara». Esta salsa viene a ser como la tártara, pero con más salvajadas dentro.

Poco después entró en el comedor el dueño de la tasca, transportando una gran cazuela de barro. No bastaría con calificar esta cazuela de humeante, porque en

realidad salía de ella una humareda alarmante. Y en cuanto fue colocada en el centro de la mesa, todos los comensales empezaron a toser.

—¡Esto es canela! —exclamó el alcalde, mientras un discretísimo hilillo de baba le caía de la boca.

—¿Canela? —dijo Ed sin parar de toser, secándose las lágrimas con la servilleta—. Pues a mí me huele a azufre.

—Ese aroma es la misma guindilla —explicó el dueño, orgulloso de su obra.

Cuando se disipó el humo, Alejandro se aproximó con precaución a examinar el guiso. La redonda boca de la cazuela parecía el cráter de un volcán. Trozos de materia en ignición chisporroteaban en una salsa espesa y burbujeante como lava volcánica. Ese mismo aspecto debió de tener el Vesubio antiguamente, poco antes de dar aquel tremendo susto a los pompeyanos.

—¿Y si echáramos un poco de agua? —sugirió Pimentel, temeroso de que la cazuela volviera a entrar en erupción.

«Mejor sería echar agua bendita —pensó Montalbán mirando de reojo al cura—, para apagar el infierno que debe de haber allí dentro».

—¡Nada de agua! —se escandalizó don Crispulo—. El entresijo hay que comerlo echando bombas. ¡Vamos, sírvanse!

Para dar ejemplo metió en el cráter un cucharón de madera, y volcó después el contenido en su plato. Los tres forasteros le imitaron, aunque por sus miradas furtivas a la tortilla que le sirvieron al cura se comprendía que de buena gana se la hubieran cambiado por sus tres raciones de entresijo.

—¡Riquísimo! —elogió Alejandro después de probarlo, chascando la lengua.

Y nadie pudo sospechar que este chasquido lingual no fue de placer, sino un medio de atenuar los ardores y picores que le produjo la prueba.

—Lo difícil es el primer bocado —comprobó el gigante, engullendo su ración con rapidez—. Luego, como toda la boca queda anestesiada por el fuego y los picantes, se come sin sentir.

—Pues yo —aventuró tímidamente Pimentel, que lo estaba pasando fatal— prefiero la sopita de fideos.

—No seas afeminado, hombre —le dijo Montalbán guiñándole un ojo—. Donde esté un buen entresijo...

Cuando ya quedaba poco en la cazuela, entró el dueño de la tasca preguntando:

—¿Qué les ha parecido?

—Buenísimo —exageró Alejandro—. Tan bueno, que voy a pedirle un favor: ¿quiere darme la receta?

—Con mucho gusto —empezó el dueño—: primero se mata un gorrino por sorpresa.

—¿Por qué por sorpresa? —interrumpió Ed.

—Porque si se da cuenta, encoge instintivamente el entresijo. Entonces ya no sirve, y hay que matar otro gorrino.

—Es un plato caro.

—Depende. Si se acierta a la primera, basta con un solo gorrino.

Después el tasquero fue enumerando todas las etapas e ingredientes necesarios para elaborar el plato, del que se enorgullecía Muladar de las Altas Moscas. Con razón, pues el entresijo había conseguido que el Sindicato de Fabricantes de Bicarbonato lo declarase «de interés nacional».

Y para terminar la prolija receta, el tasquero añadió este último consejo ornamental:

—Entonces se retira de la lumbre, y se sirve en plato hondo, añadiéndole una mosca.

—¿Una mosca? —repitió Alejandro, creyendo que no había entendido bien.

—Sí —intervino el alcalde—. Es lógico que tratándose de un plato local, figure en él el insecto que da nombre al pueblo.

—Pero ¿una mosca viva? —insistió Alejandro, con una imperceptible mueca de asco.

—¡No, hombre! ¿Por quién nos ha tomado? —se ofendió el tasquero—: una mosca cocida.

Unos cuantos tientos a la frasca del vino borraron en los visitantes el mal efecto que les produjo saber que en uno de sus estómagos había hallado sepultura el cadáver de un díptero. Y esperaron el segundo plato confiando en que no sería un nuevo alarde de la gastronomía muladarensa.

Por fortuna llegó una fuente circular, del diámetro de la rueda de un carro, con huevos fritos cabalgando sobre lonchas de jamón tan grandes y gruesas como suelas de zapato.

Alejandro trató de llevar la conversación hacia el motivo de su presencia en el pueblo, pero tanto la cruz como la vara estaban demasiado atareadas mojando pan en los huevos para ocuparse en asuntos serios.

—Ya hablaremos de negocios en la sobremesa —dijo don Crispulo, sorbiendo dos yemas en una sola succión—. ¡Quién nos iba a decir que algún día el señorito Alejandro se iba a convertir en un hombre tan importante, con socios y camión propio! ¿Verdad, padre Benito?

—Desde luego —asintió el párroco—. Yo le recuerdo cuando aún era un chiquillo, y venía a pasar los veranos en la finca de sus papás. Entonces tenía el pelo rubio y los ojos verdes.

—Usted perdone —rectificó Alejandro—, pero yo siempre fui moreno con ojos castaños. El único rubio con ojos verdes que había en casa era un perro lobo.

—¡Es verdad! —se acordó el desmemoriado sacerdote, dándose una palmada en la frente—. Entonces no fue usted el que me mordió una vez en la pantorrilla, arrancándome un trozo de sotana.

—Claro que no —rechazó Alejandro—, fue el perro.

—Perdóneme —se disculpó el padre Benito—. Es que tengo muy mala memoria.

Y como todos los chicos del pueblo me han hecho siempre tantas perrerías, confundo las de ellos con las de los perros de verdad. No pasa día sin que esos diablillos me hagan alguna barrabasada.

—¡Cuénteles la última que le hicieron! —le animó don Crispulo sirviendo más vino en todos los vasos.

—Fue el domingo pasado —comenzó el párroco con un suspiro de resignación—. Ese día celebros una misa a las diez, y la adorno un poco con motivo de la festividad: enciendo seis velas en el altar, pongo unas flores de trapo que me hizo una beata muy mañosa, y doy una propina al guardia municipal para que suba al coro y toque el clarinete.

—El guardia —explicó el alcalde— hizo el servicio en una banda militar, y lo toca muy bien.

Don Benito continuó:

—Ya sé que no es el instrumento más adecuado para interpretar música sacra en una iglesia, pero a falta de órgano buenos son clarinetes. El domingo pasado, después de hacer estos preparativos como de costumbre, salí a decir la misa a las diez en punto. El templo estaba lleno, como de costumbre también. Todo el pueblo acude devotamente a esa ceremonia.

»Un vistazo me bastó para comprobar que no faltaba nadie, y me volví de espaldas para iniciar la función religiosa. Todo fue bien hasta que abrí el misal para proceder a la lectura de las primeras oraciones. Entonces me quedé perplejo, sin dar crédito a lo que veían mis gafas. Creí al principio que era víctima de una alucinación, y me aproximé a las páginas impresas hasta que la punta de mi nariz rozó el papel. Esta aproximación sólo sirvió para confirmar que mis gafas no me habían engañado.

—¿Qué es lo que vieron sus gafas? —preguntó Alejandro con impaciencia.

—Algo horrible —continuó el bondadoso párroco, estremeciéndose al recordarlo—: que los golfillos de la escuela parroquial, aprovechando un descuido, habían sustituido el grueso libro sagrado por una guía telefónica de Madrid. ¿Se imaginan ustedes mi asombro cuando en lugar de los bellísimos textos en latín me encontré con apretadas columnas que sólo decían «Rodríguez, Rodríguez, Rodríguez, Rodríguez...»?

—¡Qué espanto! —comentó Pimentel—. Pasaría usted un apuro horrible.

—¡Figúrese!

—¿Y qué hizo entonces? —se interesó Alejandro, mientras Ed se zampaba el quinto huevo.

—Me quedé desconcertado. Tengan en cuenta que ya soy viejo y que mi corazón ha perdido el vigor necesario para resistir cierta clase de sustos. Además, como ustedes saben, la memoria me flaquea de un modo lastimoso. Cuando yo era más joven, me sabía al dedillo la misa completa con todas sus variaciones. Podía recitar frase por frase los evangelios de las distintas festividades, sin cambiar de sitio ni una coma.

»Pero los años no pasan en balde, y hasta en los cerebros más poderosos aparecen lagunas de olvido. Yo recuerdo las fórmulas principales de la Santa Misa, pero reconozco que algunos detalles se me escapan sin que sea capaz de retenerlos. Y en esos casos recurro al misal, bastándome un vistazo a su gruesa tipografía para subsanar el “lapsus”.

»Pero el domingo pasado, la travesura de los golfetes me privó de este recurso. Me sentía tan desamparado como un actor que sale al escenario sin saberse su papel y observa que el apuntador no está metido en su concha. Como no era posible suspender la misa, me armé de valor y empecé a decir lo que sabía. Y cuando mi memoria tropezaba con un bache, puesto que la guía telefónica no podía suministrarme el texto exacto para rellenarlo, me acercaba al atril y decía en voz baja:

—»López, Alberto... López, Antonio... López, Bernardo... López, Carmelo...

»Y el murmullo de estas palabras, dichas entre dientes y con unción, hizo que los fieles congregados en el templo no advirtiesen ninguna anormalidad. Pero yo, pobre de mí, pasé un rato fatal.

—Nos lo figuramos —dijo Alejandro en representación de sus compañeros, que en aquel momento tenían sus respectivas bocas llenas de jamón.

Concluido el copioso almuerzo, que cerraron con broche de oro unas espesas natillas doradas, los socios de PILOMÓN expusieron a las autoridades sus propósitos. Al padre Benito no le hizo ninguna gracia el proyecto de los buscadores, y se puso a mover la cabeza en sentido negativo mientras decía:

—El petróleo traerá el vicio y la ambición a esta comarca.

—Pero también la riqueza y la prosperidad —argumentó don Crispulo.

—Nuestras tierras de secano nos dan lo suficiente para vivir —insistió el párroco.

—Pero con un regadío petrolífero, se centuplicará el valor de sus pobres cosechas —dijo el alcalde, que no quería dar su vara a torcer.

—Además, hay que tener en cuenta —añadió Montalbán en apoyo de don Crispulo— que si el pueblo prospera y sus vecinos se enriquecen, podrán dar más donativos para culto y clero.

Poco a poco, y a fuerza de promesas, el padre Benito fue ablandándose hasta que no opuso resistencia. Míster Lobster intervino entonces como director técnico, para solicitar la mano de obra que necesitaba en el campamento que iban a establecer en «Los Ciruelos».

—No se preocupe —le garantizó don Crispulo—. Eso corre de mi cuenta. Mañana mismo tendrá allí todo el personal del equipo.

—No lo olvide —remachó el ingeniero—: dos hombres, y una chacha para todo.

—Para todo, no —se opuso don Benito—; para servir, y gracias.

Una hora más tarde, después de un brindis por el éxito de la empresa con un coñac que tenía un *bouquet* muy parecido al alcohol de quemar, los tres forasteros montaron en su camión y partieron hacia la finca donde les aguardaba la fortuna.

Por lo menos eso creían ellos.

Y el alcalde, que ya pensaba cambiar el nombre de la Callejuela Mayor por otro más sonoro e importante: «Avenida de las dos Castillas», por ejemplo. O, copiando al «Unter den Linden» berlinés, «Unter den Mosquen».

Y hasta el cura párroco, pues el bueno de don Benito, muy a pesar suyo, soñó que la decrepita iglesiuca de Muladar se había transformado en una lujosa catedral.

PEDAZO XI

EN EL QUE EMPIEZA A FUNCIONAR LA SOCIEDAD PILOMÓN, HACIÉNDOSE LOS PREPARATIVOS NECESARIOS PARA LA APERTURA DEL PRIMER AGUJERO. Y SE APROVECHA LA OCASIÓN PARA PRESENTAR A DOS TIPOS BASTANTE BRUTOS: TRONCHO Y MONCHO

El trío de socios acampó en la casa de «Los Ciruelos», que había alcanzado el grado máximo de decrepitud. Desde la muerte de sus padres, Alejandro no la había visto ni una sola vez, pues sabía de sobra que el valor de su contenido no llegaba a las cuatro perras gordas.

Los muebles, que ya eran viejos en tiempos de doña Carmela y don Gonzalo, habían envejecido más aún. Y las arañas acentuaron esta impresión de vejez tejiendo sobre ellos finísimas canas de plata. Toda la casa olía a humedad, lo cual resultaba bastante insólito en aquellas tierras de secano. Pero el olor no provenía de la atmósfera muladarense, seca y diáfana como un cristal, sino de un depósito que reventó tiempo atrás en la buhardilla del inmueble inundando todas sus paredes.

Pimentel, que era el más sibarita de los tres, se instaló en el dormitorio que había pertenecido a los padres de Alejandro. Y aunque el colchón del lecho matrimonial estaba lleno de ratones, Enrique pudo dormir en él después de quitarle casi todos los ratones que contenía.

Alejandro y Ed durmieron en el suelo del comedor sobre cojines que quitaron de las apolilladas butacas, pues los dormitorios restantes no reunían condiciones de habitabilidad: a uno se le había hundido el techo encima, dejándole de noche un cielo raso natural lleno de estrellas. En el otro, en cambio, el aire era irrespirable, porque el último guarda que tuvo la finca había guardado allí varios sacos de estiércol. Y allí seguían los sacos, con una masa podrida y apestosa en su interior.

Don Crispulo cumplió su promesa, y a la mañana siguiente se presentaron en «Los Ciruelos» dos mocetones con sendas caras de ser más brutos que sendos arados.

—Somos la mano de obra —dijo el menos bruto de los dos, presentándose al ingeniero.

Se llamaban Serafín y Bernardo, respectivamente, pero eran más conocidos en el pueblo por los apodos de «Troncho» y «Moncho». Explicaron que ambos habían sido paridos por la misma madre, con lo cual sin duda quisieron dar a entender que eran hermanos.

—Lo creo —afirmó Pimentel—. Sólo una misma mujer es capaz de fabricar dos bárbaros tan parecidos. ¡Qué contenta se pondría después de hacer este doblete!

Troncho y Moncho tenían un inconfundible aire de familia. Los dos eran cortos de talla, corpulentos como barricas y con unos brazos musculosos que alcanzaban el grosor de muslos.

—Pues manos a la obra —ordenó Ed—. Vamos a descargar el camión.

Alejandro y Enrique, aunque con menos eficacia que Troncho y Moncho, colaboraron también en la descarga. El ingeniero iba ordenando en montoncitos las piezas metálicas de aquel rompecabezas, con el fin de poder armarlo después en el lugar adecuado.

A mediodía llegó una muchacha enviada por el alcalde para atender a los buscadores. Era joven, saludable y carrilluda. Tenía unos ojos que nunca estaban de acuerdo con su boca, pues aunque ésta permaneciera seria, aquéllos no cesaban de reír. Aparte de este detalle tan simpático, la chica estaba en posesión de muchos detalles más igualmente atractivos: una cintura tan estrecha que podía estrangularse lo mismo que un cuello, y dos abultamientos simétricos en el busto que mantenían muy tirante la lana de su jersey.

—Me llamo Soledad —dijo la muchacha.

—No lo comprendo —piropeó Alejandro yendo hacia ella—. Porque si tú quisieras, nunca te faltaría compañía.

—Soy hija del zapatero del pueblo, para servirles.

—¡Hija de mi vida! —exclamó Enrique, soltando con estrépito una vigueta que acababa de coger—. ¡Claro que nos servirás, no faltaba más!

—Yo no quería venir —se sinceró Soledad—. Mi intención era ir a Madrid, para colocarme en una casa de extranjeros. Pero el señor alcalde me dijo que ustedes me pagarían estupendamente, porque también eran extranjeros.

—Todos no —aclaró Alejandro—. Sólo uno, pero es igual: como el que manda es él...

—Pero el que paga soy yo —gruñó Enrique.

—Basta de charla —cortó Ed dirigiéndose a la muchacha—. Ya puedes ir a prepararnos la comida. ¿Sabes dónde está la cocina?

—No.

—Yo la acompañaré —propuso Alejandro.

—No hace falta —se opuso míster Lobster—. Que entre en la casa, y ya la encontrará ella sola. ¡Vamos, a trabajar todo el mundo!

Soledad desapareció en el interior de la casa, y los hombres reanudaron con más brío su ruda tarea. Sobre todo, Troncho y Moncho. A las tres de la tarde, cuando terminaron de descargar el camión, todos estaban muy fatigados y sudaban copiosamente. Sobre todo, Troncho y Moncho.

Pasaron al comedor a reponer sus fuerzas, y vieron con agrado que en el centro de la mesa humeaba una gran sopera. Soledad, que se había puesto un delantal encima del jersey, les fue sirviendo a medida que se fueron sentando.

—Pareces una chica muy dispuesta —dijo Enrique devorándola con los ojos.

—Según para qué —replicó ella leyendo en su mirada.

—Para la cocina, desde luego que no —gruñó Ed cuando Soledad salió del comedor—. Esta sopa es igual que el «entresijo de gorrino» que comimos ayer, sólo que sin entresijo.

—¿Por qué? —preguntaron los demás con extrañeza.

—Porque sólo tiene el caldo y la mosca.

Pero Enrique y Alejandro, con rara unanimidad, salieron en defensa de la chica.

—Es natural que figurando las moscas en el nombre de Muladar —razonó Pimentel—, figuren también en su cocina.

—Pero podían dejarlas «altas» como el nombre, y no bajarlas hasta los platos —rebatió el ingeniero.

—Muladar siente por sus moscas el mismo orgullo y veneración que Cantimpalo por sus chorizos —terció Montalbán.

Y así fue como Soledad, que apenas sabía guisar, consiguió el título de excelente cocinera. Porque siempre he dicho que los jueces, para ser justos, no pueden ser hombres jóvenes, sensibles a la belleza femenina. Yo mismo, si entraran al mismo tiempo en mi alcoba una ladrona guapísima y una honrada espantosa, sólo detendría a la ladrona, pero no para meterla en la cárcel.

—¿Dónde aprendiste a cocinar? —preguntó el americano a Soledad, al ver la bazofia que trajo después de la sopa.

—Es un método que se llama «Lo que salga» —explicó la muchacha con deliciosa ingenuidad—. Consiste en echar cosas en la cazuela al buen tuntún, y esperar el resultado. Siempre sale algo, y algunas veces hasta se puede comer. Hoy, por ejemplo, he tenido suerte.

—¡Ya lo creo! —aplaudió Enrique, saboreando con deleite la bazofia—. Te ha salido un guiso tan rico, que no parece que estamos en «Los Ciruelos» de Castilla, sino en «Prunier» de París.

—Esta chica es genial —le apoyó Alejandro sin dar tiempo a que protestara Ed—. Practica lo que podríamos llamar la «cocina intuitiva». Nada de plagiar una vez más las recetas vulgares que todo el mundo saborea. Ella se coloca ante el fogón como un pintor ante el lienzo, y empieza a crear. ¡Es una artista!

Por fortuna, el gigante rubio tenía tanta paciencia como buen diente, y entre comer y discutir eligió el verbo primero. Y como la bazofia, aunque mal guisada, se componía de sustancias comestibles, todos se la comieron con gran apetito. Porque estaban hambrientos después de trabajar tanto. Sobre todo, Troncho y Moncho.

Por la tarde, se inició el traslado del material al punto fijado por Ed para hacer el agujero. Esta operación hubo que realizarla a hombros de Troncho y Moncho, pues el sitio elegido estaba situado en la zona más abrupta de la finca, entre rocas y vaguadas, sin acceso posible para el camión. Había un hoyo de tres metros de profundidad por uno y pico de diámetro, hecho por el ingeniero en su exploración previa.

—De aquí saqué el trozo de pizarra que vieron en Madrid —dijo Ed—, y aquí haremos la perforación.

—Soy lego en esta materia —pedanteó Enrique—, pero tengo entendido que los buscadores de petróleo someten el terreno a una serie de pruebas científicas antes de

iniciar una prospección: aplican detectores, hacen estallar barrenos para seguir la trayectoria de la onda expansiva...

—Todo eso está muy bien cuando no se tiene la seguridad —admitió míster Lobster—. Pero en este caso no es necesario perder tiempo en esos experimentos, porque yo estoy completamente seguro de que aquí hay petróleo.

Y con cierta solemnidad trazó en el suelo un cuadrilátero para marcar la base de la torreta.

Una semana después, sobre aquellos trazos se alzaba un esqueleto metálico que parecía una caricatura de la Torre Eiffel.

En la casa de «Los Ciruelos», atendida por Soledad, los buscadores dormían después de las agotadoras jornadas de trabajo. Solos. Porque resultó que, efectivamente, la criada no era para todo.

Un trépano, movido por el motor del camión que el ingeniero desmontó del chasis para instalarlo junto al pozo, había comenzado a taladrar el suelo.

—¡Esto hay que festejarlo! —propuso Alejandro cuando el trépano desapareció en la tierra como un hurón.

—¡Buena idea! —coreó Pimentel—. Llevamos ocho días sin salir de esta maldita finca, y ya no puedo más. Puesto que el pozo está en marcha, vámonos a pasar unos días en Madrid. ¿Qué le parece la idea, Ed?

—No hay inconveniente —concedió el ingeniero—. Márchense ustedes, y yo me quedaré vigilando la perforación con míster Troncho y míster Moncho. Aquí estaremos cuando vuelvan, si Soledad no ha conseguido matarnos con sus guisos.

La chica se alegró al saber que aquellos dos socios se iban a Madrid, porque ya estaba un poco harta de que todas las noches la despertaran un par de veces llamando a la puerta de su cuarto. Primero venía uno, y daba una tanda de golpecitos. Media hora después llegaba el otro, y la misma historia. Ella nunca se molestó en contestar a esas llamadas, porque la puerta tenía un cerrojo que al estar echado daba la mejor respuesta. Pero no podía dormir de un tirón, y por eso se puso muy contenta al verse libre de aquellos merodeadores nocturnos.

—Avísenos en cuanto salga el primer litro de petróleo —dijeron a Ed los dos amigos al despedirse.

Y se fueron andando hasta el cruce de la carretera general, donde había una parada de «autostop».

Allí tomaron el turista de las diecinueve quince, que llegó con algún retraso porque había tropezado en Toledo con un guía tartamudo. El turista viajaba en un coche muy nuevo con una esposa muy vieja, lo cual demuestra que la ley de las compensaciones sigue en vigor.

Al subir al coche, Alejandro pensó mirando a la señora: «No comprendo por qué este señor se molesta en recorrer miles de kilómetros para ver ruinas, teniendo ésta en casa».

El turista y su esposa formaban un matrimonio holandés. Ambos eran gruesos,

redondos y colorados como quesos de su país. Durante el trayecto explicaron que venían impresionadísimos por el bajísimo nivel alimenticio que habían observado en España.

—¿Creen ustedes que si la gente comiera más, el Greco habría podido pintar unos tipos tan flacos? —razonaba el gordinflón—. Miren en cambio los cuadros de Rubens: ¿no revelan acaso a un pueblo bien nutrido? ¡Qué muslos! ¡Qué pompis! ¡Qué tripitas!

—Entonces ¿qué es lo que más les ha gustado de Toledo? —preguntó Enrique.

—El mazapán —contestaron aquellos glotones que no parecían de los Países Bajos, sino de los Países Gordos.

PEDAZO XII

EN EL QUE NUESTROS AMIGOS TRATAN DE PASARLO ESTUPENDAMENTE, SIN CONSEGUIRLO DEL TODO. Y LOS LECTORES TIENEN OCASIÓN DE CONOCER UNA SALA DE FIESTAS LLAMADA «CRISTAL», MERCADILLO DONDE PUEDEN ADQUIRIRSE AMORES PASAJEROS A PRECIOS ASEQUIBLES

Alejandro y Enrique llegaron a Madrid con las mismas ansias de divertirse que los buscadores de oro a Texas City. Su temporal apartamiento de la civilización les había excitado los diez sentidos (cinco por barba), y decidieron aprovechar todos los minutos del permiso que se habían tomado.

La entrada de ambos en el «Café del Señorito» produjo cierta expectación, y fueron sometidos a un minucioso interrogatorio.

—¿Habéis estado cazando? —abrió el fuego Pirulín, invitándolos a una copa.

—En cierto modo, sí —contestó Alejandro enigmáticamente, guiñándole un ojo a su compañero.

—Lo adiviné al ver vuestro aspecto —se pavoneó el paticorto, orgulloso de su perspicacia—. Los señoritos sólo se atreven a presentarse en los sitios públicos hechos unos guarros cuando vienen de cazar. Unas cuantas perdices en el coche justifican una capa de porquería en el cuerpo. ¿Y qué habéis cazado?

—Lo sabremos dentro de algún tiempo —dijo Enrique vagamente—, porque aún no ha terminado la cacería.

Era la hora del aperitivo nocturno, y a la barra del bar se aferraban ansiosamente muchos sedientos.

—¡Hola, Chucho!

—¿Qué tal, Fifo? —se saludaban los parroquianos que venían a lucir sus corbatas de seda natural.

En las mesas, las parejas de novios soñaban con heredar a sus parientes ancianos para poder casarse.

—Cuando muera mi padre... —decía lleno de ilusión el hijo de un banquero.

—Lo malo es que ahora, con los antibióticos —le interrumpía su novia tristemente—, los ancianos duran mucho.

Los grupos de mujeres solas, como no podían sostener esta clase de románticas conversaciones amorosas, se transmitían todos los chismes que circulaban por la ciudad.

—¿Sabéis que Cholo Gualdrapa se ha separado de Totona?

—¿Y quién es Totona? —preguntaba una ingenua—. ¿Su mujer?

—No, hija: su amante. Cholo nunca se separará de su mujer, porque es un hombre muy formal y respetuoso con el vínculo.

—Como debe ser —aplaudía otra—. También Darío Machimbambón se ha liado

media docena de veces, y no por eso deja de salir con su esposa dos tardes al mes.

Pimentel, entretanto, pedía su quinto «martini» para aplacar la sed atrasada que acumuló en el campo. Y como la ginebra es un «suero de la verdad» que se despacha sin receta, al terminar esta copa empezó a ser indiscreto.

—No se lo digáis a nadie —dijo a todo el mundo—, pero Alejandro y yo seremos pronto multimillonarios.

—¿Van a daros un permiso de importación? —preguntó con envidia un chisgarabís moreno.

—Mucho mejor —declaró Enrique—: hemos encontrado petróleo.

—No exageres —moderó Alejandro—. Todavía no podemos cantar victoria.

—¿Cómo que no? —protestó su socio—. Ya sabemos dónde está el depósito, que es lo principal. Ahora sólo falta poner el grifo para sacarlo.

Al principio nadie se lo creyó, porque no era la primera vez que un optimista afirmaba haber descubierto el escondrijo del anhelado hidrocarburo. Un par de veces por semana, en aquella época, los periódicos anunciaban el hallazgo de petróleo en un olivar de Jaén, en un pozo de la provincia de Santander, o en el sótano de una cartuja. Pero luego resultaba que en el olivar sólo había aceite, en el pozo agua y en la cartuja licor.

En esta ocasión, sin embargo, los incrédulos acabaron creyendo que la noticia difundida por Enrique tenía más fundamento que las anteriores. Y llegaron a esta creencia porque Enrique, exasperado por la incredulidad que observó en todos los rostros, se puso a insistir y a dar detalles.

—¿No me creéis? —bramó con una dicción que el alcohol empezaba a hacer confusa—. Pues a mí me es igual. Pero si queréis convencersos, id a un pueblo inmundo que se llama Muladar de las Altas Moscas. Allí estamos haciendo el agujero. Veréis una torre de metal... Y un pozo... Un pozo muy profundo... ¡Sácame el aire de este vidrio, Perico!... Anda, Alejandro. ¡Vamos a brindar por «Pilomón»! ¡Por nuestra sociedad petrolífera! ¡Por el pozo de «Los Ciruelos»!...

La sordera por un lado y los «martinis» por otro, elevaron la voz de Pimentel hasta alturas de escándalo. Muchos parroquianos volvieron la cabeza hacia él.

—¿Qué le ocurre a ése? —preguntaban los que estaban demasiado lejos para entender lo que decía.

—Asegura que ha encontrado petróleo —transmitían los más próximos al protagonista de la escena.

—¿Y quién es ese loco?

—Enrique Pimentel, el amigo de Alejandro Montalbán.

—Pues cuando él lo dice, algo habrá de cierto —comentaron algunos—. Porque Enrique es un hombre muy serio.

Y el rumor empezó a correr de mesa en mesa. Y a la hora de cenar, cuando los parroquianos abandonaron el café, se llevaron el rumor a sus casas para propalarlo por toda la capital.

Alejandro, que había bebido con más moderación, logró al fin sacar de allí a su socio.

—Pero ¿no comprendes que vas a meternos en un lío con tu indiscreción? —amonestó a Enrique—. No debemos decir nada hasta que no tengamos la absoluta seguridad.

—Yo la tengo —afirmó el borracho con lengua estropajosa—. Estoy tan seguro como nuestro ingeniero de que encontraremos petróleo en «Los Ciruelos». Y hay que seguir celebrando el acontecimiento.

Continuando la celebración, se olvidaron de cenar y se fueron a beber al sitio de moda: «Cristal».

Era este sitio, como su nombre indica, una terraza encristalada en lo alto de un moderno rascacielos. El propio Madrid, con sus casas y sus luces, suministraban una espectacular decoración gratuita a las cuatro paredes transparentes. En el centro del local había una pista circular para los bailarines, rodeada de mesitas por todas partes, menos por una que la unía a la orquesta.

«Cristal» era un *cabaret* simpático y acogedor. El dueño, hombre inteligente, había tenido el gran acierto de suprimir el *show*. Con lo cual la clientela se ahorra el suplicio de soportar las habituales y pesadísimas atracciones circenses procedentes del Lido de París o del Palladium de Londres. Porque el dueño sabía que cuando un señor desea ver acróbatas y malabaristas, no acude al *cabaret* sino al circo.

El auténtico «cabaretero» sólo pide música para bailar con la mujer que le acompaña, o mujer para bailar con la música que tocan. Quiere protagonizar en la pista los bailes que interpreta la orquesta, y no presenciar como espectador lo que bailan o hacen los demás.

Con la supresión del *show*, el ladino dueño de «Cristal» consiguió dos ventajas importantes: que la gente se divirtiera más y que las copas costaran menos. Porque otra broma del *show* es que no contento con venir a dar la lata desde Londres o París, hay que abonar un sobreprecio exorbitante en cada *whisky* para pagarle los viajes de ida y vuelta.

Alejandro y Enrique se sentaron a una mesa próxima a la orquesta. Era la única que quedaba libre, pues durante las épocas en que la gente se queja de no tener dinero, es cuando más dinero gasta. La mesa tenía el inconveniente de que el trombón quedaba a un metro escaso de las orejas de sus ocupantes; y cada vez que intervenía en las partituras, los dos amigos se veían obligados a suspender su diálogo hasta que terminaban los trombonazos.

A Enrique le bastaba con desconectar su aparatito para librarse del estrépito, pero Alejandro tenía que meterse un dedo en cada pabellón auditivo para que no le reventara un tímpano. No obstante, como un factor primordial de toda juerga es el ruido, lo soportaron sin protestas y hasta con alegría.

«Cristal» aquella noche estaba animadísimo. Todos los maridos que habían encontrado excusas aceptables para cenar fuera de casa (reunión de negocios con

señores importantes, asistencia a un amigo en su lecho de muerte, cacería en coto lejano, etcétera), acudieron allí. A tomar unas copas la mayoría, y a echar una cana al aire los más pillines. Porque otra de las ventajas de aquel lugar era que se permitía la entrada de señoritas solas, que —sin duda porque eran huérfanas y se aburrían en sus casas haciendo calceta— iban a «Cristal» a estirar las piernas. Y como la mezcla de música y alcohol facilita mucho las relaciones sociales, los echadores de canas acababan emparejando con las huérfanas solitarias. De este modo, ambas partes resolvían sus respectivos problemas.

El dueño del local, dando una prueba más de su extraordinario talento, había colocado entre las mesas grandes otras muy pequeñas, que además de servir para el aprovechamiento del espacio rellenando huecos, servían para acomodar estratégicamente a las señoritas sin acompañante.

Estas mesas individuales, con el espacio justo para un cenicero y el vaso de una consumición, eran como seductoras islillas femeninas en un archipiélago de hombres.

Casi todas esas islillas estaban habitadas, y las pocas que había desiertas fueron poblándose con nuevas náufragas que iban llegando en el ascensor.

La última en habitarse fue una situada junto a la mesa de Enrique y Alejandro, sin duda porque su ruidoso emplazamiento al pie de la orquesta no favorecía la posibilidad de entablar conversación con nadie. Pero al fin, a falta de otra mejor, fue ocupada por una morenucha de ojos vivarachos y nariz respingona. Tenía una boca bonita, aunque ella se la estropeaba ampliándose los labios para que pareciera más sensual. Tampoco eran feos los restantes componentes de su rostro, aunque eran difíciles de ver bajo la máscara de afeites que se había puesto al salir de su casa.

¡Cómo se esfuerzan estas chicas, a fuerza de pintura, en parecer lo que son!

Porque muchas de ellas, con la cara bien lavada, parecerían decentes.

«Si lo pareciésemos —pensará alguna al leer esto—, sólo se nos acercarán muchachos honrados a pedir nuestra mano. Y tendríamos que vivir mal con tres mil pesetas al mes, pudiendo malvivir bien con mil por noche».

Mientras la morenucha encargaba al camarero un «cuba libre», Alejandro la observó con una chispa de deseo en cada ojo. Porque él era de esos hombres que, cuando toman dos copas, sienten una súbita e incontenible atracción hacia todas las mujeres. A otros les da por cantar, o por liarse a puñetazos, que es muchísimo peor.

A Enrique, en cambio, le daba por ser simpático con todo el mundo; y en aquel momento estaba confraternizando con una mesa de catalanes que tenía a sus espaldas. Tantos elogios dedicó a Cataluña, que los desconocidos vecinos le invitaron a compartir con ellos la botella de *whisky* que estaban consumiendo. (Un *whisky* tan perfectamente falsificado, que su precio era idéntico al verdadero).

—Hay que estrechar lazos entre las regiones españolas —se excusó Pimentel con Alejandro—. No te importará que me sienten con ellos a tomar un trago, ¿verdad?

Y cuando Enrique abandonó su silla sin esperar la respuesta, Alejandro hizo a la morenucha una seña que significaba: «¿Quieres venir a sentarte conmigo, preciosa?».

A lo cual ella contestó con un mohín que quería decir: «No tengo la costumbre de alternar con individuos que no me han sido presentados, rico».

El joven Montalbán se encogió de hombros, dando por terminado este diálogo mímico. Y con gran sorpresa por su parte, observó que el encogimiento surtía un efecto tan rápido como inesperado: la morenucha abandonó su mesa y vino a sentarse junto a él.

—Eres un grosero —dijo bastante enfadada—. Obligarme a venir con una sola llamada, es una impertinencia. Debiste insistir dos veces más, para salvar mi dignidad.

Un camarero trasladó a la mesa de Alejandro la consumición de la chica y el *ticket* de su importe. Después tuvieron que esperar unos minutos a que el trombón de la orquesta terminara su intervención en un «mambo» para poder hablar.

—Te llamarás «Rodríguez», ¿no? —le preguntó la morenucha cuando cesaron los trombonazos.

—Pues no: me llamo Alejandro Montalbán.

—Me alegro. Porque ya estoy harta de conocer tipejos que ocultan su identidad.

—Yo no tengo nada que ocultar. Soy soltero.

Una nube fugaz de decepción veló los ojos de ella, porque sabía por experiencia que los jóvenes libres dejan menos beneficio que los maduros prisioneros de la cárcel conyugal.

—Yo me llamo Natalia, pero todo el mundo me llama Nata.

—¿Por qué Nata y no Nati? —se extrañó él.

—Porque Nata indica que no tengo tan mala leche como mis compañeras.

Dijo esto con una voz tan dulce, que la frase quedó desprovista de toda grosería. Y cuando a continuación preguntó a Alejandro si podía encargarse cualquier cosilla para comer, él no supo negarse. No le hizo demasiada gracia, sin embargo, que la «cosilla» que trajo el camarero fuese una lata de caviar sumergida en un baño de hielo picado.

—No te alarmes —le tranquilizó Nata—. Te saldrá barato, porque no es caviar ruso, sino alemán. Y como los alemanes son los reyes del sucedáneo, sospecho que hacen las huevas con cascarillas de plástico. Y para teñirlas de negro, dándoles al mismo tiempo cierto sabor acuático, emplean tinta de calamar.

Luego, mientras extendía sobre el pan tostado una capa de la granulada conserva, habló un poco de ella misma para que su compañero comprendiese que ella no era como las demás.

PEDAZO XIII

EN EL QUE NATA CUENTA SU VIDA, Y ALEJANDRO ACABA SU AVENTURA GALANTE ACOSTÁNDOSE ENCIMA DE UN BAÚL CON UN SEÑOR. CON LO CUAL SE DEMUESTRA QUE DESEAR LA MUJER DE TU PRÓJIMO, ADEMÁS DE FEO, ES PELIGROSO

—Yo soy una mujer casada —comenzó Nata con ese orgullo femenino, bastante estúpido por cierto, que considera una proeza haber logrado conducir un señor hasta el altar.

—¿Qué haces aquí entonces? —preguntó Alejandro, temiendo que el marido se presentara de pronto para chafarle el plan.

—Estoy separada hace dos años.

—¿Por la Iglesia?

—No —rectificó ella—, por la policía. Mi marido era carterista y le metieron en la cárcel. Yo me casé con él creyendo que era un hombre honrado, pero me di cuenta de que no lo era cuando observé que vivíamos demasiado bien.

»—Pero ¿no me dijiste que trabajabas en una oficina del Estado?

»—Y es cierto —me confirmó él—. Voy por la mañana de nueve a una, y por la tarde de cuatro a siete.

»—Pues el Estado no paga a los funcionarios para que vivan tan estupendamente como nosotros —razoné yo—. No lo hace por mezquindad, que conste, sino porque tiene el criterio de que se sirve mejor a la patria viviendo austeramente.

»Entonces me confesó que, para redondear sus ingresos, en los viajes que hacía en autobús para ir a la oficina, aligeraba del peso de sus carteras a los otros viajeros. Sus dedos eran tan hábiles que nadie se daba cuenta. Hasta que en un bolsillo tropezó con un cepo para cazar ratones, y se pilló los dedos.

»¿Qué podía yo hacer cuando le encarcelaron? Me quedé completamente sola, porque no teníamos niños ni animales domésticos de ninguna clase. Ni siquiera alguno de esos parientes viejecitos y modestos, que se conservan por caridad en un camastro del cuarto trastero. En vista de lo cual tuve que lanzarme a esta vida que llaman mala, pero que resuelve la situación económica cuando no se sabe coser, ni bordar, ni taquimecanografiar. Si el Estado pasara un sueldo suficiente a todas las mujeres sin recursos que no sirven para nada, no habría ninguna que quisiera servir para esto.

»Tuve bastante suerte, porque tardé menos de tres meses en conocer e intimar con un señor de Bilbao. Un tiempo *record*, teniendo en cuenta lo solicitados que están los señores bilbaínos. Y como la gente del Norte es muy hogareña, lo primero que hizo mi amigo fue ponerme un piso.

»Es una amistad que me resulta muy cómoda, porque él vive en Bilbao y sólo viene a verme una vez al mes. Pasa conmigo un par de días, y los veintiocho restantes me deja en libertad de hacer lo que me plazca. Siempre que él no lo sepa, claro está.

Y como no me apetece nada quedarme siempre en casa, salgo algunas noches a distraerme. De paso procuro reforzar la pensión que él me pasa con algún ingreso extraordinario. ¡La vida, incluso la mala, está tan cara!...

—Pues conmigo vas a hacer un mal negocio —advirtió Alejandro—. He invertido toda mi fortuna en un asunto que todavía no ha empezado a dar rendimiento.

—No te preocupes —dijo Nata, capturando con la lengua una hueva de caviar que se le había quedado adherida al *rouge* de los labios—. Si no encuentro nada mejor, me iré contigo.

—Muchas gracias. Eres muy amable.

—Tú me haces el regalo que puedas, y en paz.

Y como en aquel momento el trombonista tuvo que participar en un «cha-cha-chá», se vieron obligados a suspender la conversación.

Bailaron un rato largo, porque ella había terminado el caviar y él no quiso correr el riesgo de que encargara otra «cosilla». Nata bailaba mejor que su pareja. Se adaptaba tan bien a los traspies y equivocaciones de Alejandro, que los hacía parecer originales pasos de baile.

Mientras recorrían la pista estrechamente abrazados, ella le iba explicando al oído:

—Esa rubia que baila con el gordo, es Merche. Buena chica, pero muy borracha. En cuanto bebe, le llama cabrito hasta a su padre... Y aquella delgadita con cara de caballo es Julita. No vale un pimiento, pero presume mucho porque pasó una noche con un reyezuelo negro que vino de visita a España. Y lo gracioso es que tiene un chulo que presume de ser republicano... La desgñada que se mueve tanto con ese calvo bajito, se hace llamar Ruth; pero su nombre verdadero es Rufa. El calvo es un tendero que se enriqueció ahuecando las pesas de su balanza. Y ahora ella le está ahuecando a él, sacándole todo su dinero...

Enrique, mientras tanto, se estaba divirtiendo a su manera. Empezó por beberse casi media botella de los catalanes, y se puso a contarles después su negocio petrolífero. Tan eufórico se sentía después de sus innumerables libaciones, que anticipaba el hallazgo del petróleo y hablaba de él como si ya lo tuviera dentro del vaso.

—Sacaremos miles de barriles diarios —decía entusiasmado, sirviendo generosamente *whisky* a los dueños de la botella—. ¡Vamos, beban a mi salud!

Cuando Alejandro se cansó de dar pisotones en la pista de baile, propuso a Nata:

—¿Y si nos fuéramos?

—¿Adónde?

—A tomar una copa en otro sitio.

—¿Y qué hacemos con tu amigo?

—Déjale. Ya es mayorcito y puede volver solo a su casa.

—Si no se cae antes debajo de la mesa —dijo la chica observando a Pimentel, que no paraba de beber.

—Allá él. Cada cual se distrae como puede. ¿Nos marchamos?

Y se fueron, advirtiendo al camarero que Enrique pagaría la cuenta. La noche era muy fresca, pues aunque el invierno no había llegado todavía, ya estaba encaramado en las montañas de la sierra, dispuesto a saltar sobre Madrid.

—¿Tienes coche? —preguntó ella.

—Lo tuve hace algunos años, pero me costó muy caro. Ahora tengo cinco mil a mi disposición, que acuden en cuanto les hago una seña: los taxis.

—¿Quieres que tomemos la copa en mi casa? —propuso ella.

—Si no está el bilbaíno, encantado —aceptó él.

—Descuida. Él no vendrá hasta la semana próxima.

Tomaron un taxi y Nata dio la dirección al chófer: calle de Titicaca, número seis.

—Nunca oí nombrar esa calle —dijo el taxista.

—Está en la Barriada de las Quimbambas —explicó la chica—. Hay que ir hasta el final de la calle de Alcalá. Y como la calle de Alcalá termina en Alcalá de Henares, puede decirse que la barriada está dentro de Madrid.

Llegaron media hora más tarde, después de atravesar una extensa zona verde en la que durante el día pastaba el ganado.

—Pero ¡si esto ya es el campo! —exclamó Alejandro asomándose a la ventanilla.

—No —rectificó ella, que era una optimista—: son solares sin edificar.

La barriada era moderna y bonita, pero se hallaban muy atrasadas todavía las obras de urbanización. En la calle de Titicaca no había ni un solo palmo pavimentado, y las ruedas del taxi se hundían en un lodazal blando y marrón.

—Comprendo la segunda mitad del nombre de la calle —dijo Alejandro—, pero no la primera. ¿A qué viene lo de «Titi», cuando esto no es más que una «caca»?

Y Nata se lo explicó:

—Del mismo modo que las calles de otras colonias se bautizan con nombres de ríos, pueblos o montañas, aquí las han puesto nombres de lagos: Titicaca, Ladoga, Michigan, Balatón, Menéndez...

—Menéndez no es un lago —observó él.

—No: Menéndez es un golfo. Pero puso su nombre a la calle principal del barrio, porque él fue quien lo construyó con el dinero de los demás.

Bajaron del taxi frente a un portal marcado con el número seis, y subieron al piso de Nata. Era el cuarto, letra B. Junto a todas las puertas del descansillo se veía un recipiente cubierto con una tapadera que ocultaba su nada fragante contenido.

«Si algún día mato a alguien —pensó Alejandro—, descuartizaré el cadáver en trozos menudos. Luego, a estas horas de la madrugada, saldré a la escalera y recorreré toda la casa metiendo un trocito en cada cubo de la basura. Es un método estupendo para deshacerse de un cadáver».

El piso de Nata era pequeño y agradable. Pero su mobiliario, pese a los tonos cálidos del colorido, tenía la frialdad de los interiores encargados a una fábrica de muebles y decoración. Nada estaba desentonado ni fuera de sitio. Todas las maderas

habían sido cortadas por las mismas sierras. Todas las telas habían sido cosidas por las mismas manos. La vista echaba de menos esos contrastes y detalles que revelan la personalidad de un inquilino: ese horrendo jarrón recibido como regalo de boda que no acaba de romperse, ese fanal con un santito que se hereda de una tía, esa antigüedad comprada en el Rastro un domingo...

—Ponte cómodo —le dijo Nata, señalándole un sofá.

Y Alejandro se puso comodísimo: cuando ella volvió del mueble-bar con una botella y dos vasos, él se había quitado la americana y estaba tumbado en el sofá.

—Sólo tengo coñac —se excusó la morenucha—. ¿Te apetece?

—Más me apetece tú —respondió él, invitándola a sentarse a su lado.

No era una frase muy original, pero tampoco Nata era ninguna intelectual. Y algo había que decir para entrar en materia.

La primera materia en la que entró, fue un sobaco de la joven. Ella se había sentado en el borde del sofá que dejaba libre el cuerpo de Alejandro.

—Eres muy guapo —le dijo Nata cariñosamente, pasándole una mano por la cabeza a contrapelo para despeinarle—. ¿Quieres coñac, sí o no?

—Te quiero a ti.

Nuevamente incurrió en otra vulgaridad, pero yo le disculpo y espero que ustedes también. Porque hay momentos en que el individuo alcanza tal grado de excitación, que su comportamiento es tan vulgar como el de su antepasado el gorila. Hasta al exquisito Amado Nervo, en circunstancias análogas a las de Alejandro, se le habría escapado un ordinario y admirativo «¡chatorra!».

—Deja que vaya a prepararme —rogó Nata, logrando al mismo tiempo levantarse del sofá.

Y se dirigió a la puerta de la alcoba, que estaba al fondo del salón. Pero cuando puso la mano en el picaporte, comenzó a sonar un timbre. Ambas cosas ocurrieron tan simultáneamente, que el timbrado le pareció a Alejandro consecuencia de la presión ejercida en el picaporte por la mano de ella. Esta ilusión óptica y acústica se desvaneció pocos segundos después, en cuanto Nata soltó el picaporte. Porque el timbre continuó sonando, ahora en breves interrupciones, como si alguien tratara de interpretar en él la frase melódica de una canción.

—¡Dios mío! —exclamó la mujer con voz ahogada, volviendo precipitadamente junto al sofá—. ¡Es Pachín!

—¿Quién?

—¡Pachín! ¡Mi amigo de Bilbao!

—¡Caramba! ¿Estás segura?

—Le reconozco por su forma de llamar: siempre toca el estribillo de «Chiquito de Arrigorri» —explicó ella, bajando la voz—. No le esperaba hasta la semana próxima.

—¿Y qué hacemos ahora? —dijo Alejandro, que ya se había levantado del sofá y estaba poniéndose la americana.

—Tienes que esconderte. Si te ve, estoy perdida.

—¿Y no sería mejor que me marchara? —propuso él.

—¿Por dónde? En esta casa no hay escalera de servicio. La única puerta que tiene el piso, está bloqueada por Pachín. ¡Ven, sígueme! ¡De prisa!

Unos segundos después, Alejandro estaba metido en un cuartito al que se entraba por una puerta que había en la cocina. En los planos del arquitecto debió de ser la habitación de la criada; pero como Nata no tenía criada, lo destinó a cuarto trastero. Y allí, como un trasto más, tuvo que quedarse el fracasado conquistador para dejarle el campo libre al amigo titular.

—¡Bonita aventura! —gruñó el joven Montalbán, humillado.

Y se sentó encima de un baúl confiando en que el señor de Bilbao, fatigado del viaje, se dormiría pronto para permitirle escapar de su escondite. Oyó confusamente la voz de Nata dándole la bienvenida, y la de él correspondiendo a sus zalamerías. No era posible entender su conversación con la puerta cerrada, pero se oían sus risas y el «tap, tap» de los azotitos cariñosos que se propinaban en las nalgas.

—¡Es el colmo! —siguió gruñendo Alejandro—. Esta situación tan desairada podría soportarse si ella fuera una señora respetable y él su marido. Pero por una pelandusca y su amiguete...

No quiso abrir un poco la puerta para escuchar lo que decían, porque se lo figuraba: ella le aplicaría el escaso repertorio de diminutivos que manejan todas las mujeres de su especialidad, que empieza en «nene» y acaba en «pocholín». Y él, cada vez más excitado por su vigilia de varias semanas en tierras del Norte —donde abunda el pescado y escasea la carne—, empezaría a soltar procacidades para llegar cuanto antes al objetivo de su viaje.

«Pues que llegue de prisa —pensó Alejandro—, para que yo pueda salir de aquí».

Pero no llegó, porque Pachín tampoco tuvo suerte: un nuevo timbrazo imprevisto, de duración semejante al anterior, pero con distintas intermitencias, vino a interrumpir el aperitivo de aquel banquete carnal.

Las voces de ambos cesaron repentinamente. Después, sólo hubo un cuchicheo. El timbre, sin embargo, reanudó su monólogo con su vocecilla aguda y estridente. Luego se oyeron pasos precipitados en la cocina, y la puerta del cuarto trastero se abrió de par en par durante cuatro segundos. Por último volvió a cerrarse de golpe.

Pero en esta brevísima fracción de tiempo, el cuartito trastero se había enriquecido con un trasto más. Este nuevo trasto abultaba poco, y se componía principalmente de dos esferas: la más grande era el cuerpo, y la más pequeña la cabeza. De la primera salían un par de brazos y otro de piernas, y de la segunda un par de orejas fenomenales.

Alejandro comprendió que aquel sujeto era Pachín. Sólo una fortuna considerable, en colaboración con la cocina vasca, puede producir un tipo tan regordete y lustroso. Y se creyó en el deber de explicar al recién llegado el motivo de su presencia en aquel cuarto.

—Usted perdone —dijo Alejandro sin bajarse del baúl—, pero no debe fiarse de

las apariencias. Yo me dedico a la compra-venta de trastos, y sólo vine a examinar este material.

Pero Pachín, que estaba pálido y bastante sudoroso, le miró con los ojos aterrorizados y le hizo un gesto para que se callara.

—¡Chsssst! —emitió al mismo tiempo acompañando la gesticulación—. ¡Silencio, por favor!

—¿Qué ocurre?

—Que ha llegado el marido de Nata —murmuró el bilbaíno, temblando como un flan.

—Pero ¿no estaba en la cárcel, por carterista?

Y Pachín, enjugándose el sudor con un pañuelo de seda, explicó a su compañero de escondite, sin levantar la voz:

—Nata olvidó que hoy terminaba de cumplir su condena. Y le han puesto en libertad.

Tanto miedo tenía el buen hombre de ser descubierto por el marido, que ni siquiera se molestó en aclarar la sospechosa presencia de un desconocido en aquel cuarto. Más bien se inclinaba a ver en Alejandro un aliado, puesto que ambos se hallaban en la misma situación.

—¿Cree usted que nos encontrará aquí? —susurró el regordete norteño guardando el pañuelo.

—Si deja de resoplar como un hipopótamo, no —refunfuñó Montalbán—. Pero supongo que esto le servirá de lección, y que de ahora en adelante pondrá a sus amiguitas pisos con escalera de servicio.

—De ahora en adelante —prometió Pachín extendiendo una mano como si prestara juramento—, no pondré pisos a nadie. Si salgo de aquí con vida, no volveré a salir de Vizcaya sin mi mujer y mis seis niños.

Y para convencer a los santos de que su promesa era sincera, Pachín se puso a musitar jaculatorias de probada eficacia. Alejandro, por su parte, sin jaculatorias de ninguna especie, prometió que jamás contaría los pormenores de aquella bochornosa aventura. Y arrullado por el bisbiseo de los rezos de Pachín, se durmió sobre el baúl en espera de que las circunstancias le permitiesen recobrar la libertad.

PEDAZO XIV

EN EL QUE ALEJANDRO, POR INDISCRECIÓN DE PIMENTEL, ES CORONADO REY DE UN REINO AÚN NO DESCUBIERTO. LO CUAL PROVOCA UN ESCÁNDALO EN MADRID Y EUFORIA EN MULADAR

Horas después, cuando Nata logró emborrachar a su marido para que los prisioneros pudiesen huir sin ser vistos, Alejandro llegó a su domicilio.

—Yo —le había dicho Pachín cuando se despidieron en la calle—, me voy al rosario de la aurora para purificarme.

Alejandro tenía la intención de acostarse algunas horas para descansar de su «juerga» nocturna en el cuarto trastero. Pero no le fue posible, porque el teléfono de su casa empezó a sonar sin interrupción.

—Enhorabuena, chico —le decían sus comunicantes, entusiasmados—. Ya hemos sabido la noticia por Enrique Pimentel. Supongo que me regalarás algunos bidones para el coche.

Amigos que habían dejado de serlo por temor a los sablazos, se apresuraban a reanudar su interrumpida amistad al verle convertido en un magnate.

—Ya sabes que para todo lo que necesites me tienes a tu disposición —le adulaban los que antes le habían negado cinco duros.

Porque los amigos, lo mismo que los bancos, sólo prestan dinero al que ya lo tiene. Y hacen bien, pues ninguna de las dos instituciones, ni la bancaria ni la amistosa, es filantrópica.

—Muchas gracias —contestaba Alejandro a los felicitantes—, pero os advierto que Enrique se ha anticipado un poco a los acontecimientos. En realidad, el petróleo no ha salido todavía...

—Según Enrique, puedes darlo por hecho. Ya se dice por ahí que, gracias a vuestro pozo, va a bajar el precio de la gasolina...

El madrileño es tan buen conductor del bulo como el cobre de la electricidad. La descarga de una noticia sensacional, por falsa que sea, se propaga por toda la ciudad a velocidades de alta tensión.

Aquella misma tarde, dos periodistas de esos que viven de preguntar cosas a los demás porque a ellos no se les ocurre nada, entrevistaron a Alejandro y titularon la entrevista así:

¿PETRÓLEO EN ESPAÑA?

Pero el cajista de la imprenta cambió equivocadamente los signos interrogativos por otros de admiración, con lo cual la duda se transformaba en afirmación rotunda. Y se produjo un revuelo fenomenal.

Pimentel, al salir de su borrachera, se asustó un poco al ver el resultado de sus

indiscreciones. Pero no tuvo más remedio que seguir echando leña al fuego, porque el incendio había adquirido tal incremento que ya era muy difícil de apagar. Alejandro y él comenzaron a ser invitados con gran asiduidad: comidas de gala, cócteles de trapillo... Las puertas más herméticas se abrieron de pronto a estos presuntos reyes del petróleo.

Y más de una madre ambiciosa, al saber que ambos socios eran solteros, acicaló a su niña para ver si pescaba a alguno de los dos.

Se codearon con aristócratas de sonoros títulos y con patanes de sonoras fortunas. Los hicieron socios honorarios del Círculo Campestre, distinción reservada hasta entonces a las personas de sangre real y a los miembros de la colonia norteamericana. Hasta los anticuarios que habían saqueado la casa de Alejandro, le ofrecieron devolverle todas sus cosas si les pagaban solamente el doble de lo que ellos le dieron a él.

—Y además de los muebles y los cuadros —le tentaron con astucia—, le regalaremos un par de retratos de señores anónimos para enriquecer su colección de antepasados.

Todo aquel barullo alarmó mucho a Montalbán. Pero Pimentel, que era muy inconsciente, como todos los sordos, le animaba a dejarse arrastrar por aquella ola de popularidad.

—¿Y si después de tanto ruido no encontramos petróleo? —argumentaba Alejandro, preocupado.

—Pues nos quedaremos tan mal como estábamos —se encogía de hombros Enrique—. Pero nadie podrá quitarnos lo bailado. De manera que vístete, porque esta noche nos dan una cena en la Asociación Automovilística.

Y allá se iban los dos muy peripuestos, con corbata gris perla y clavel en el ojal, a cenar opíparamente entre gente rica y distinguida. (En los países modestos como el nuestro, tener coche es un signo tan ostentoso de riqueza y categoría social, que justifica una asociación entre todos los propietarios de vehículos particulares).

A las cenas que organizaba la Junta Directiva acudía lo que suele llamarse «lo mejorcito de Madrid». Lo cual me hace sentir una gran compasión por «lo mejorcito de Madrid», porque el grupo de gente que lo compone debe de estar muerto de cansancio. No puede reposar en su casa ni un solo minuto, sin zapatos y con los pies encima de una mesa. No puede tomar un sándwich en una cafetería y ver después un estupendo programa doble en un cine de barrio.

Tiene que ir forzosa y constantemente a los innumerables sitios donde se reúne «lo mejorcito de Madrid». Y estos sitios, si bien son siempre los más caros, no son casi nunca los más agradables.

Restaurantes con poca luz y mucha salsa, donde al pisto manchego se le añade un huevo revuelto para llamarle *piperrade*.

Clubs viejos y apolillados, en cuyos salones los periódicos del día amarillean al ponerse en contacto con su atmósfera.

Exposiciones de pintura en las que se prohíbe fumar por miedo probablemente a que un espectador con buen gusto aplique una cerilla encendida a las aberraciones colgadas de las paredes.

Fiestecitas privadas donde hay que beber lo que echen, sin analizar lo que han echado...

¡Cuánto compadezco a «lo mejorcito de Madrid», yendo y viniendo sin parar de un aburrimiento a otro! ¡Qué pena me dan esos señores cincuentones, sometidos a severo régimen por los doctores, que se ven obligados a trasnochar y no pueden quedarse en casita, acurrucados en sus zapatillas, porque pertenecen a «lo mejorcito de Madrid»!

En la Asociación Automovilística agasajaron con esplendidez a nuestros amigos. Muchos socios aprovecharon la ocasión para ofrecerles coches de distintas marcas a precios interesantes. Tanto Alejandro como Enrique se divirtieron mucho escuchando las conversaciones de los comensales, pues todos ellos, dada la índole de la asociación, hablaban en términos automovilísticos. Y cuando se referían a sus esposas, se escuchaban diálogos así de pintorescos:

—Pues yo tengo una mujer del último modelo.

—¿Tiene válvulas en cabeza?

—No: en cabeza sólo tiene el sombrero.

—Yo, en cambio, tengo una Felisa nacional del año veintisiete, que todavía carbura. Está un poco vieja de línea, eso sí.

—Lo malo de esas carrocerías tan anticuadas es que tienes que encamisarlas para que sigan funcionando.

—Si sólo fuera encamisarlas... Lo malo es que también hay que envisonarlas. Y con lo que cuesta un abrigo de visón...

—El ideal sería cambiar de esposa todos los años. Creo que en América eso es fácil: devolviendo la esposa usada y una cantidad para gastos de divorcio, puedes conseguir una nueva.

Después de la cena sirvieron un coñac «Super» de noventa y seis octanos, con el cual se alcanzaba la embriaguez a altas velocidades.

Así, entre copas y festejos, el tiempo fue transcurriendo. Y los pocos días de descanso que decidieron tomarse los dos socios de PILOMÓN, se transformaron en varias semanas.

—Si hay alguna novedad en Muladar —decía Enrique para tranquilizar su conciencia—, Ed nos avisará.

PEDAZO XV

EN EL QUE SE DEMUESTRA QUE PIMENTEL ACERTÓ. PORQUE UN BUEN DÍA, EFECTIVAMENTE, LOS SOCIOS RECIBIERON LA CARTA DE MÍSTER LOBSTER QUE TRANSCRIBO A CONTINUACIÓN:

Queridos amigos:

Cuando acaben de divertirse y vuelvan por aquí se quedarán asombrados. Una honda y rapidísima transformación se está operando en toda la comarca. Dentro de muy poco Muladar no se llamará «de las Altas Moscas», sino «de las Altas Torres». Porque en todas las colinas y altozanos de los alrededores surgen a diario nuevas torretas de perforación.

Éste es el resultado de las indiscreciones que ustedes cometieron en Madrid.

Una plaga de buscadores ha caído sobre el paisaje, ennegreciendo estas tierras amarillentas. Ya no se ven yuntas tirando de los arados, sino camiones transportando estructuras metálicas. Y los campesinos, contagiados de esta fiebre buscadora, han arrinconado sus aperos de labranza.

Ya no hacen en sus parcelas agujeritos superficiales para sembrar una patata, sino agujerotes profundos para buscar indicios de petróleo. Y las cosechas se han echado a perder. Este año no se recolectará aquí ni un celemín de trigo. Porque ¿quién piensa en sembrar pan blanco, existiendo la posibilidad de obtener oro negro? Todos los picos y azadas disponibles están entregados sin descanso a esta búsqueda frenética.

Los muladarenses se han convertido en auténticos topos humanos. No me extrañaría que la próxima generación naciera con hocico y poderosas pezuñas para hacer excavaciones. Viven ahora prácticamente bajo tierra, en el fondo de los pozos que profundizan sin cesar. Allí comen, y a veces hasta duermen.

¡Menudo jaleo hemos armado, queridos socios! Porque si en el campo ha ocurrido lo que les he contado, en el pueblo está ocurriendo lo que les voy a contar:

Del villorrio castellano que ustedes conocieron sólo quedan las paredes. El ambiente ha variado por completo.

Muladar ya no es un lugarejo apacible, en el que anualmente no había más alboroto que la media docena de cohetes que se lanzaba en la fiesta patronal. Ya no se ven en él esas estampas costumbristas, tan ricas en sabor y tipismo: las mozas yendo a la fuente; los mozos gamberreando en la taberna; las viejas beateando en la iglesia...

Tampoco se ven mujeres sentadas a la puerta de sus casas, desplumando pollos y despjojando niños. Ni se forman corrillos en la plaza para comentar que la mujer del herrero ha tenido un hijo, o que la perra del boticario ha parido tres cachorros. Hasta el aire de la noche, que antes sólo rasgaba la palabrota de algún carretero, ha perdido el sosiego.

No, amigos míos: Muladar ya no es el mismo. Los buscadores, con sus pesadas botas y sus zamarras polvorientas, deambulan por las calles hablando en idiomas extraños.

Casi todos ellos son extranjeros, pues la experiencia española en materia petrolífera se reduce a la «Campsá». Y la «Campsá», al fin y al cabo, se limita a refinar el petróleo que compra en bruto, para revenderlo después a un precio salvaje. Con lo cual demuestra ser una sociedad de un refinamiento exquisito.

Por eso Muladar se ha llenado de gente que procede de las cinco partes del mundo. Hombres duros, tenaces y curtidos por el sol, que ya han perforado media corteza terrestre y están decididos a perforar la otra mitad. Y es curioso oírlos hablar en polaco, en árabe o en inglés, mientras pasean por la típica Callejuela Mayor, o por la pintoresca Plaza de la Barragana.

Con estos visitantes, Muladar tiene un aire cosmopolita que recuerda mucho el de los pueblos del *Far-West* americano en los tiempos de la fiebre aurífera. Esta semejanza no ha pasado inadvertida al vecindario, que se complace en acentuarla con detalles copiados de las películas del Oeste.

Al guardia municipal, por ejemplo, le han puesto una estrella de hojalata que le da cierto aire de *sheriff*.

Y la tasca de la estación, donde comimos aquel memorable «entresijo de gorrino con salsa bárbara», se llama ahora *saloon*. Se rumorea que el dueño proyecta cambiar esa boina mugrienta que siempre lleva encasquetada, por un sombrero vaquero. El éxito que ha tenido cambiando el nombre de su local es considerable.

En el *saloon* se reúnen todas las noches los buscadores de petróleo. Organizan emocionantes partidas de póquer con las barajas españolas propiedad de la casa, que hasta ahora sólo habían servido para jugar al tute y a la brisca. Al mismo tiempo, los jugadores consumen grandes cantidades de un *whisky* casero tan malo como el americano, elaborado por el dueño con el peor coñac de su bodega y ciertas hierbas que un veterinario le recetó una vez para purgar a los caballos.

El efecto de este bebedizo es tan nefasto, que su borrachera sólo se cura con un concienzudo lavado de estómago. Pero como los bebedores son fuertes, no les importa ir todas las noches a casa del médico después de beber, a que los lave por dentro. Lo malo es que casi nunca pueden ir por su propio pie, porque suelen acabar la noche tendidos debajo de las mesas. Pero este problema lo ha resuelto el alcalde reforzando la policía municipal con dos nuevos agentes: Troncho y Moncho. Estos barbarotes, que durante el día trabajan a mis órdenes en el pozo de «Los Ciruelos», ayudan por la noche al *sheriff* en la recogida de borrachos.

Por este servicio nocturno les pagan muy bien —seis pesetas por cada borracho recogido—, pues el dinero corre aquí como si los billetes fueran esas octavillas publicitarias que se reparten gratuitamente por la calle. Ésta es la razón de que don Crispulo, pese a las cuestiones de orden público que plantean los bebedores, esté encantado.

Una ola de inesperada prosperidad ha barrido la miseria de su Ayuntamiento, y él no quiere desaprovecharla. La ola le ha permitido subir los impuestos, aumentar la cuantía de las multas, y emprender obras públicas de urbanización y embellecimiento del pueblo. ¿Me creerán si les digo que ya ha expropiado algunas chabolas, para derribarlas y trazar una Gran Vía Diagonal que lleve su nombre?

Se propone también, como buen alcalde, explotar por todos los medios la corriente turística de los buscadores.

—Pero estos visitantes no son turistas —le objetó un concejal en la última sesión plenaria.

—Todo señor extranjero, aunque venga a buscar petróleo vestido de mamarracho, es también un turista —definió don Crispulo—. Y todo turista es una fuente de divisas, cuyo grifo es necesario abrir hasta que suelte la última gota.

Con este fin, copiando lo que hacen las agencias de viajes de Toledo, Sevilla y otras ciudades de interés turístico, ha editado unos folletos en tres lenguas que dicen textualmente en la portada:

«VISITE MULADAR DE LAS ALTAS MOSCAS.
VISITEZ MULADAR DES HAUTES MOUCHES.
VISIT MULADAR OF THE HIGH FLIES».

Y el texto interior, también en trilingüe, explica:

«Un autocar, que sale cada hora de la Callejuela Mayor, le permitirá recorrer los lugares más notables de este bellissimo pueblo castellano.

Puede decirse que Muladar de las Altas Moscas se halla situado en Castilla la Medianeja, por estar justamente a caballo entre la Nueva y la Vieja. Se trata de un pueblo sumamente antiguo, como puede verse sin dificultad en la decrepitud de todos sus edificios.

Su origen se remonta tanto en la noche de los tiempos, que se pierde de vista y no hay forma de saber la fecha exacta. Pero lo más probable es que lo fundaran los celtíberos, que eran gente bastante sucia y poco propensa a los lavoteos. Por este motivo sin duda no se han encontrado en las excavaciones pucheros de barro, vasijas y palanganas, cosas que suelen encontrarse en toda España a poco que se hincue un azadón.

He aquí el itinerario del interesante *tour* en autocar:

Visita al Ayuntamiento. Edificio que data de fines del siglo XIX, y que fue restaurado a principios del XX. Porque cuando se construyó había una cuadra en la planta baja, y hubo que quitarla debido a que los alcaldes se quejaban de que no podían dormir con los relinchos.

Visita al Pedrusco del Visigodo, piedra tosca que debe de ser un monumento, porque lleva una porrada de años en el centro de una plazoleta y nadie la ha quitado de allí.

Visita a la fábrica de “cachiporras”, famosa golosina local consistente en una especie de churro con una guindilla dentro, embadurnado en miel. La chimenea de la fábrica mide dos metros y treinta centímetros, y fue construida el año 1952 en ladrillo puro.

Visita a la iglesia parroquial, joya única del estilo benítico. (Ese estilo arquitectónico no figura todavía en las Historias del Arte porque lo ideó hace algunos años don Benito, actual párroco, para hacer algunas chapuzas, porque la iglesia se estaba cayendo a pedazos).

Visita a la casa de don Florencio, el hombre más rico del pueblo, edificio que data de la época en que don Florencio hizo su fortuna en el mercado negro.

Regreso a la Callejuela Mayor, donde el turista puede refrescarse después del viaje en el abrevadero que hay junto al almacén de piensos».

Como ustedes verán, el alcalde no pierde el tiempo y espera obtener mucho provecho de sus iniciativas.

Pero así como don Crispulo está cada día más alegre, aumenta por momentos la tristeza de don Benito. Porque la prosperidad nunca viene sola, sino acompañada de inmoralidad. (Esta frase no es mía, como comprenderán, sino del párroco). Y rastreando el dinero que el petróleo puede producir, se van instalando en Muladar algunos locales y barracas donde los buscadores se lo puedan gastar.

Cerca del *saloon*, sin ir más lejos, un judío polaco acaba de inaugurar un *cabaret*. Así al menos lo llama él en un letrerón luminoso que ha puesto en la fachada, aunque en realidad exagera un poco. El local no es más que un viejo pajar medio derruido, al que le han quitado las goteras y le han puesto algunas mesas. Pero como encima de las mesas hay unas lámparas con pantallitas rojas, y encima de una tarima hay varios músicos con chaquetillas verdes, el *cabaret* se llena todas las noches.

El pobre sacerdote no para de hacerse cruces, porque bailar es el atractivo principal en los locales de esta clase. Y como las mozas muladarenses, aparte de ser honestas, sólo saben la danza típica local que se llama «el porron-pon-pón», el polaco ha importado de Madrid media docena de rubias que se las saben todas. Estas rubias, que se ganan la vida moviendo las piernas en todas direcciones, se alojan en unas barracas muy coquetonas montadas a la salida del pueblo. Y en ellas, según me han informado Troncho y Moncho, reciben a sus amistades masculinas fuera de sus horas de trabajo.

Si a estos antros de perversión añadimos la carpa de un circo ambulante con artistas en *maillot*, y un campamento de húngaros con gitanas en harapos, se comprenderá el sufrimiento del padre Benito al ver que su parroquia se está transformando en un barrio satélite de Sodoma y Gomorra.

Éstas son, hasta hoy, las únicas novedades importantes que hay por aquí. Saludos muy cordiales de

ED LOBSTER.

PEDAZO XVI

EN EL QUE UN CHORRO DE LÍQUIDO OSCURO, AL BROSTAR EN LA PERFORACIÓN DE «LOS CIRUELOS», INUNDA DE OPTIMISMO LOS ABATIDOS CORAZONES DE UNA SOCIEDAD PETROLÍFERA

—Pero ¿no dice nada de cómo van los trabajos en nuestro pozo? —se indignó Enrique al terminar la lectura de la carta.

—Espera —le contuvo Alejandro—. Aquí hay una posdata.

Y leyó a continuación:

—«P. D.: Olvidaba decirles que aún no ha salido petróleo en “Los Ciruelos”. La perforación continúa normalmente, y el trépano sigue profundizando sin encontrar la bolsa prevista. Hay que tener paciencia y no perder la esperanza».

—Pero yo voy a perder el coche —masculló Pimentel—. Dentro de dos meses tengo que devolver el préstamo que pedí para financiar este negocio. Y como no lo pague con la tierra que está sacando ese imbécil de la perforación, me veo a pie.

—No seas pesimista —le consoló Alejandro—. Ya nos advierte que tengamos paciencia.

—Claro: que la tengamos nosotros. Él está tan tranquilo, viviendo como un príncipe en la finca: dos ayudantes que le hacen todo el trabajo, una criada guapísima para él solo... Y todo gratis, porque lo paga la sociedad.

—No digas eso —trató de disculparle Alejandro sin mucha convicción—. Ten en cuenta que el petróleo en «Los Ciruelos», lo ha descubierto él.

—¿Cómo que lo ha descubierto? ¿Dónde está? Lo único que ha descubierto ese mangante, creo yo, es un truco para pasar gratuitamente unas vacaciones en el campo a costa de unos tontos. Porque él nos llama socios, pero sólo somos primos.

—¿Tú crees? —empezó a ceder Alejandro.

—Estoy convencido. Somos víctimas de un timador que nos ha dado «el timo del agujerito». Cuando se le acabe el dinero, nos pedirá más para seguir profundizando. Y sus peticiones continuarán hasta que el trépano, después de perforar toda la Tierra, salga por el otro lado y le pinche en el culo a un antípoda.

—Quizá tengas razón —dijo Alejandro, pensativo—, pero ojalá te equivoques. En todo caso, no debemos rendirnos sin luchar. Hay que hacer algo.

—Eso es: hay que evitar que míster Lobster siga tomándonos el pelo.

Los dos amigos decidieron ir a la finca al día siguiente. Pero una hora después de tomar aquella decisión, recibieron un telegrama firmado por Ed. Y se fueron aquella misma tarde, en un taxi. Porque el telegrama decía:

«Bolsa alcanzada. *Stop*. Perforación concluida. *Stop*. Gente emocionada. *Stop*. Vengan en seguida».

—¡Ya somos ricos! —gritó Pimentel, agitando el telegrama como una banderola.

Tal como estaban en aquel momento, bajaron corriendo a la calle en busca de un taxi. Por suerte, ambos estaban vestidos al recibir la noticia, porque hubieran bajado igual si llegan a estar en calzoncillos o completamente desnudos.

El taxista se quedó un poco sorprendido cuando supo la meta de la carrera. Y después de calcular mentalmente la distancia, hizo esta advertencia a los pasajeros:

—Les va a costar un riñón.

Pero los dos pasajeros fusionaron su respuesta en una sola carcajada. Porque después del telegrama que acababan de recibir, ¿qué les importaba el precio del viaje? Con dejar correr el chorro de petróleo veinte segundos, les sobraría dinero para adquirir el taxi al contado.

—Llévenos de prisa —dijeron al conductor—, y además del riñón que nos cueste le daremos otro de propina.

Fustigado por este aliciente, el coche devoró los kilómetros con la misma rapidez que un napolitano sorbe los *spaghetti*.

Y llegaron a Muladar al atardecer, cuando aún no habían encendido los siete faroles del alumbrado público. A su paso por el pueblo, Alejandro observó alguna de las mejoras que el ingeniero relataba en su carta: el autocar para el *tour* de los turistas, las torres de perforación en las colinas circundantes, las barracas donde se alojaban las rubias del *cabaret*... Pero no vio en las calles la animación que esperaba.

«Sin duda —se dijo—, todos los habitantes han acudido en masa a “Los Ciruelos” para presenciar el acontecimiento».

Indicó al chófer el camino de la finca, convencido de que al llegar a ella les tributarían un recibimiento entusiasta. Allí estaría el alcalde, con más madroños que nunca en su uniforme, dispuesto a pronunciar un vibrante discurso. Y junto a él, dándole escolta, verían al guardia municipal vestido de gala, con botines negros y mitones blancos.

«El guardia —siguió imaginándose Alejandro— habrá llevado su clarinete para interpretar un himno en nuestro honor. Como en Muladar no hay banda, y los músicos del *cabaret* sólo sabrán tocar bailables...

»Estarán también todos los mozos del pueblo, tirando sus gorras al aire. Porque los mozos pueblerinos llevan gorra sólo para eso: para tirarla al aire cuando ocurre algo importante.

»Y las mozas, duras y tostadas como botijos, se habrán puesto sus farragosas enaguas típicas, con más capas que un pastel de hojaldre...

»No creo que hayan levantado un arco triunfal por falta de tiempo; pero estoy seguro de que nos tirarán algún pétalo de flor, o por lo menos alguna hoja de árbol. ¡Lástima que el taxi no sea descapotable para que Enrique y yo pudiéramos llegar de pie, saludando a la multitud!».

Pero cuando llegaron a «Los Ciruelos», la imaginación de Alejandro se quedó pálida. Pálida, sí, porque la estampa llena de colorido que esperaba encontrar, no aparecía por ninguna parte. Sufrió una decepción comparable a la del aficionado a la

pintura que acude a ver un hermoso cuadro, y sólo le enseñan el marco.

Porque el marco estaba allí: la cerca de alambre de espino rota en muchos puntos, como las alambradas después de una batalla; los dos solitarios arbustos, enmarcando el caserón abandonado... Pero dentro de este marco faltaba el lienzo brillante y multicolor, cuajado de figuras bulliciosas, que Alejandro pintó en el viaje con los pinceles de la fantasía.

—No hay nadie —dijo Pimentel decepcionado, pues él también se había forjado ilusiones por su cuenta.

—Puede que estén dentro de la casa —trató su amigo de conservar la esperanza.

Y como todo el que se agarra a un clavo ardiendo, no pudo sostenerse mucho tiempo: cayó a la realidad en cuanto entraron en la casa y vieron que estaba vacía.

—¡Qué tontos somos! —exclamó Enrique, tratando de encontrar otro clavo al que agarrarse—. Estarán al lado del pozo. Es lo lógico.

—¡Claro, tienes razón! —se le iluminó la cara a Alejandro.

Y salió corriendo hacia la torreta, seguido de Pimentel.

El atardecer, ya en su fase final, impedía distinguir desde lejos la estructura metálica. Las sombras se iban adueñando del paisaje velozmente. Los dos amigos avanzaban por un senderillo, trazado por las botas de los hombres en su ir y venir cotidiano de la casa al pozo. Y aunque el senderillo era una birria, porque nadie se había molestado en apartar las piedras que pillaba al paso, Alejandro lo recorría con la misma rapidez que si fuera una autopista. De pronto, se detuvo en seco y dijo a Enrique:

—¡Escucha!

Pimentel escuchó.

—No oigo nada —tuvo que confesar.

—¿No oyes un «glu-glu»?

—Sólo oigo un «cri-cri».

—No, hombre: eso es un grillo. Me refiero a un «glu-glu».

—Pues no, la verdad. Mi aparato no es tan sensible como para captar esos matices.

Pero se oía, en efecto, el glugluteo de un líquido. Y el ruido procedía del lugar en que se hallaba la torre de perforación.

Cuando llegaron junto a ella, vieron que del suelo brotaba un surtidor que ascendía a varios metros de altura. El suelo en aquella zona estaba blando y enfangado. Pero tampoco estaba allí la multitud que esperaban encontrar. Allí no había más seres vivos que Troncho y Moncho, sentados en una piedra y alumbrados por un quinqué de petróleo. Al ver a los recién llegados, ambos se pusieron en pie respetuosamente.

—Pero ¿cómo no hay nadie aquí? —les preguntó Alejandro—. ¿Dónde está el señor Lobster?

—Se ha marchado —respondió Troncho.

—¿Adónde?

—No lo dijo.

—Habrá ido al pueblo —supuso Enrique.

—No lo creo —negó Moncho—, porque se fue en el camión con Soledad. Y los dos se llevaron el equipaje.

—¿Es posible? —se inquietó Alejandro—. ¿Soledad también?... ¿Y qué dijeron al marcharse?

—Adiós, muy buenas.

—No puedo creerlo —mover la cabeza Enrique—. ¿Por qué se habrán ido ahora precisamente, cuando acabamos de encontrar lo que buscábamos?

—¿Qué es lo que buscaban? —preguntó Moncho, cuya agilidad mental era bastante inferior a la de Troncho.

—Pues eso —dijo Alejandro señalando el surtidor—: petróleo.

Troncho cambió una mirada con Moncho y se atrevió a explicar:

—Siento tener que decepcionarles, pero aquí no hay más petróleo que el del quinqué.

—¿Cómo? —balbució Enrique a punto de desmayarse.

—¿Qué es eso entonces? —insistió Alejandro, volviendo a señalar el chorro.

—Agua —replicó Moncho—. Y ni siquiera potable, porque la hemos probado y sabe a demonios...

El golpe sordo de un cuerpo al caer interrumpió la explicación del mozo: Pimentel se había desmayado.

Un cubo lleno de agua recién descubierta, que salía fresquita del pozo artesiano, bastó para reanimarle. Troncho entonces, ayudado por Moncho, contó lo que había sucedido en «Los Ciruelos» durante las últimas semanas.

Resultó que míster Lobster no era un sinvergüenza como Enrique había supuesto, sino un ingeniero sin suerte que perforaba de buena fe. Creía firmemente que aquella capa de pizarra bituminosa, descubierta por él en su exploración inicial, era un indicio que no podía fallar. Por eso perforó día y noche, sin desanimarse. Y cuando aquella mañana oyó el lejano «glu-glu» del líquido, que ascendía por el tubo desde las profundidades de la tierra, dio por seguro que se trataba de petróleo. Y sin esperar a comprobarlo, corrió al pueblo para poner el telegrama.

Mucha gente le acompañó a la vuelta felicitándole por el hallazgo. El alcalde rogó al Padre Benito que echara a vuelo las campanas. Pero el párroco se negó, alegando que el petróleo traería al pueblo más corrupción aún que la que trajo su búsqueda. En vista de lo cual, don Crispulo tuvo que conformarse con ordenar al guardia que lanzara algunos cohetes.

Cuando Ed regresó a «Los Ciruelos», le esperaba una amarga decepción: el líquido que había brotado por el agujero era agua. Y no agua vulgar, insípida y cristalina, sino turbia y de pésimo sabor.

Míster Lobster, al ver aquello, se echó a llorar lleno a partes iguales de rabia y

vergüenza. Daba lástima y miedo al mismo tiempo ver la rabieta de aquel gigantón, que derramaba lagrimones como garbanzos. La gente que le había acompañado, regresó al pueblo triste y decepcionada. Y el alcalde desperdició media docena de sus cohetes más hermosos.

—Pero ¿por qué se ha ido? —dijo Alejandro, furioso.

—Eso —coreó Enrique—. ¿Por qué no esperó a que llegáramos nosotros?

—Estaba tan avergonzado, que no se atrevió a enfrentarse con ustedes. Sobre todo con el señor Pimentel, que puso el dinero para financiar este fracaso.

—Comprendo que se fuera él —admitió Montalbán—. Pero ¿por qué le acompañó Soledad?

—Bueno —dijo Troncho—, ya saben ustedes cómo son las mujeres.

—Claro que sabemos cómo son —se ofendió Enrique—. Pero eso no justifica que se marchara con él.

—Es que, cuando ustedes se fueron, ellos se liaron.

—¡Qué cochinos! —saltó Pimentel, envidioso.

—Es muy disculpable —intervino Moncho—. En el campo los días son largos, y las noches no se acaban nunca. Ustedes, si llegan a quedarse aquí, hubieran hecho lo mismo.

—¡Toma, claro! —dijo Alejandro—. Ya lo intentamos, pero no cayó esa breva.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —gimió Enrique, contemplando rabiosamente el chorro de agua turbia que glugluteaba sin cesar.

—Ante todo —decidió Alejandro—, despedir el taxi en que vinimos. El día que hayamos de regresar, lo haremos en el coche de línea.

Volvieron a la casa despacio, cabizbajos y apesadumbrados. Pimentel se acordaba del coche, en el que ya no podría montarse, y Montalbán de la cuerda, de la que quizá tendría que colgarse.

Troncho, ayudado por Moncho, preparó una cena que nadie quiso probar. Las preocupaciones habían quitado el sueño a los socios de la quebrada sociedad PILOMÓN, pero no quisieron pasear su insomnio por el pueblo por miedo a los comentarios que la presencia de ambos suscitaría.

«Puede que el vecindario, después de este fracaso, quiera lincharme», pensó Enrique.

Aquella misma noche, enterado de su llegada a «Los Ciruelos», don Crispulo acudió a hacerles una visita de pésame. Al pobre alcalde le había afectado mucho la mala noticia, que echaba a rodar todas sus ambiciones y esperanzas. Llegó con un sencillo trajecito gris, sin un solo madroño, y con una simple boina en el lugar de su vistoso sombrero oficial. Estaba tan al borde del llanto, que un simple papirotazo habría bastado para precipitarle en un torrente de lágrimas.

—Hoy mismo —dijo con voz lúgubre—, al conocerse el resultado catastrófico de la perforación en «Los Ciruelos», los gitanos que habían acampado junto al pueblo se han ido. Esto significa que Muladar está perdido.

—¿Por qué? —preguntó Enrique.

—Porque los gitanos son, para un alcalde, un barómetro tan sensible como las ratas para un capitán de barco. Cuando los gitanos se van, es un síntoma infalible de que el pueblo va a hundirse en la miseria. Estas tribus de ratas humanas no se equivocan nunca. Y prueba de ello es que, poco después de levantar su campamento, los buscadores han empezado a desmontar sus torres de perforación. Dentro de muy pocas semanas, Muladar habrá recobrado su triste fisonomía habitual. El polaco se irá con sus rubias oxigenadas a montar el *cabaret* en otra parte, y el *saloon* volverá a ser «la tasca de la estación». Y yo no podré construir la Gran Vía Diagonal que proyectaba.

—Lo siento, don Crispulo —le consoló Pimentel—. También para nosotros ha sido un golpe muy duro. Ese imbécil de míster Lobster nos llenó a todos la cabeza de pájaros. Y ahora, al volar de pronto los pájaros, nos hemos quedado sin saber qué hacer.

—Algo haremos, descuida —dijo Alejandro, que no había escuchado esta conversación porque estaba pensando por su cuenta—. Quizá no esté todo perdido...

Pero se interrumpió, haciendo un gesto a los demás para que escucharan.

—¿Qué es eso?

Prestando atención, se oía a lo lejos el tañido de una campana. El alcalde, enjugándose con el pañuelo una lágrima de rabia, explicó:

—Es el cura, que se ha salido con la suya. Y celebra su victoria sobre el petróleo, convocando a los fieles para un rosario de acción de gracias.

PEDAZO XVII

EN EL QUE UNA IDEA DE ALEJANDRO, ANTE EL ASOMBRO DE PIMENTEL, TRANSFORMA UN FRACASO EN UN ÉXITO. GRACIAS AL CUAL, EN «LOS CIRUELOS». SE INSTALA UNA NUEVA INDUSTRIA. MENOS MAL

—Lee esto —dijo el joven Montalbán, tendiendo un papel a su amigo.

Y Enrique leyó:

Fluoruro sódico	0,0374	grs.
Bicarbonato lítico	0,0642	"
Permanganato sódico	una pizca.	
Cloruro amónico	0,0219	grs.
Anhídrido carbónico	1,4621	"
Ácido cianhídrico	0,0076	"
Carbonato cálcico	poco.	
Otras sales	otro poco.	

Al terminar la lectura, Pimentel preguntó muy extrañado:

—¿Qué es esto? ¿Un análisis de orina?

—No, hombre. Lee el párrafo final.

Y Enrique volvió a leer:

—«Peso de los componentes, en un litro, del agua cuya muestra se envió a analizar al Laboratorio Municipal».

—¿Lo comprendes ahora? —dijo Alejandro, muy contento—. Es el análisis del manantial que surgió en la finca al hacer la prospección petrolífera. Ese chorro de agua turbia contiene todas estas porquerías.

—¿Y qué? —insistió Pimentel, con la misma extrañeza que al principio.

—Pero ¿no te das cuenta de lo que eso significa? El agua que brotó del agujero no es natural, sino mineral y medicinal. Lo sospeché desde el primer momento y la mandé analizar. Todas estas palabras esdrújulas indican que es buena para la salud. Y para nuestro bolsillo también. Porque, gracias a ella, podremos hacer un negocio magnífico. No tan bueno como con el petróleo, claro, pero suficiente para ganar mucho dinero.

—¿Cómo? —quiso saber Enrique, escéptico.

—Embotellando el agua, y vendiéndola para que la gente se la beba.

—¿Estás loco? ¿Crees que alguien tendrá el mal gusto de beber semejante marranada?

—Naturalmente —afirmó Alejandro, convencido—. Todas las aguas minero-medicinales saben mal. ¿Qué razón hay para que no vendamos nosotros la nuestra, aunque sepa un poco peor? Esto mismo no es un defecto, sino una garantía de que es

verdaderamente curativa. Toda medicina que presuma de eficaz tiene la obligación de saber, como mínimo, a cuerno quemado. Cuando una persona se ve obligada a renunciar al alcohol, única bebida potable de este mundo, ¿qué le importa el sabor del brebaje que ingiere después?

»Las aguas medicinales, más que calmar la sed al sediento, cumplen la obra misericordiosa de consolar al triste. Y a los abstemios forzosos se les consuela mucho mejor con sabores abominables que les hagan pensar: “Lo paso mal, pero me estoy curando”.

»Sólo un loco, como comprenderás, compraría una botella de “Carabaña” o “Mondariz” para pasarlo bien.

—Aunque así fuera —discutió Enrique—, ¿cómo crees que podríamos acreditar unas aguas nuevas, habiendo tantas viejas que compiten en el mercado?

—Porque nuestras aguas serán las mejores —repuso Alejandro—: las que tendrán más elementos en su composición, y las que curarán más cosas. Ya tengo pensada la etiqueta para las botellas. Escucha: En la parte superior, con letras gordas, se leerá: AGUAS DE MONTALBÁN. Es justo que el agua se llame como yo, puesto que ha salido de mi finca y es mía.

—¿Y yo qué? —protestó Pimentel.

—Tú, al fin y al cabo, sólo tendrás que poner el casco.

—Está bien. Continúa.

—Debajo de estas letras pondremos el dibujo de un viejecito achacoso, baldado por todas las enfermedades que le quepan en el cuerpo. Este cadáver viviente, que a duras penas logrará mantenerse en pie apuntalado por dos bastones, llevará debajo el clásico texto: «Antes de tomar las aguas de Montalbán». A la derecha se verá otro dibujo del mismo viejecito, pero sólo se sabrá que es él por la forma de su nariz; porque su aspecto habrá variado radicalmente: estará erguido, musculoso, con el tórax abombado y el pelo lleno de rizos. Sus mejillas, antes flácidas, aparecerán tersas como las nalgas de un niño. Hasta su ropa estará mejor planchada, y él lucirá un clavel reventón en el ojal de la solapa. Y al pie de este segundo dibujo, en el mismo tipo de letra que el anterior...

—¡No me lo digas! —le interrumpió Enrique—. Al pie de ese segundo dibujo se leerá: «Después de tomar las aguas de Montalbán».

—¡Qué listo eres! —se burló Alejandro—. ¿Cómo lo has adivinado?

—Porque es un truco viejísimo y nada original.

—Precisamente por eso lo he elegido. Las aguas medicinales son un negocio tan antiguo, que es necesario respetar todas sus tradiciones. Cualquier innovación sería contraproducente. No olvides que en esta rama del comercio los consumidores no son jovenzuelos dinámicos, sino viejos decrepitos. Porque la juventud, como es lógico, no cree en el poder curativo de esas panaceas acuáticas. El único anhídrido carbónico que bebe con entusiasmo es el del sifón que añade al *whisky*. Tenemos que orientar nuestra propaganda, por lo tanto, hacia la gente que ya cumplió hace tiempo el medio

siglo. Y el gusto de esa gente en materia publicitaria se estancó en la señora tetuda de las «Píldoras Orientales» y en el señor remendado de los «Parches porosos».

—Quizá tengas razón. Sigue.

—Debajo de esos dibujos, además del análisis que ya has visto, aparecerá un recuadro titulado «Indicaciones» en el que meteremos todas las enfermedades que se nos ocurran. Como hacen los embotelladores de agüitas raras que se venden por ahí. Porque esas «indicaciones» no significan que las aguas curen la lista de enfermedades que aparece a continuación, sino simplemente que no las empeoran. Esto nos permitirá poner, sin ningún compromiso: «Indicadas para los cólicos hepáticos, nefríticos y misereres. Cálculos renales, vesiculares y algebraicos. Reumatismo, artritis y atletismo».

—¿No te parece que eso del atletismo es un poco excesivo?

—Al contrario. Es completamente lógico: los atletas siempre tienen sed después de hacer ejercicio, y nunca les viene mal beber un vasito de agua.

—Pero dicen que es malo beber sudando.

—¿Qué nos importa? Nosotros hacemos una indicación, no damos una orden. Añadiremos también que nuestras aguas son buenísimas para la diátesis úrica, la albuminuria sanguínea y la mindrosis crustácea.

—¿Qué es la mindrosis crustácea? —repitió Enrique, perplejo—. Nunca oí esa enfermedad.

—Ni yo tampoco, porque se me acaba de ocurrir —confesó Alejandro—. Pero pienso inventar muchas más para reforzar la lista: la albondiguitis cárnica, la tomatitis agrícola... Porque las únicas dolencias que las aguas minerales curan de verdad, son las que no existen.

—Todo eso está muy bien —se convenció al fin Pimentel—; pero ¿de dónde sacaremos el capital para emprender ese nuevo negocio? Porque yo perdí ya el coche. Y no pretenderás que empeñe ahora las piernas.

Alejandro también había pensado en eso. El mismo chatarrero al que compraron la torre de perforación, se quedó con ella devolviéndoles la mitad de lo que le habían pagado anteriormente.

—Antes era de segunda mano —se justificó—, y ahora es de cuarta.

En «Los Ciruelos» se inició entonces una nueva actividad. Al desaparecer la torre metálica, quedó en su lugar un trozo de tubería hincado en el suelo por cuyo orificio manaban las aguas salutíferas. El chorro no era ya tan potente como en las horas que siguieron a su alumbramiento, pero tenía caudal de sobra para llenar una botella por segundo. Troncho y Moncho, que habían permanecido fieles a los supervivientes de la naufragada sociedad de hidrocarburos, construyeron con algunos ladrillos un tosco depósito en el que se remansaba el líquido medicinal. El sobrante de aquel pequeño embalse salía por un aliviadero y encharcaba un buen trozo de la finca antes de desaparecer en un barranco.

Pimentel observó, con cierta alarma, que en el terreno regado por estas aguas

desaparecía todo vestigio de vida.

—¿Animal o vegetal? —desea concretar un lector, amigo íntimo de la exactitud.

—Ambas —le repito yo sin vacilar.

La tierra, por si esto fuera poco, se llenaba de grietas y llagas alarmantes. Pero Alejandro tranquilizó a Enrique con este razonamiento:

—No te inquietes: también el D.D.T. mata a los insectos, y las personas lo resisten perfectamente. El hecho de que nuestras aguas esterilicen el suelo destruyendo sus microorganismos y sus organismos menos micros, no significa que vayan a destruir el país envenenando a sus habitantes. Por debilucho que sea un señor de la meseta, siempre aguanta más que un escarabajo de la patata.

El médico de Muladar, a cambio de un sobre azul con cuatro billetes verdes, se atrevió a firmar el certificado de garantía sanitaria para que figurase en la etiqueta de las botellas. Pero nadie pudo convencerle de que probara las aguas antes de emitir su dictamen.

—Por cuatro mil pesetas —declaró—, yo firmo lo que ustedes quieran. Pero ni por todo el oro del mundo probaría esa marranada.

Porque el doctor Carmona se cuidaba mucho y seguía un régimen muy severo que él mismo se había recetado: un litro de vino en cada comida y no menos de tres copas de coñac en cada sobremesa. Y así estaba él de alegre, siempre dispuesto a gastar chirigotas al moribundo menos optimista.

—¡Vaya tumbita coquetona que le tenemos preparada! —decía sonriente a un hemipléjico en trance de cascar.

Cubiertos todos los trámites reglamentarios e impresas las etiquetas correspondientes, Alejandro rogó al padre Benito que bendijera el manantial antes de empezar a embotellarlo.

—¿Crees que con la bendición mejorará el sabor del agua? —comentó Enrique, escéptico—. A mí me parece que no.

A la pequeña ceremonia, que se celebró un domingo después de que don Benito despachara su misa de diez, fueron también invitados el alcalde, el médico y el inevitable guardia municipal.

El día amaneció gris, sucio y ventoso. Toda la bóveda celeste estaba cubierta por una enorme nube, tan baja que se hacía cosquillas en el vientre con la veleta de la iglesia.

Don Benito llegó a «Los Ciruelos» revestido con capa pluvial. Afortunadamente, porque poco después del mediodía comenzó a llover. Y aunque la capa pluvial se puso perdida, el párroco no se mojó.

Don Crispulo hizo su entrada en la finca bajo el palio de un paraguas que sostenía el guardia. Y el médico, aunque iba a cuerpo, no se resfrió con la mojadura porque iba abrigado por dentro con varios tragos de aguardiente.

Olía a tierra mojada, como es natural. Y aunque este fenómeno se produce siempre que llueve en el campo, un escritor jamás resiste a la tentación de hacerlo

constar en sus páginas. Es el fenómeno olfativo que tiene mejor prensa, y no hay ningún literato en el mundo que no lo haya mencionado alguna vez.

El pequeño grupo, al amainar el chaparrón, se congregó junto al manantial para que el párroco procediera a bendecirlo. Las aguas medicinales, en contraste con las de la lluvia, parecían más turbias y amarillentas que nunca.

El curita avanzó unos pasos hasta situarse junto al chorro, sacó de su faltriquera un hisopo con forma de sonajero y se puso muy serio. Después de permanecer un rato pensativo, se volvió a la concurrencia preguntando muy apurado:

—¿Y qué digo ahora?

—Usted sabrá —refunfuñó don Crispulo, molesto porque la lluvia, al gotear por las varillas del paraguas, se le había metido por el cogote.

—Yo sé muchas fórmulas para bendecir —se disculpó don Benito—, pero ninguna es aplicable a este caso. He bendecido una fábrica de chocolates, dos molinos maquileros, un orfanato, un taller de galvanoplastia, cuatro yuntas, dos rebaños y un consejo de administración. Para todas estas ocasiones, encontré latinajos adecuados. Pero este chorrito de agua, la verdad, no me sugiere nada.

—Sacúdale un par de hisopazos sin ningún protocolo —sugirió Pimentel, que estaba chapoteando en un charco—, y vámonos a casa antes de que pesquemos una pulmonía.

Siguiendo este consejo, el párroco despachó la bendición en un murmullo que contenía cuatro palabras en latín. Después, todos corrieron a refugiarse en la casa. Y allí, servido por Troncho y Moncho, se celebró un banquete en el que fueron descorchadas las primeras botellas de las novísimas «Aguas de Montalbán». Los corchos, al abandonar el gollete, producían pequeñas explosiones semejantes a las del *champagne*, lo cual daba cierta alegría al ambiente del almuerzo. Pero estos taponazos no bastaron para alegrar a don Crispulo, que no había conseguido rehacerse desde que la perforación produjo agua en vez de petróleo.

—¡Qué lástima! —suspiró abatido, contemplando su vaso, en el que crepitaban las burbujitas del agua medicinal—. Este líquido repulsivo destruye para siempre la posibilidad de que Muladar se convierta algún día en un pueblo importante.

—¿Por qué? —protestó Alejandro, molesto por lo de «líquido repulsivo».

—Eliminado el sueño del hidrocarburo —continuó el alcalde—, me quedaba la esperanza de encontrar en nuestro subsuelo alguna mina. No de oro ni de diamantes, sino más modesta: cinabrio, pirita, o incluso carbón. Una minina cualquiera habría bastado para crear riqueza en la comarca. Pero esta burbujeante porquería nos traerá, a lo sumo, unos cuantos viejos decrépitos que quizá vengan soñando con curarse en el abrevadero del manantial.

—Algo es algo —dijo Enrique.

—No lo crea. Muladar se llenará de enfermos cascarrabias, con úlceras estomacales y piedras en el riñón. Se verán por las calles ancianas biliosas, señoritas anémicas, hombres amarillentos con el hígado hecho trizas... Todo el desecho de la

población nacional, la gente que ya no sirve para nada, acudirá a darnos el espectáculo de sus cólicos y de sus arrechuchos.

—Pero toda esa gente hará prosperar al pueblo —argumentó Alejandro—. Los agüistas gastarán dinero en hoteles, en fondas, en cataplasmas... Harán compras en las tiendas, en las farmacias... Comerán en los restaurantes, beberán en los bares...

—Ni hablar —negó don Crispulo con tristeza—. Los agüistas son los seres más tacaños del mundo. Amargados por sus dolencias, prescinden de todos los gastos que hacen grata la vida. Sólo comen verduritas cocidas y sólo beben aguas medicinales. Sus alifafes les vedan las salsas, los vinos y los solomillos. Viven miserablemente, mirándose la lengua a cada momento en los espejos de sus habitaciones, con la esperanza de que ese pingajo de carne, húmedo y blancuzco, se vuelva algún día brillante y sonrosado. Pero no. El único lujo que se permiten es el paseo cotidiano hasta el manantial. Son huraños, ariscos e intratables, porque sus achaques les hacen estar siempre doloridos y de mal humor.

»A los agüistas sólo les interesa su propia enfermedad. Están siempre pendientes del diámetro de su úlcera y del tamaño de su piedra. Son de un egoísmo inconcebible e insoportable. Jamás hacen un extraordinario en sus regímenes alimenticios. Y cuando piden por casualidad media botellita de clarete, hacen en la etiqueta una muesca con la uña para que no les roben ni un sorbo del líquido. Odian a toda la gente sana y no se tratan con ella. Su lema es: “Si no está usted enfermo, ya puede irse al infierno”.

»No hay pueblos tan abominables como los ocupados por los agüistas, se lo aseguro. Hasta los nativos se contagian de las enfermedades que ellos traen, y acaban con más piedras dentro que un saco de canicas. Gracias a las “Aguas de Montalbán”, mi querido Muladar se convertirá en uno de esos sitios odiosos.

—Pues yo me alegro —confesó el párroco—. Prefiero ver nuestras calles llenas de hiperclorhídricos que de peripatéticas.

Y alzando su vaso de agua medicinal, don Benito propuso un brindis por el éxito de la empresa.

Todos, con una sola excepción, brindaron de mejor o peor gana. La excepción fue el doctor Carmona, que, a pesar de haber garantizado la potabilidad de aquellas aguas, había jurado no probarlas jamás.

Aquella misma tarde, bien taponadas y elegantemente vestidas de etiqueta, salieron al mercado las primeras botellas.

PEDAZO XVIII

EN EL QUE ALEJANDRO, GRACIAS A LAS AGUAS, CONSIGUE SALIR A FLOTE. Y REANUDA SU BRILLANTE VIDA SOCIAL, INTERRUMPIDA A RAÍZ DE SU FRACASO PETROLÍFERO

Un día, el sol brilló en el cielo como una moneda de oro en el terciopelo de un estuche. Y algunos pájaros, que se conservaron congelados en la nevera del invierno, empezaron a cantar.

Había llegado la primavera.

En los parques, aprovechando las distracciones de los guardas encargados de guardar el pudor público, se oía el leve chasquido de los primeros besos. Los ancianos buscaban los bancos más soleados, y las parejas de novios los más sombríos. El polen de las flores, excitadísimo, volaba en todas direcciones buscando corolas dispuestas a dejarse fecundar. Y en las montañas, para rematar esta estampa, la nieve se licuaba dejando de ser un poético sudario para transformarse en un prosaico kilovatio.

Al joven Montalbán le sorprendió la primavera afeitándose en su piso de Madrid. Su vida había cambiado mucho en los últimos meses gracias al negocio acuático. Las aguas que brotaron en «Los Ciruelos» se iban abriendo paso con gran rapidez en el mercado. Su éxito se debió en buena parte a su precio, pues cada botella costaba el doble de cualquiera de la competencia. Y como los enfermos son, no sólo crédulos, sino también sugestionables, pensaron que si costaba el doble curaría en la mitad de tiempo. Esta suposición errónea favoreció el desarrollo de la sociedad constituida por Enrique y Alejandro, hasta el punto que ya el primer mes ambos socios cobraron beneficios.

Transcurrido el primer trimestre, Pimentel pudo recuperar su coche y Montalbán empezó a amueblar su piso. Ya tenía un tresillo, varias alfombras y algunos cuadros. Y la cuerda que puso en el montante con intención de colgarse él, volvió a ocupar su puesto en el tendedero de la cocina para seguir colgando ropa. La encargada de colgarla era Mary, una criada que Alejandro había tomado aprovechando su racha de prosperidad.

La historia de la incorporación de Mary al servicio del protagonista es curiosa y merece ser contada en párrafo aparte.

Cuando Montalbán se encontró con dinero suficiente para permitirse el lujo de tener servidumbre, pidió a una agencia de colocaciones que le enviara un ama de llaves. Es un modo fino de decir «chacha para todo». Al día siguiente de formular la petición, se presentó en casa de Alejandro una muchacha alta, rubia y no mal parecida. Tenía aspecto de mecanógrafa o de empleada en unos grandes almacenes.

—¿A qué debo el placer de su visita? —dijo Alejandro galantemente.

—Me manda la agencia de colocaciones.

—¿Usted? Sin duda ha habido un error. Yo no solicité una secretaria, sino un ama

de llaves.

—Pues ése es el puesto que deseo —confirmó la mujer—. Me llamo Mary Smith y ya he servido en varias casas. Pero no aquí, sino en los Estados Unidos. Porque soy norteamericana. Nací en un pueblo de Nevada, de padres granjeros. Pero nunca me gustó la vida campestre y me fui a servir a Nueva York. Allí trabajé casi tres años, hasta que al fin he logrado realizar el sueño de mi vida.

—¿Qué sueño? —se interesó Alejandro.

—Venir a España, para servir a los españoles.

El joven Montalbán, al oír aquello, no pudo ocultar su gesto de sorpresa.

—Es curioso —dijo después—. Aquí, en cambio, toda la servidumbre está deseando marcharse para servir a los norteamericanos.

—Pues no me lo explico —confesó Mary—. Yo he servido en las mejores casas de Nueva York, y le aseguro que no hay quien lo resista. Las criadas pierden su condición de seres humanos, para convertirse en máquinas. Cada señora tiene unas tablas de rendimiento, en las que figura el tiempo máximo que debe emplearse en realizar cualquier tarea doméstica. Por ejemplo:

Coser un botón... 2 minutos.

Freír un huevo... 3 minutos.

Quitar el polvo (cada m²) 15 segundos.

Fregar el piso (cada m²) 23 segundos.

»Cada retraso está penado con una multa, fijada también en un cuadro de sanciones. De manera que, a poco que una se descuide en su trabajo, tiene que pagar a fin de mes un montón de dólares a la señora.

»Por eso, todas las chicas que servimos en los Estados Unidos soñamos con venir a España. Porque aquí la servidumbre es completamente feliz. Tiene todas las necesidades cubiertas y trabaja a un ritmo que no mataría de cansancio ni a la persona más gandula. Es imposible encontrar en ningún país del mundo un oficio tan bueno como éste: un cuarto cómodo con calefacción, un desayuno y dos comidas abundantes, un par de salidas semanales y un sueldo decoroso. Nada de sándwiches comidos a toda prisa en una cafetería, sino substanciosas tortillas de patatas y gruesos filetes. Nada de tacitas de *consommé* en los bares automáticos, sino espesos potajes de garbanzos y lentejas. A todas estas ventajas hay que añadir la de estar a las órdenes de unos señores amables y humanos, que se desviven para que una esté contenta y no abandone la casa. ¿En qué otra profesión se tienen estas deferencias con un subalterno? ¿En qué fábrica u oficina la esposa del director regala su ropa usada a las obreras y se interesa cariñosamente por sus problemas sentimentales? Porque la señora española pregunta con frecuencia a su criada:

»—¿Cree usted que su Pascasio va con buenas intenciones?

»Nada de esto ocurre en mi tierra. Allí, cuando una criada se pone enferma, tiene que refugiarse en un hospital. Aquí, en cambio, se queda en la cama de su cuarto bien

arropadita, atendida por los señores y asistida por el médico de la familia: caldos de ave, cataplasmas, linimentos... Todo gratis y de la mejor calidad. Y no se escatima ni un día de la convalecencia.

»—Quédese hasta mañana en la cama —recomienda la señora—, porque aún está usted bastante debilucha.

»Y la criada, poco a poco, se va convirtiendo en una miembro de la familia. Hasta el punto que, al hacer testamento, sus señores nunca la olvidan.

»Créame usted, señorito —concluyó Mary Smith—: no hay ningún oficio tan agradable ni ventajoso como entrar a servir en una casa española.

Así fue como Alejandro tomó a su servicio una chica norteamericana. Y tuvo mucha suerte porque Mary, a pesar de haber servido en Nueva York, estaba muy poco maleada. Era buena, trabajadora y servicial. Y tenía la ventaja de que en la cocina no cantaba «Es mi hombre» ni «Mustafá», sino «Blue Moon» y «Night and day». Lo cual siempre resulta menos monótono y más soportable.

Con una casa organizada y sus ingresos garantizados, Alejandro se encontró en condiciones de hacer la vida que le correspondía por su rango social. Poco a poco fue recobrando sus antiguas amistades, que le iban perdiendo el miedo al observar que ya podían acercarse a él sin que les pidiera dinero. Y como los españoles somos unos tipos tan olvidadizos como generosos, nadie le guardaba rencor por la tomadura de pelo en que quedó el hallazgo de petróleo. El mercado de bulos está tan bien abastecido en España, que los bulos frescos hacen olvidar pronto los ya podridos. Un día se rumorea que el gobierno cambia; otro que un político se va y que un príncipe vuelve. Pero luego ni el gobierno cambia ni el político se marcha ni el príncipe vuelve. En vista de lo cual, los bulistas tienen que nutrir la fantasía popular con nuevos embustes. No responde a la verdad ese refrán que dice: «Cuando el río suena, agua lleva».

Porque los ríos, en España, nunca paran de sonar. Y casi siempre están secos o traen poquísima agua.

Acoplado de nuevo en los engranajes de la maquinaria social, Montalbán comenzó a recibir un promedio de dos invitaciones diarias. Aquel día, por ejemplo, tuvo que ir primero a un cóctel que daban para inaugurar una exposición de pintura, y después a una cena que ofrecía la célebre Matusita Braganza.

En la sala de la exposición había tantísima gente, que era imposible acercarse a las paredes para contemplar los cuadros expuestos.

—¡Genial! —exclamaba uno de los asistentes, rasgando el denso murmullo de las conversaciones.

—¡Formidable! —añadía un afrancesado con voz de pito.

Pero no se referían a los cuadros, sino a unos canapés de anchoas con ensaladilla rusa que servía un camarero. Pirulín, que por ser gafudo y paticorto se veía obligado a frecuentar los círculos intelectuales, presentó a Alejandro el autor de las pinturas. Este artista se firmaba Goyo, y tenía unos largos pelos en el mentón, demasiado

espaciados entre sí para llegar a constituir una barba compacta. No obstante, fuera de ese aditamento capilar que podía corregirse con un simple tijeretazo, el pintor vestía correctamente y hasta llevaba corbata.

—Su nombre me suena —le dijo Alejandro al estrecharle la mano.

—El que le sonará es un antecesor mío que no se llamaba Goyo, sino Goya.

Y el joven Montalbán se puso un poco colorado, porque el pintor tenía razón. A pesar de este «gafe», Goyo estuvo muy atento con él. Y en vista de que la multitud impedía ver sus lienzos, se los fue explicando para que Alejandro se hiciera una idea.

—Detrás de aquel señor gordo que tiene en la mano una copa de champán, está el retrato de una madre que tiene una niña en brazos. Y más a la derecha, tapado por esas señoras con sombreros tan grandes, hay un bodegón que representa una ristra de ajos jugando al corro alrededor de un tomate. Al fondo, a la espalda de ese grupito que toma croquetas sin parar, está mi obra maestra: una naturaleza que a primera vista parece muerta, pero que fijándose mejor se observa que sólo está dormida. Representa un salmonete con los ojos cerrados, tomando el sol sentadito en un banco de sardinas.

Gracias a estas explicaciones, Alejandro salió de la sala llevándose una impresión bastante aproximada de lo que era la pintura de Goyo.

Cuando llegó a casa de Matusita Braganza, todos los invitados estaban esperándole para cenar. Y nada más verle, Matusita corrió hacia el comedor al grito de:

—¡Que se enfría la sopa!

Matusita era una solterona de buena familia, con dientes de conejo y ojos de perdiz. Daba un poco de vergüenza aplicarle aquel diminutivo, porque la mujer tenía edad suficiente para ser llamada Matusa e incluso Matusalén. Pero ella se había plantado en Matusita, porque la soltería da derecho a estos pequeños privilegios. La circunstancia de ser señorita, y no señora ni doña, prolonga indefinidamente el uso de nombres juveniles.

La Braganza, aunque no era guapa, no tenía ni un pelo de tonta. Demasiado fea por un lado y demasiado pobre por otro para hacer una buena boda, prefirió vivir sola sacándole todo el jugo posible a su soltería. Estas mujeres talluditas e independientes son utilísimas en sociedad. Lo mismo que el comodín de la baraja, se las coloca en el sitio que más convenga del juego social y allí cumplen el cometido que se les asigne. Gracias a ellas puede completarse una mesa de *bridge*, de «canasta», e incluso de «julepe». Sirven también para sentarse a la derecha de un diplomático viudo en una comida, o para bailar con ese señor extranjero al que es necesario atender porque se portó muy bien con nosotros cuando estuvimos en su país.

Toda persona de mundo tiene en su lista de amistades una de estas solteronas distinguidas, para echar mano de ellas en casos de emergencia. Es imprescindible, por ejemplo, cuando dos matrimonios van al teatro y han tomado un palco de cinco entradas. ¿Quién mejor que ella para ocupar esa quinta plaza, que sería una lástima

desperdiciar? También en los cócteles caseros son de gran utilidad, porque aparte de dar conversación a los invitados más pelmazos, siempre están dispuestas a venir una hora antes para ayudar a hacer los canapés.

Para corresponder a estas invitaciones incesantes, la solterona distinguida organiza un par de cenas mensuales. No se come bien en su casa, desde luego, porque todo el mundo sabe que no es rica y que vive de una pequeña renta que no da para caviar. Pero a base de pescadillas disfrazadas con *bechamel*, y de vino valdepeñado enfrascado en bonito botellón, no se pasa hambre ni sed, que es lo fundamental.

Aquella noche, Matusita había reunido en su casa un grupo interesante: dos jovencitos griegos, que parecían hermanos porque iban muy cogiditos del brazo, pero que luego resultó que eran maricas y gracias. Un ruso blanco y flaco, que según él era director de orquesta, pero que no podía dirigir porque se dejó la batuta detrás del telón de acero. Una pareja de condes gallegos, que hablaban muy bien el alemán no sé por qué. Y una baronesa húngara que había estado casada con un rajá, hasta que el rajá se rajó la yugular al afeitarse. También había, en un extremo de la mesa, y medio oculta por un florero, una muchacha insignificante que nadie sabía quién era.

A Alejandro, en el reparto de puestos alrededor de las pescadillas, le correspondió sentarse entre esta última muchacha y la baronesa húngara. Y mientras duraron las pescadillas, que duraron bastante porque tenían muchas espinas, el joven se dedicó a conocer a sus vecinas. La baronesa parecía muy simpática y dicharachera; pero como todos sus dicharachos los decía en húngaro, porque no hablaba ni media palabra de español, no había forma de reírle las gracias. La muchacha insignificante, en cambio, era más tímida; pero se entendía todo lo que hablaba, porque había nacido en Valladolid.

—Me llamo Albertina Suárez —dijo muy azarada, respondiendo a una pregunta de Alejandro.

—¿Tienes algo que ver con los Suárez del Romeral? —trató de adivinar el señorito—. ¿O quizá con los Suárez de la Hiestrosa?

—No —dijo la muchacha, poniéndose muy colorada—. Yo soy Suárez a secas.

—¿Y hace mucho que conoces a Matusita? —insistió Alejandro, esforzándose en entablar una conversación que le durase hasta después del postre.

—Pues no. Acabo de conocerla ahora.

—¿Viniste con alguno de los invitados?

—Tampoco; vine sola.

—Entonces, la verdad, no comprendo por qué te ha invitado.

Y entonces Albertina, a punto de prorrumpir en sollozos, explicó:

—En realidad, no me invitó. Yo trabajo en el taller del modista «Maripepe». Y hoy, al salir, el patrón me encargó que pasara por aquí a recoger un vestido de la señorita Braganza. Por lo visto a ella no le sienta bien y «Maripepe» tiene que arreglárselo. Pero llegué al mismo tiempo que los invitados, y la señorita me

confundió con uno de ellos. Después de saludar al ruso flaco y a los condes gallegos, vino hacia mí muy efusiva y me estampó un beso en cada mejilla.

»—¿Cómo estás, monina? —dijo sin darme tiempo a abrir la boca—. ¡Te encuentro más joven que nunca! Sí hay alguien que no conoces, preséntate tú misma mientras yo preparo unos “martinis”.

»Antes de que yo pudiera reaccionar, todos los reunidos estaban estrechándome la mano y diciéndome sus nombres. Y aquí estoy. ¿Qué podía hacer? No iba a salir corriendo...

—No te apures —la tranquilizó Alejandro, divertido—. Matusita conoce a tantísima gente, que no puede acordarse de todos sus nombres y de todas sus caras. A muchos de sus invitados los vio una sola vez en la mesa de una comida, en el palco de un teatro o en las aperturas de un cóctel. En la vida social contemporánea las amistades son tan superficiales, que a veces sólo se retiene de ellas en la memoria el color de un mechón de pelo, la forma de la nariz o el número del teléfono. Nadie pretende en la actualidad hacer amigos, tarea que exige tiempo y esfuerzo intelectual, sino poner en órbita el mayor número posible de caras conocidas. Así se logra estar siempre metido en las casas ajenas, sin preocuparse para nada de la casa propia.

»De manera, Albertina, que puedes comer tranquilamente y participar en la insulsa conversación general, hecha de todos los tópicos habituales en esta clase de reuniones. Y mañana, cuando vengas a recoger otra vez el traje de la señorita, ella pensará:

»—Esta chica se parece vagamente a alguien que yo conozco. Pero no recuerdo a quién con exactitud. Puede que sea a alguna holandesa que conocí en la embajada del Perú, o a alguna peruana que me presentaron en la embajada de Holanda.

PEDAZO XIX

EN EL QUE LOS EFLUVIOS PRIMAVERALES EMBRIAGAN AL PROTAGONISTA, HACIÉNDOLE ENAMORARSE Y SER CORRESPONDIDO POR UNA MUJER TAN BELLA COMO ESTÚPIDA. YA ERA HORA, ¿VERDAD?

Entre guateques y comidejas, fueron cayendo algunas hojas más de la alcachofa del calendario. Y asomó al fin el cogollo de la primavera.

El sol de mayo, fortificado por un anticiclón y otras circunstancias meteorológicas favorables, caía sobre Madrid con rigor canicular. Este ascenso repentino de las columnas termométricas aceleraba la circulación de la sangre en las venas y la madurez de los frutos en el campo. Apetecía salir a almorzar fuera de la ciudad, en esos establecimientos situados al borde de las carreteras, donde se respira el aire viciado por los escapes de todos los vehículos y se disfruta del zumbido de todos los insectos.

La gente distinguida se libraba en parte de estas molestias acudiendo a los clubs, en cuyas hectáreas acotadas el tráfico es menos intenso y los insectos menos numerosos. El Círculo Campestre se llenó de señores gruesos con pantalones cortos y de señoras delgadas con pantalones largos. Unos y otras, después de trotar un rato por las pistas de tenis y por los *greens* del golf, comían en la terraza del chalet comentando sus hazañas deportivas.

—Pues yo —decía un viejorro gordinflón con el cogote sudoroso—, he jugado un set completo sin que me diera ni un solo ataque de apoplejía.

—A mí, en cambio —se quejaba un enclenque muy metido en pellejos—, que salí a hacer dieciocho agujeros, al llegar al segundo el lumbago me baldó.

Aquel día, Alejandro y Enrique almorzaron allí para celebrar el éxito creciente de su negocio. Las «Aguas de Montalbán» continuaban abriéndose camino entre la pachuchez nacional. Nadie se curaba al tomarlas, desde luego; pero tampoco se moría, que es lo principal. Y los dividendos que se repartían ambos socios, eran considerables.

Después del almuerzo, salieron del chalet y montaron en el coche de Enrique para regresar a Madrid. No habían abandonado aún los terrenos del Círculo cuando Alejandro ordenó a Pimentel:

—¡Pronto! ¡Sigue a ese caballo!

—¿A qué caballo? —preguntó Enrique, desconcertado.

—¡A ése! —dijo Montalbán, señalando por la ventanilla de la derecha.

La carretera interior que recorría los terrenos del Círculo estaba bordeada por una ancha faja de césped. Y por la tierna cuneta, en efecto, galopaba un caballo. El súbito interés de Alejandro por seguir a aquel cuadrúpedo, no era por el cuadrúpedo en sí, como la perspicacia del lector habrá adivinado. Todos, a poco cultos que seamos,

hemos visto suficientes caballos en nuestra vida para no sentirnos interesados ante la presencia de uno más. Despertaría nuestra curiosidad, sin duda, presenciar el galope de un rinoceronte, de una jirafa, o de cualquier otro animal poco frecuente en nuestras latitudes. Pero de un caballo, insisto, no.

—¿Pues qué tenía aquel caballo para que Alejandro pretendiera darle alcance? —preguntará el lector, con impaciencia muy comprensible.

Y yo me apresuro a explicarle:

Aquel caballo tenía encima una gentilísima amazona. Tan gentil, que todas las miradas eran para ella y ninguna para el animal, que era noble, sí, pero bruto. La amazona era noble también, pero de otra manera. Su padre había sido marqués desde que nació, y lo seguiría siendo hasta que muriese. El marquesado lo heredó de su abuelo, que lo obtuvo como premio por haber inventado el bicarbonato.

El primer marqués, como todos los grandes descubridores, hizo este grandioso descubrimiento por casualidad. Una tarde lluviosa, para matar el aburrimiento, estaba en un saloncito de su residencia jugueteando con dos carbonatos. A nadie debe extrañarle este juego, porque el hombre era químico por afición y poseía un pequeño laboratorio para distraerse haciendo experimentos. Otros tienen una baraja y hacen solitarios. O un perro y le dan puntapiés. Cada cual se divierte como puede.

Aquella tarde, el marqués tenía un carbonato en cada mano; y los lanzaba al aire alternativamente, para recogerlos después. En uno de estos lanzamientos, el jugador calculó mal y ambos carbonatos se le escaparon de las manos.

—¡Maldición! —exclamó el marqués, que es lo que se exclamaba antiguamente al sufrir un percance.

Y al agacharse a recoger del suelo los carbonatos, observó que los dos se habían mezclado fortuitamente en la caída, formando el bicarbonato.

—¡Eureka! —exclamó entonces, que es lo que se exclamaba antiguamente al descubrir cualquier cosa.

La descendiente de aquel marqués, tan fortuito como su invento, era la que ocupaba el lomo de aquel caballo lanzado al galope. Enrique aceleró hasta situar el coche junto al cuadrúpedo, y lo mantuvo a la misma velocidad que el animal para que Alejandro pudiese admirar a su amazona.

Y la admiró sinceramente, porque Eugenia Ramírez de Tocateja era una preciosidad. Su castaña melena, que la rapidez de la carrera ponía horizontal detrás de su nuca, era larga y rizosa. Y el sol, como suele hacer con todas las melenas de este color, arrancaba de sus cabellos reflejos rojizos. La joven tenía una naricilla que, sin ser griega en absoluto, poseía virtudes nada desdeñables. Porque a mí, dicho sea sin ánimo de ofender a Grecia, las narices de aquel país me dejan frío.

La nariz, en contra de lo que creían los estetas de la antigüedad, no debe ser una monótona prolongación de la frente, sino una protuberancia autónoma, con personalidad y gracia propias. Como la de Eugenia, por ejemplo, que arrancaba entre los arcos de sus cejas con una línea muy seria, y al llegar a la mitad describía una

brusca curva ascendente. Lo mismo que esas pistas donde saltan los esquiadores. Alrededor de esta deliciosa protuberancia central, la Naturaleza había distribuido armoniosamente un par de ojazos dorados, una boca grande y carnosa, y un mentón redondito sin pizca de papada.

Medio kilómetro después, cuando los caminos del caballo y del coche se separaron en una curva de la carretera, Alejandro decidió que la mujer le gustaba.

—¿La conoces? —preguntó a Pimentel.

—Naturalmente —respondió el sordo, que presumía de conocer a todo el mundo—. Es una Ramírez de Tocateja.

—¿Cómo una? ¿Es que hay más?

—No. Pero para definir a una persona de la buena sociedad, siempre se dice así: es una Bernáldez Muro, es un Pérez de la Tontaina... Si te interesa esa chica, te la presentaré.

Y unos días después, aprovechando una reunión con *cup* y tocadiscos en casa de Polete Mojón, Enrique se la presentó.

Eugenia, como ocurre siempre, era más bajita a pie que a caballo. Pero todo lo que perdía de estatura, lo ganaba su silueta en elegancia. Porque el cuerpo humano alcanza su máxima belleza cuando está de pie. Al sentarse, aunque sea encima de un caballo, se quiebra la armonía de sus líneas, diseñadas para ser verticales.

—¡Hola, chico! —fue lo único que dijo Eugenia al ser presentada, estrechando la mano de Alejandro en un apretón seco y deportivo.

Y al joven Montalbán le bastaron aquellas palabras para juzgar que Eugenia era muy inteligente. Porque una de las deformaciones que hace sufrir el amor, es la de alzar al más elevado rango poético cualquier cretinez.

Después de aquel «¡hola, chico!», que a su admirador le sonó a la más celestial de todas las músicas, la Ramírez de Tocateja añadió:

—¿Me sacas a sentar?

Y al ver que él la miraba con cara de no haber comprendido, ella aclaró:

—Quiero decir que me saques de la pista, porque desde que llegué no he podido sentarme ni un minuto. Todos los chicos quieren que baile y no me dejan en paz. Que si un *bugui*, que si un *rock*... ¡Estoy hecha puré!

Salieron fuera de la órbita del tocadiscos, y se sentaron en una terraza con toldos y balancines de lona. Frente a ellos, el crepúsculo volcaba sobre el paisaje todos sus tonos de bermellón. Sólo a lo lejos, en las barriadas humildes, las chimeneas echaban humo de carbón de leña. (En los barrios pudientes se guisa con electricidad, o no se guisa de ninguna manera porque se come en los restaurantes).

—Te vi montar el otro día en el Círculo Campestre —balbució Alejandro.

—Monto con mucha frecuencia: un día sí y otro también. ¡Ji, ji! Como mi papi tiene cuadra... Es dueño de tres árabes y cuatro ingleses. Todos pura sangre y de concurso. *Burberry* es nuestro. ¿No has oído hablar de *Burberry*? ¡Qué despiste, tontolín! Pues ha ganado tres años seguidos el Derby de Alpedrete, montado por

Oswaldo Calvorota. ¿Tampoco has oído hablar de Oswaldo Calvorota?

—De Oswaldo Calvorota, sí —mintió Alejandro para no quedar mal.

—Es un *jockey* fenómeno, que papi le birló a Lord Cocoliche —continuó Eugenia, ajena por completo a los alardes de luminotecnia purpúrea que el atardecer hacía en el horizonte—. Yo monto todos los días, excepto los domingos. Porque los domingos los dedico a la caridad. Como mi mami tiene un ropero... Atendemos a sesenta pobres adultos y a cien niños. A alguna vieja también, pero las viejas no las cuento. ¡Y lo pasamos «chupi»! Nos reunimos una pandilla, y mi mami nos da un par de calcetines por pareja: un calcetín a la chica, y otro al chico. Montamos después en nuestros coches deportivos, por parejas también y corremos a los suburbios. La pareja que llega antes y logra poner primero los calcetines a un pobre, gana el premio. No creas que es fácil, porque hay pobres que se resisten a descalzarse como gatos panza arriba.

—¡Qué emocionante! —aplaudió Alejandro subyugado por las mentecateces de la bellísima muchacha.

—¡Ya lo creo! —confirmó Eugenia—. Como esta carrera se parece un poco al «*Rally de Montecarlo*», nosotros la llamamos el «*Rally de Pontecaletín*».

—¡Qué ingenioso! —rió Alejandro, con una risa que no guardaba proporción con la insignificancia del chiste.

—Cuando hace mal tiempo y suspendemos la carrera, mi mami y yo organizamos en algún hotel una merendola benéfica. Cada señora paga sesenta pesetas para hincharse de pastelillos. Y como la merendola sólo cuesta cincuenta y siete por barbilla (no se puede decir «por barba» tratándose de señoras), quedan tres pesetas para los pobres.

—¡Qué generosidad! —alabó Alejandro, con un entusiasmo muy superior a la magnitud del donativo.

Algunos huecos de la casa de enfrente se iban iluminando, componiendo en la fachada una cuadrícula blanca y negra irregular que recordaba un crucigrama. Dentro, en el salón, el tocadiscos lanzaba unos alaridos lastimeros.

—¿Han pisado el rabo al perro? —preguntó Alejandro, incorporándose alarmado en el balancín.

—No —explicó Eugenia—: han puesto un disco de Armstrong, que toca la trompeta.

—Entiendes mucho de arte —la piropeó él.

—¡Horrores! —se burló ella—. Sé diferenciar el *jazz* del ruido que hace mi cocinera al fregar los cacharros, y distingo en una pared un Picasso de una mancha de humedad.

Y yo, harto de oír tantas memeces, aproveché la ocasión para abandonar la terraza donde estaba transcribiendo la conversación de estos cretinos.

PEDAZO XX

EN EL QUE RENUNCIO A SEGUIR CONTANDO LAS ANDANZAS DEL PROTAGONISTA, Y EXPLICO LOS MOTIVOS QUE ME OBLIGAN A TOMAR ESTA DECISIÓN

Abandoné la terraza, como ya dije al final del pedazo anterior, y allí me separé para siempre de Alejandro Montalbán.

Para siempre, recalco, porque nunca más volverá mi pluma a tratar de él. Me ha defraudado de un modo vergonzoso, al elegir como solución de sus aventuras un desenlace que rezuma vulgaridad: casarse con una señorita guapa y rica, perteneciente a su misma clase social.

¿Cómo va a perder el tiempo un escritor con categoría, talento y originalidad, relatando los pormenores de un noviazgo insulso? ¿Creen ustedes que voy a perder mis horas de intensa actividad literaria persiguiendo a una parejita en su aburridísimo itinerario prenupcial? Tendría que tragarme docenas de aperitivos en el «Café del Señorito», viendo las mismas caras y escuchando las mismas sandeces. Me vería obligado a soportar montones de cachupinadas tan vacías como la de Polete Mojón, en las que se beben dos botellas de ginebra disueltas en doscientas «coca-colas». Mis piernas sufrirían calambres de cansancio después de las caminatas por los bosquecillos del Círculo Campestre, de las misas dominicales en las apreturas de San Agrónomo y de los paseos por las aceras de moda en las mañanas con sol.

Y me destrozaría el estómago a fuerza de ingerir meriendas dulzarronas en las cafeterías. Y quizá se me desprendiesen las retinas a fuerza de ver películas mentecatas en los cines de estreno.

¿Y todo para qué? ¿Para sorprender unos besitos esporádicos y furtivos de la pareja? ¡Bah! Todos los besos, al fin y al cabo, son iguales: dos pares de labios que se juntan, y, ¡chas!, se acabó. ¿Para cronometrar cuántas horas son capaces de permanecer unos novios mirándose a los ojos y con las manos entrelazadas? Tampoco vale la pena. En cualquier novela que nos traiga un amigo de Francia, pueden leerse crudezas mucho más excitantes. Porque los novios franceses, según las novelas que nos llegan de aquel país escondidas en las maletas, se cogen de las manos después de haber hecho con ellas todo lo que se les apeteció.

¿Para qué, pues, perseguir a un novio español decente y pudiente, que no exige ningún anticipo del capital que recibirá en su noche de boda? Lo único que conseguiríamos, tanto ustedes como yo, es bostezar como energúmenos escuchando los planes de la pareja para el futuro. Oiríamos decir a Eugenia:

—Viviremos en un piso que me comprará mi papi en la segunda prolongación de la Avenida Prolongada.

Y oiríamos replicar a Alejandro:

—Pasaremos el verano en Biarritz, porque así podremos ir todas las noches a aburrirnos a San Sebastián.

Y seguiríamos oyendo:

—Mi mami nos regala seis juegos de cama de hilo, bordados por unas monjitas en el siglo diecisiete. Desde entonces, han ido pasando en mi familia de madres a hijas como regalo de boda.

—Pues con tanto tute, los juegucitos estarán hechos harapos.

—Al contrario, están intactos. Porque las monjitas bordaron en ellos unos budoques tan gordos, que si te tumbas en ellos tienes la sensación de estar durmiendo encima de un puñado de garbanzos.

Como el lector observará, seguir los pasos a este Alejandro entontecido por su enamoramiento sólo nos conduciría a un novelucho soporífero y sin ningún relieve. Y es preferible cortar inmediatamente, antes de que nos entontezcamos nosotros también.

Cuando elegí al joven Montalbán, me pareció que reunía condiciones inmejorables para desempeñar el alto cargo literario que le asigné: protagonista de este libro. Tenía la vida por delante, era bien educado, había estado un poco en la cárcel... (Una temporadita en la cárcel, en la novelística contemporánea, aumenta siempre el interés de un personaje). Sin embargo, pese a estas valiosas cualidades, me ha hecho sufrir una amarga decepción. Yo esperaba mucho más de él. Sus aventuras iniciales fueron prometedoras, y por eso le seguí atentamente durante más de doscientas páginas. Creí que poco a poco, a medida que avanzara su existencia, sus inquietudes serían mayores y sus apetitos más ambiciosos. Supuse que con el dinerito ganado en el manantial sentiría el deseo de emprender hermosos viajes, con metas más lejanas y deseables que Muladar de las Altas Moscas: la India, por ejemplo, con sus santones hambrientos y entrapajados; o París, al menos, con sus señoras estupendas y sin entrapajar...

Pero no ha sido así. Alejandro Montalbán ha resuelto su vida de un modo ramplón, como un burguesito acobardado y sin pizca de clase. A mí, desde ahora mismo, ha dejado de interesarme definitivamente. Y supongo que a ustedes también.

De manera que vamos a cerrar este libro. Y les prometo que esto no volverá a ocurrir. La próxima vez pondré al frente de mi novela un protagonista menos imbécil.

SE ACABÓ

Edimburgo, agosto. Madrid, diciembre. 1960.



ÁLVARO DE LAIGLESIA (San Sebastián, 1922 - Mánchester, 1981) fue un escritor y humorista español. Comenzó su actividad como escritor humorístico en la revista *La ametralladora*, que había sido fundada por Miguel Mihura. Tras colaborar con Flecha con los seudónimos El condestable azul, Peribáñez y alcaponen, pasó por el diario *Informaciones*. Tras un breve periplo en La Habana, en 1942, Miguel Mihura le ofrece el puesto de redactor jefe en *La Codorniz*. Estuvo poco tiempo en este puesto porque se alistó en la División Azul. A su vuelta a Madrid, en 1943, recuperó su puesto. Al año siguiente la revista cambia de dueño y se le nombra director, cargo que ocuparía los siguientes treinta y tres años. Fue el autor del célebre lema *La revista más audaz para el lector más inteligente*.

Como novelista, cultivó algunos éxitos en su momento, como *Un náufrago en la sopa* (1944), *Todos los ombligos son redondos* (1956), *Yo soy Fulana de Tal* (1963), *Fulanita y sus menganos* (1965), *Réquiem por una furcia* (1970) o *Una larga y cálida meada* (1975).

En teatro colaboró con Mihura en *El caso de la mujer asesinadita* (1946), además de guiones para comedia en televisión, como *Consultorio* (1961), *El tercer rombo* (1966), *Historias Naturales* (1967-1968) o *Animales racionales* (1972).